

A man with a beard and intense gaze, wearing a dark blue hooded jacket, is the central figure. A single bullet is suspended in the air in front of his chest. The background is dark and textured with faint, repeating patterns.

ALISSA BRONTË

PURO
KHAOS

OPERACIÓN KHAOS I

zafiro[®]

Índice

Portada
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1. ¡Alto o disparo!
Capítulo 2 De mal en peor
Capítulo 3. ¿Capuchino?
Capítulo 4. Aura
Capítulo 5. Bulldog
Capítulo 6. Día largo... larga noche
Capítulo 7. No me olvides
Capítulo 8. Lo que tú digas
Capítulo 9. Aura
Capítulo 10. Dragos
Capítulo 11. No quiero saberlo nunca
Capítulo 12. El Ángel
Capítulo 13. Aceptada
Capítulo 14. Elisa
Capítulo 15. Dragos
Capítulo 16. ¡Mía!
Capítulo 17. Sangre, dolor y dinero
Capítulo 18. No voy a dejarte volver
Capítulo 19. Marcos
Capítulo 20. Tereza
Capítulo 21. Sólo un juguete
Capítulo 22. Un regalo irresistible
Capítulo 23. Por amor
Capítulo 24. Puro Khaos
Capítulo 25. Cobos
Epílogo
Agradecimientos
Biografía

Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Dedicado a todos aquellos que alguna vez han sido arrastrados por el caos

Prólogo

Las lágrimas arrasaban su rostro helado, al igual que su corazón, al dejar que la dura realidad lo traspasara hasta convertirlo en miles de fragmentos acerados y fríos. No era capaz de moverse, respirar o pestañear. Tan sólo cabeceaba, en un vano intento de rechazar la certeza que tan duramente la golpeaba.

No podía ser verdad y, aun así, lo era. Frente a ella se desarrollaba la escena; lo había cazado y eso era lo que más le dolía, haber sido quien descubriese que su compañero estaba siendo sobornado y que cooperaba con los «malos».

Éste sonreía complacido, mientras contaba con rapidez el fajo de billetes que le habían entregado por hacer su trabajo, que, irónicamente, consistía en dejar de hacerlo.

¿Cómo había estado tan ciega? ¿Cómo era posible? ¿Por la cercanía?, ¿la confianza?

Las preguntas se agolpaban en su mente, que era incapaz de hallar respuestas que la satisficieran; tan sólo podía dejar que la imagen se grabase en su retina a fuego para no olvidar nunca que no había que confiar en nadie... absolutamente en nadie, porque todo el mundo poseía dos caras, y la única persona de la que podía conocer sus dos lados era ella misma.

Dejó que el otro se largara, sacó su arma y apuntó desde las sombras. Cuando él se dio la vuelta, se encontró con su mirada, tan oscura como la noche que los arropaba.

Sin decir nada, alzó las manos para hacerle creer que se rendía ante la evidencia, pero de nuevo su lado oscuro la sorprendió y, con un ágil movimiento de muñeca, cogió una daga que llevaba oculta a la espalda y la lanzó directa a su pierna.

El dolor de la cuchilla al clavarse en la tierna piel del muslo la hizo tambalear y quedar apoyada sobre una rodilla, pero no podía dejar que escapase.

Con los ojos anegados por las lágrimas, apuntó y disparó. El tiro fue certero y atravesó la pierna del hombre, que cayó sobre sus rodillas y acto seguido, sin darle importancia, trató de levantarse.

—¡Alto o disparo! —advirtió.

Obvió su aviso y comenzó a correr, mientras con una de las manos se agarraba la pierna dañada para ayudarse a ir más rápido. Algo se rompió en su interior al verlo herido por su propio tiro y tratando de alejarse de ella, como si fueran enemigos en vez de compañeros y amantes, huyendo de la persona que le había dado cobijo, servido de apoyo y puerto seguro debido a las tormentas de su profesión, la persona a la que había amado... Ese hombre al que había dado tanto amor, en ese instante, era un desconocido.

—Si no te detienes, Marcos, tendré que disparar —volvió a repetir, a modo de advertencia.

Su suspiro, tan pesado como el humo, se mezcló con la fetidez del callejón cercano al puerto donde se encontraban, y cortó la noche.

—Déjame ir... Trudy... —suplicó.

—No puedo... Sabes que no puedo... —contestó sollozando.

Y ésa era la verdad; a pesar de tener el corazón hecho añicos, lo primero era el deber y su obligación de proteger a los inocentes de gentuza como él, que dejaba que los delincuentes campasen a sus anchas sin pensar en las consecuencias.

Marcos no dijo nada más, ni siquiera la miró. Su rostro no mostraba arrepentimiento, más bien fastidio por haber sido descubierto.

Supo en ese momento que la persona a la que había amado no había existido... que había sido sólo un invento de su mente, de sus ganas de amar y ser amada.

Lloró mientras lo esposaba, lloró mientras se lo llevaban a la comisaría y lloró muchas noches después, muchas noches como ésa.

Lloró hasta que las lágrimas le impidieron ver con claridad, hasta que sólo pudo pensar en alejarse de él.

La había lastimado y estaba harta de ser siempre la que salía perdiendo; tanto esfuerzo puesto en la relación, tantos planes de futuro... que ahora, impotente y frustrada, veía cómo se iban por la borda de un barco que se hundía tras ellos en un mar que ya contenía demasiados naufragios para llevar la cuenta. Y, en esa ocasión, había naufragado junto con los restos del mismo y se sentía una madera más a la deriva.

Quería escapar a toda prisa, porque no soportaba mirar ni una vez más el armario vacío de una casa vacía, un ropero abierto que todavía contenía algunos calcetines y camisas mal colgadas de las perchas.

El polvo se había acumulado en los cajones a medio cerrar, sin poder hacer otra cosa que mirar los agujeros que él había ido dejando por todo el apartamento y sin ser capaz de sacar de su mente la maldita pregunta que no dejaba de repetirse una y otra vez... ¿Con qué demonios iba a llenar esos huecos?

Se llevó las manos al estómago y lloró. Diciembre, casi Navidad... ¡Menudo regalo de Papá Noel! ¿Qué iba a ser de ella ahora? En sus oídos todavía resonaba la triste y barata excusa que él había utilizado, tan desgastada por el uso continuado, generación tras generación, que ya había perdido incluso su significado.

«No es lo que parece...» Esa frase, el eco de su voz, la golpeó de nuevo y, al hacerlo, soltó una risita histérica...

¡Podía haber dicho tantas cosas! Podía haber gritado, llorado, peleado... pero no hizo nada; tan sólo pudo pensar en que ese hombre al que se había entregado, y a quien le había jurado que siempre lo amaría, se había vendido.

Él había sacrificado todo lo que habían ido creando sobre la base de su «supuesto» amor.

Quiso preguntarle el porqué, si de verdad ella no significaba nada para él, pero de nuevo la maldita presión en su pecho se acrecentó hasta formar un nudo con su propio corazón que se le atascó en la garganta.

«¡Alto o disparo!»; recordó su propia voz cuando fue a detener al criminal que, poco antes, al girarse, le había mostrado un rostro tan familiar.

Era lo más difícil con lo que había tenido que lidiar, la decisión más compleja que había tenido que tomar.

Y, en ese momento, no era capaz de hacer nada más que no fuese mirar los malditos agujeros.

Cuando los primeros rayos del sol entraron por la ventana y la luz molestó sus cansados ojos,

haciéndola parpadear, se dio cuenta de que, otra vez, lloraba sin parar... Había pasado otra noche entera sumida en llanto mientras observaba en silencio el armario vacío, a la vez que arropaba, con sus extenuados brazos, su desvalido cuerpo.

En ese instante en el que sintió que las fuerzas la abandonaban, cayó sobre el suelo, dejando que la tristeza se derramase por todo su ser y que la impotencia la sacudiese, provocando que no pudiese dejar de temblar, mientras deseaba con toda el alma estar en cualquier parte que la alejase de ese maldito armario y de esa maldita casa llena de huecos que no iba a ser capaz de rellenar.

Capítulo 1

¡Alto o disparo!

—Buenas noches, señor. Soy la teniente Trudy Arias —se presentó en cuanto lo localizó en el establecimiento.

—Me alegra conocerla por fin.

—Puede tutearme, señor.

—¿Te han informado acerca de la misión?

—Sí. Me han comunicado que van detrás de una red de traficantes que posiblemente esté relacionada con la que yo misma desarticulé en parte.

—Te he reclamado porque...

—Lo sé, porque soy la pobre niña que tuvo que detener a su prometido, que se había pasado al otro bando, señor.

—No; te he reclamado por tu conocimiento sobre la banda en sí y porque sé que vas a ser leal y no te vas a dejar engatusar por Dragos.

—¿Dragos?

—Es la cabeza pensante, el cerebro; el problema es que no somos capaces de incriminarlo. Todo esto será confidencial; tu compañero no puede saber nada al respecto. Sólo me darás cuentas de tus pesquisas a mí directamente.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no tenemos nada que lo relacione personalmente con la red?

—Dragos siempre va un paso por delante de nosotros; no estamos seguros, pero creemos que alguien del departamento lo ayuda.

—¿Uno de sus hombres?

—Me gustaría pensar que no, pero no puedo descartar ninguna posibilidad.

—Entiendo. ¿Quiere que me infiltre en la organización?

—Creo que sería de gran ayuda tenerte dentro. Ahora te pondré al día de cómo quiero que se desarrolle todo. No tengo que recordarte...

—No, no es necesario: todo queda sujeto al secreto de investigación.

—Así es.

Trudy miraba a su nuevo jefe, el capitán de la Guardia Civil Roberto Blanco, y no pudo evitar advertir que era un hombre muy apuesto. Lo más llamativo, sus ojos, uno verde y otro azul. Ese hecho quizá podía pasar desapercibido a los demás, dado el halo de atractivo que lo rodeaba, pero ella no pudo dejar de notar un detalle tan significativo. Se preguntaba cuántos de sus nuevos compañeros habían

descubierto ese pequeño defecto.

Después de una larga charla a solas y en la intimidad que les brindaba el sitio que habían elegido para encontrarse, un viejo local donde la gente se reunía a ver partidos deportivos, Trudy tenía claras varias cosas. Su nuevo compañero debía pensar en todo momento que ella ignoraba por completo todo el asunto y, de alguna manera, tenía que parecer que la idea de infiltrarse en esa banda de delincuentes era suya. Deseaba exterminarla de raíz, así nadie más sufriría tanto como ella.

Con esos pensamientos, que aún la entristecían, se fue a la cama y dejó que el sueño ganara la batalla sin oponer resistencia.

Un grito desgarrador la sobresaltó. Se quedó inmóvil, creyendo que había sido otra de sus pesadillas; sin embargo, un ruido sordo en su puerta, como el rasgar de las pezuñas de un animal, la puso en alerta. Trudy se levantó del lecho a toda prisa, pero sin olvidar su arma. Su cabello, alborotado por el sueño, se pegaba a su rostro. Llevaba una camiseta de manga corta, desgastada y con algunos agujeros, demasiado corta para cubrir sus largas piernas hasta lo que podría considerarse decente, por lo que, a cada paso que daba, ésta dejaba ver su ropa interior. El aire acondicionado del apartamento que había alquilado estaba estropeado y la camiseta raída se pegaba a su cuerpo como el pelo a su cara. La humedad de la costa era agobiante en agosto y se aferraba a su pecho, empeñada en no dejarla respirar.

Llegó a la puerta de su piso con cautela, sin dejar de percibir cómo la arañaban. Por su mente pasaron mil y una escenas diferentes, cada una peor que la anterior. Suspiró y con una mano giró el pomo mientras con la otra apuntó al probable peligro que la acechaba fuera.

Se sorprendió al encontrarse con un gran danés solitario que, al verla, meneó su cola, aliviado. El gemido que el animal emitió, la conmovió; ella misma podía identificarse con ese perro. Lo agarró con firmeza por el collar y lo llevó a rastras hasta el final del pasillo de su planta, donde había visto a una mujer huraña y solitaria entrar con él en uno de los apartamentos alguna vez.

Anduvo despacio, sin prender la luz, y la puerta entreabierta de su vecina llamó su atención. Tal vez, después de todo, el grito no había sido producto de un sueño. Se dirigió hacia la tenue claridad que la llamaba indicándole el camino, en la que brillaban miles de motas de polvo que volaban ociosas en el mismo aire que respiraba.

Sintió una necesidad urgente de taparse la boca para que los ácaros no camparan libres por sus pulmones, pero, si lo hacía, tendría que dejar de sujetar con firmeza su arma o el perro, y en esos momentos no podía permitírselo... algo andaba mal tras esa puerta a medio cerrar; su intuición la avisaba.

Se colocó junto a la puerta y la golpeó suavemente con los nudillos; esperó, pero no recibió ninguna respuesta.

Sus sentidos, alerta, buscaban en todas las direcciones, tratando de encontrar algo, a pesar de que aún no sabía qué podía ser.

—Hola, ¿está bien? Se ha dejado la puerta abierta... —Trató de sonar casual, como si fuese una buena vecina intentando ayudar al prójimo; nada más lejos de la realidad, pues quería saber si había alguien en la casa, con qué motivo y si los habitantes estaban bien o, por el contrario, ese pellizco que atenazaba su garganta, de nuevo, le indicaba que tenía razón—. He encontrado a su perro en el pasillo —añadió.

Silencio, ni un suspiro, ni una palabra.

Su instinto cada vez la avisaba con más determinación de que algo iba mal y, con un fuerte empujón de su pierna, abrió de golpe la puerta, dejando al perro por un momento olvidado. Las bisagras, faltas de aceite, protestaron chillonas, y Trudy cerró los ojos por el ruido.

«Si hay alguien dentro, desde luego ya sabe que voy a entrar», pensó.

Había cometido un error de principiante, parecía que estuviese de prácticas en la academia. ¡Qué horror! Con lo mal que lo pasó tratando de demostrar su valía una y otra vez. Siempre tenía que ser la mejor, como si, por ser mujer, le fuesen a regalar las cosas...

Entró con cuidado y pegó los hombros y la columna a la fría pared; era el mejor escudo, a falta de un compañero que le guardase las espaldas. Cada paso que daba por el estrecho pasillo poco iluminado por los primeros rayos de sol, que aún lucían tímidos y no eran de gran ayuda porque no la dejaban ver con nitidez, lograba que el malestar se acrecentara.

Se topó con la cocina, una estancia rectangular con algunos muebles abiertos y dos tazas de café sobre la encimera. Todavía humeaban, así que, si había una víctima, ésta conocía a su agresor, ¿o quizá eran dos los desafortunados?

Siguió avanzando; la fría pared del pasillo la ayudaba a controlar el sofoco que la recorría, como siempre que la adrenalina hacía su aparición... Primero el miedo se apoderaba de su cuerpo, acelerando sus latidos y logrando que su ensordecedor repiqueteo embotara sus oídos; después, la adrenalina tomaba el control, convirtiéndola en una persona diferente, una especie de robot entrenado para defender y matar en caso de necesidad, pero, hasta que llegaba ese momento, lo pasaba realmente fatal, pues las manos sudorosas amenazaban con dejar resbalar el arma, y ésta era su única protección.

Parecía que no dejaba de cometer errores; no se había puesto el chaleco antibalas y, además, no había cogido el móvil. Por tanto, no podría avisar al cuartel de lo que estaba sucediendo si las cosas se ponían feas.

¡Maldita sea! Si le pegaban un balazo, se desangraría sin poder pedir ayuda. Lo único que la consolaba era que, aparte del grito desgarrador, no había oído ningún disparo; eso la aliviaba, porque ella sí disponía de un arma.

Lo que le extrañaba era por qué era la única que se había acercado a la posible escena de un crimen; le resultaba imposible pensar que nadie más en la planta hubiese oído ese chillido que la había despertado helando su alma... un poco más. Esperaba, al menos, que algún vecino hubiese percibido, al igual que ella, el grito y hubiera alertado a los suyos.

¡Menudo primer día! Y eso que todavía no había comenzado oficialmente.

Continuó por el pasillo y pasó por delante del baño, desordenado pero limpio. El neceser abierto sobre el mueble del lavabo dejaba ver barras de labios y lápices de ojos. El salón era caótico: cojines por el suelo, la alfombra descolocada, alguna silla tirada, pero no había rastro de nadie.

Siguió el pasillo, que se le hizo interminable, y llegó al único dormitorio del apartamento; era igual al suyo.

Empujó la puerta con el pie y, al hacerlo, sus ojos se encontraron con un escenario que parecía preparado de esa forma específica para dar más contundencia y dramatismo a la imagen.

Una mujer, colocada en una silla tumbada en el suelo, con la cabeza sobre una alfombra roja. Roja por la sangre que se derramaba todavía de su garganta; en ese momento era un suave flujo continuo, pero

había tenido que salir a borbotones unos minutos antes, pues había salpicaduras de sangre alrededor de su cuerpo y por toda la alfombra.

Estaba boca arriba y con las piernas abiertas sobre la silla; la miraba fijamente, con los ojos abiertos y perdidos en las tinieblas de la muerte. Su pelo, rizado y dorado, estaba perfectamente dispuesto.

¿Por qué ese maldito psicópata la había situado en esa posición?

No era capaz de verle las manos, así que hizo de tripas corazón y se acercó hasta ella, con cuidado de no mover nada de su sitio, ni tocarlo, para por supuesto no alterar el escenario; no deseaba que, si quedaba alguna huella del bastardo que había hecho eso, ésta se desvaneciera o se contaminara por su culpa.

La brisa se colaba por la ventana y movía los visillos salpicados de gotas rojas; éstos impactaron contra ella, tiñendo su ropa del color de la muerte, y eso la hizo girarse hacia la cama, ubicada tras las cortinas que golpeaban la almohada.

En la hoja de la ventana de madera blanca, vio señales de sangre.

—Te tengo, cabrón... —susurró al saber que probablemente hallaría alguna pista en la sangre de la ventana, que con probabilidad había manchado el asesino al salir huyendo debido a su llegada.

Se asomó por la abertura, para calibrar qué posibilidades tenía de haber huido con vida, y, para su decepción, descubrió que había una escalera metálica trasera por la que había podido largarse con tranquilidad a donde quisiera.

Se relajó y bajó el arma; le dolían los hombros de soportar tanta tensión y respiró, más calmada, al saber que estaba sola. Sólo necesitaba un teléfono y llamar para que mandasen refuerzos. Justo cuando iba a darse la vuelta y desandar el camino, un frío acerado se posó en su cuello, justo en la nuca.

Un arma la apuntaba.

—¡Alto o disparo! —dijo con firmeza una voz masculina tras ella.

El vello de todo su cuerpo se erizó; estaba asustada y no era capaz de ver a su agresor, ni siquiera podía saber si era el mismo malnacido que había destrozado a la mujer que yacía sobre la alfombra.

Respiró con fuerza y soltó un gruñido de frustración mientras levantaba las manos despacio y dejaba caer su arma al suelo como con descuido, pero tratando de depositarla lo más cerca posible, por si se le presentaba la oportunidad de recuperarla.

—Buena chica; ahora quédate quieta —masculló el asaltante.

Trudy obedeció sin rechistar. Dudaba de si en realidad podría haberse movido; nunca antes se había sentido tan desamparada, asustada e indefensa. Estaba en bragas, en mitad de una habitación llena de sangre y un cadáver degollado y, como guinda del pastel, un arma le apuntaba a la cabeza.

¿Cómo era posible que no lo hubiese oído acercarse? No tenía ni idea, pero eso le indicaba que él era bueno, mucho.

De repente, un tacto rudo por todo su cuerpo le hizo soltar un grito por lo inesperado del roce. Unas manos la cacheaban de arriba abajo.

—¡Quítame las manos de encima, maldito bastardo! —se defendió.

—Si te das la vuelta, nena, te vuelo la tapa de los sesos. ¡Te quiero en silencio! —rugió.

Trudy quiso protestar, rebelarse, defenderse... pero consideró que eso sólo podía empeorar las cosas y estaba en clara desventaja.

—Tranquilo, amigo —musitó.

No tenía ni idea de quién era, tan sólo que llevaba un arma... en ese caso, podía ser o el cabrón que había acabado con la vida de su vecina o un compañero de profesión; tal vez, con suerte, alguien sí que había oído el grito de la víctima y había alertado a los suyos, pero no podía arriesgarse; si desvelaba que era «una de los buenos», quizá la matara sin pensarlo.

—Estoy tranquilo, guapa; la que debería estar nerviosa eres tú —retumbó la voz masculina, tanto que un escalofrío la recorrió, electrizando toda su piel.

—No puedes saber si soy guapa o no, no me has mirado a la cara —respondió sin pensar.

—Aunque fueras un adefesio —susurró, en ese momento junto a su oído—, no me importaría... con este cuerpo que gastas. Te lo haría al estilo *lechuga*.

—¿Al estilo lechuga? ¿Y eso qué es, listo? Ilústrame, que no lo conozco —respondió a su provocación.

Supo que sonreía sin verlo; notó cómo su boca se había curvado en una sonrisa pícaro mientras agarraba sus muñecas con fuerza y las esposaba a su espalda.

—Pues, si fueses tan fea como insinúas —murmuró mientras seguía cacheándola de forma indecente—, te pondría una falda que luego levantaría para taparte con ella esa horrible cara... Ése es el estilo lechuga.

—Podría bajarla con las manos —replicó, excitada sin saber por qué.

—¿Quién ha dicho que tendrías esas preciosas manos libres?

No era capaz de comprender qué acababa de suceder. Un extraño, que empezaba a estar segura de que era un compañero, pues llevaba esposas, le decía barbaridades al oído, algo que debía hacerla arder, sí, pero de rabia, indignarla como mujer; sin embargo, esos comentarios estaban humedeciendo sus putas bragas. ¡En pleno escenario del crimen!

—Soy teniente de la Guardia Civil —se arriesgó a decir.

—Ya, y yo, David Bisbal.

—¿Qué tiene que ver David Bisbal en esta conversación?

—Nada, por eso mismo. A no ser que me digas que te vuelve loca; entonces te diré que lo soy, cualquier cosa por meterme entre tus piernas.

—Soy teniente de la Guardia Civil.

—Vale, enséñame la placa.

—¡La placa! ¡No la llevo! ¿No ves que voy en bragas?

—La has dejado junto al chaleco, ¿verdad?

El hombre le dio la vuelta y se encontró con él; su aliento se acumuló en su boca y tuvo que alzar la mirada, para toparse con unos ojos color avellana, profundos y rasgados.

Era una cabeza más alto que ella y corpulento, fuerte. Llevaba el pelo, oscuro, muy corto y una barba bien cuidada rodeaba su mandíbula, cuadrada y varonil.

Tenía unos rasgos muy masculinos; era uno de esos hombres que, con una mirada, te funden las bragas y, con dos, han logrado que te corras. Ése era el tipo de hombre que tenía frente a ella, tratándola como a una delincuente.

—Y bien, ¿teniente...? —dijo esperando a que se identificara.

—Teniente *a ti no te importa*, hasta que no me digas cuál es tu nombre.

—¡Ja! Eres graciosa, chiquilla.

—¿Chiquilla? —demandó alzando la ceja.

—Sí, chiquilla. A ver, cuéntame que has hecho.

—He venido en auxilio de esta mujer.

—¿Y el arma?

—Como te he dicho, aunque parece que no eres capaz de entender mi idioma, soy teniente. He dejado mi placa en casa; salí a toda prisa al oír el grito y me encontré con este escenario.

—Podría creer que eres de la Benemérita... tienes piernas fuertes y torneadas, se ve que haces un ejercicio físico constante, tu cuerpo es grácil pero trabajado. Veo que tus brazos están definidos, lo que también me indica que prácticas algún tipo de defensa personal; aun así, si me hubieses dicho que eras una novata, te hubiese creído, pero teniente... ¡Por favor! No durarías nada en la calle. Además, dudo mucho de que haya tanta falta de buenos hombres como para poner a una «niña», que hace nada dejó los pañales para cambiarlos por compresas, al mando de una unidad.

—Eres un gilipollas deslenguado y descerebrado. Si me dejases las manos libres, te ibas a enterar de qué puede hacer este «bebé» que usa compresas, bastardo.

—Vaya boca, ¿seguro que no eres una *stripper*?

La miraba sorprendido. Ella le aguantaba la mirada, furiosa, y un brillo en el fondo de sus iris provocaba que su azul fuese más intenso; le recordó al mar en calma al amanecer. Durante un instante, sintió que en su corazón se había encendido de nuevo algún resto de mecha ya olvidada.

—Si tuviera las manos libres... —masculló de nuevo.

—¿Sí? ¿De verdad quieres que te las suelte? Casi sería más interesante...

—Cuando esto se aclare, ajustaremos cuentas —lo amenazó cerca de su boca. Demasiado cerca, tanto que pudo oler su cálido aroma a café y tabaco.

Tabaco, lo echaba tanto de menos... Había decidido dejar de fumar en el peor de los momentos, sin duda.

—Me encantaría. La verdad, chiquilla, es que no eres nada fea... —murmuró también.

—¡Teniente Ferrer! —irrumpió una voz potente y varonil.

—Jefe... —saludó sin apartarse.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el recién llegado, curioso.

No podía ver al dueño de esa voz profunda, pues el ancho torso del teniente Ferrer entorpecía su visión, aunque era fácil deducir que se trataba de su jefe. El de ambos. Y, de pronto, la invadió el pudor de saberse en ropa interior y de esa guisa... esposada por su propio compañero.

—Acudí al aviso, señor, y me encontré con la sospechosa en la escena del crimen —explicó mientras se apartaba y dejaba que el otro hombre la viese.

—¡Enhorabuena, Ferrer! Veo que ha hecho una buena detención —soltó sonriendo de oreja a oreja—. Ha esposado a su propia compañera. Le presento a la teniente Arias.

Éste la miró sorprendido y, tal vez, un poco admirado por su rango, alejándose de repente, lo que hizo que alrededor de Trudy todo se tornase de un frío amenazador.

Sus pezones se erizaron, ¿o tal vez ya lo estaban?

No era capaz de pensar con claridad; él la había desarmado y no sólo al quitarle la pistola... Había hecho que sus hormonas dormidas se despertaran y corrieran alocadas, al igual que colegialas, buscando su atención.

Un rubor oscuro tiñó sus mejillas, lo sabía porque le ardía la cara, así que bajó la cabeza. En breve el lugar se llenaría de tipos duros, y ella estaba casi desnuda y esposada. ¿Qué impresión se habría llevado su jefe?

—Buenos días, capitán Blanco.

Capítulo 2

De mal en peor

—Capitán —dijo de nuevo, avergonzada mientras saludaba a su jefe.

—Sentimos el malentendido, ¿verdad, Ferrer?

—Sí, siento haberte confundido con una *stripper* asesina —mintió con una sonrisa socarrona.

—Si me lo permiten, voy a ponerme algo de ropa antes de que lleguen más compañeros. Con suerte, encontraré algo adecuado para una niña, un uniforme escolar o algo así.

El capitán los miró sin saber qué sucedía, pero prefirió no decir nada.

—Creo que algo de color azul iría bien con tus ojos, y unas trenzas a los lados te sentarían estupendamente. —El hombre llamado Ferrer rio de nuevo.

—Capullo —masculló Trudy al pasar a su lado.

Justo cuando iba a salir por la puerta, se topó con varios compañeros que habían acudido a la llamada y, tras éstos, una mujer impresionante, rubia, alta y perfecta, en cuya chaqueta colgaba una placa que rezaba «Forense».

Los silbidos se sucedieron y Trudy agachó la mirada, sonrojada.

—Vaya, Ferrer, veo que ahora te traes a tus ligues a la escena del crimen; deberías, al menos, haberla dejado ponerse los pantalones. —Sonrió maliciosa—. Compruebo que tu pasión por tu trabajo sigue ganando a tu pasión en la cama...

Los hombres rieron bajito y, por la conversación entre ambos, quedó claro que habían tenido algo que ver. Las orejas de Trudy se calentaron por la vergüenza; aun así, apretó los puños y se presentó.

—Soy la teniente Arias —anunció muy seria, mirando a los hombres que silbaban—, la nueva compañera del teniente Ferrer. Vivo en esta planta; dormía cuando oí ruido y acudí enseguida; supongo que entenderá que la vida de alguien es más importante que si llevo o no pantalones, señora...

—Soy la doctora Sémper, Cristina Sémper —se presentó, desafiante—. Y, si no le importa, soy señorita.

—Señorita Sémper, un placer; supongo que tendremos que vernos en más de una ocasión.

—Sí, supongo. Por desgracia —añadió esto último en voz baja.

Trudy no le dio importancia y continuó su camino hasta su apartamento; estaba claro que todo había ido de mal en peor.

Una vez en casa, cerró la puerta y se marchó directamente a la ducha; necesitaba deshacerse de la sangre de la víctima, que había manchado su ropa y su piel.

Bajo el agua, la rigidez de lo sucedido se fue desvaneciendo, dando paso a otro tipo de tensión, una

que había despertado el teniente Ferrer.

Estaba furiosa. Desde lo de Marcos, no había estado íntimamente con nadie, aunque ya hacía varios meses; el caso es que no se sentía preparada y podía asegurar que no lo estaría nunca; no para amar. No quería a nadie en su vida y mucho menos a alguien del cuerpo al que debía investigar, así que, por muy atractivo que fuese su compañero, se mantendría lejos de él... lo que no le impedía imaginarse que eran las manos de Ferrer las que acariciaban su cuerpo, suave, bajo el tacto del jabón.

Enredó sus manos en los sedosos rizos y comprobó que la humedad seguía ahí; sin pensarlo, dio rienda suelta a su imaginación y sus dedos la llevaron al clímax fantaseando con ese guapo compañero que le estaba vetado.

Salió de la ducha más relajada y se colocó unos vaqueros desgastados y cómodos y una camiseta de tirantes blanca. Hacía mucho calor y la humedad no ayudaba. Salió de su apartamento y se dirigió de nuevo hacía la escena del crimen. Todavía seguían allí, tomando huellas y analizando el escenario. Debatían sobre los motivos que podría haber tenido el asesino para hacer algo así.

—¿Ya estás de vuelta, teniente? —Ferrer sonrió al verla con ropa—. Veo que estás más presentable.

Tenía que reconocer que era una chica muy atractiva, y su capitán lo había puesto al día de lo que había pasado. Desde luego tenía los huevos bien puestos, aunque fuese mujer... Se había ganado algo de respeto, pero todavía recelaba de que fuese buena en su trabajo. Su superior también le había comentado quién era su padre y, para ser honestos, dudaba de que hubiesen sido condescendientes con ella por ser «la hija de...».

—Siempre estoy lista, aunque vaya en bragas, teniente Ferrer. A lo mejor es que nunca has visto a una mujer en ropa interior y por eso obviaste el hecho de que llevaba mi *hierro*. En realidad, eso sería lo normal, porque, a pesar de que eres bien parecido, también eres gilipollas y no sé quién iba a aguantarte...

—Yo —intervino la voz aguda de la Barbie Doctora. Acababa de ponerle un mote; sí, definitivamente parecía la Barbie Doctora. ¿Seguiría siendo Ferrer su Ken?

—Pues lo siento mucho por usted, doctora; tiene que ser difícil estar con un hombre así —soltó sin más.

—Lo era, por eso lo dejamos.

—Vamos, Cris, no volvamos a hablar de eso.

—Claro que no, nunca quieres volver a hablarlo.

—Me alegra saber que ya no está con él, así me ahorro darle el pésame.

Ferrer, aunque no quiso, sonrió. La niña era divertida; además, con ropa, ganaba confianza en sí misma.

—Voy a trabajar. Os diré las causas exactas de la muerte en unas horas... aunque creo que es evidente de qué murió.

—Gracias, Cristina. Nos vemos entonces.

La Barbie Doctora se marchó con su paso estudiado; bamboleaba tanto el culo al andar que por un momento Trudy temió que saltasen los ojos de algunos de los suboficiales.

—¿Tienes un minuto, teniente? —la llamó su jefe.

—Por supuesto, capitán.

Blanco la sacó fuera del apartamento y la llevó al final del largo pasillo, lejos de miradas curiosas y

oídos indiscretos.

—¿Consideras que podrás llevar a cabo las cosas según el plan que trazamos? —inquirió Blanco.

—Sí, capitán. De momento creo que es un gilipollas; disculpe el vocabulario, pero, la verdad, no parece el tipo de hombre que pueda... ya sabe.

—Tenemos que asegurarnos. Hay un topo... él es el que más cerca ha estado de Dragos, y éste ha conseguido que no lo descubran y permanecer con vida. Es extraño.

—Seguiré con el plan que acordamos. Nada ha cambiado y, si está involucrado, lo sabré.

—Confío en ti, Trudy.

—Gracias, capitán.

—Ahora, vuelve a la escena y actúa con normalidad; la primera pieza del tablero ha sido movida, el juego comienza ya.

Trudy asintió y se dio la vuelta. En ese instante empezaba todo; era el primer minuto de su tan esperada venganza. Descubriría quién manejaba los hilos de la organización y acabaría con él y, si Ferrer estaba implicado de alguna forma... acabaría también con él.

Capítulo 3

¿Capuchino?

Ferrer observó a Trudy mientras regresaba sin poder evitar preguntarse qué sería aquello para lo que Blanco la había reclamado a solas. Quizá la había advertido de su comportamiento poco amigable con sus anteriores compañeros. Tal vez...

—Bueno, teniente —dijo entre dientes—, parece que nos quedan varias horas de espera.

—Sí, aguarda —lo cortó sin pensarlo.

Trudy se acercó hasta un chico que tomaba huellas y analizaba la escena y le dijo algo en voz baja. Ferrer miraba sin pestañear cómo esa menuda mujer se movía con tanta soltura entre hombres, como si cualquiera de ellos no tuviese la fuerza necesaria como para agarrar ese bonito y esbelto cuello y partirlo en dos sin esfuerzo.

«¿Bonito cuello? Espabila, Ferrer», se reprendió a sí mismo.

Siguió la larga mano de Trudy y vio cómo el chico se acercaba a la ventana y sonreía con descaro. Sin saber por qué, se acercó en dos grandes zancadas.

—Deja de tontear y trabaja —gruñó.

—Hasta luego —se despidió Trudy con su voz más serena y suave, que implicaba una disculpa por el comportamiento de su compañero—, Alejo, y gracias.

—De nada, teniente, un placer.

—¿Alejo? ¿Dos minutos y le ha dado tiempo de decirte su nombre?

—Lo pone en su identificación —contestó rotunda y de mal humor, dejándolo en evidencia. Claro, qué idiota. Todos ellos llevaban una chapa identificativa.

—De todos modos, ¿qué era eso?

—Encontré una huella en la ventana. No tienen claro que sirva de algo, pero ahí está. Con suerte, tengo al cabrón que ha hecho esto.

—¿Quieres un café? —preguntó tan de improvisto que él mismo se sorprendió.

—¿Un café?

—Sí, faltan algunas horas para obtener resultados —dijo mirando su reloj de pulsera—, y supongo que no has tomado nada.

—La verdad es que me apetece un buen café y algo de comer. —Sonrió mientras se llevaba las manos al estómago.

Él asintió y notó que su sonrisa era bonita; al hacerlo, vio en su rostro a la niña feliz que tuvo que haber sido. Bajaron la escalera en silencio; al llegar a la puerta del edificio, Ferrer la sostuvo hasta que

ella pasó. Trudy no pareció darse cuenta del gesto y eso lo molestó... pues él no era uno de esos hombres galantes que sostienen puertas abiertas...

Caminaron unos pasos por la acera de cuadros rojos y blancos, simulando un extraño ajedrez, y Ferrer se detuvo frente a su moto.

—¿Vamos? —preguntó mientras se montaba y se colocaba el casco.

Trudy no dijo nada y Ferrer malinterpretó su mirada perdida.

—No irás a decirme que no te gustan las motos o que te dan miedo, ¿verdad?

—No, no... no es eso. Es fantástica. Me encanta. Es preciosa.

«Como tú.» ¿De dónde demonios había venido eso?

Ferrer no entendía nada. ¿Qué tenía esa mujer que, de repente, la «veía»? Hacía tanto que no era capaz de «ver» a nadie, que lo pilló fuera de juego. Sabía qué era, tenía que ser eso... Era la primera que le había plantado cara y no se había quedado con cara de tonta al verlo... Las féminas eran tan predecibles que lo aburrían antes de que abriesen la boca; sin embargo, Trudy tenía algo... diferente. Como si él no la afectara.

Subió sin más y se colocó el casco; después Ferrer arrancó el vehículo y, sin tener claro qué pretendía, dio gas bruscamente y frenó de igual manera. Al hacerlo, el cuerpo de Trudy golpeó contra su espalda, y sentir sus pechos le resultó increíble.

—¿No sabes conducir? Si es así, deja que sea yo la que lo haga.

—Ni-lo-co —contestó sonriendo.

—¿Por qué?

—Porque las cosas de «montar», ni se prestan ni se dan.

Ella no añadió ni una palabra y el trayecto continuó sin más percances. Cuando llegaron a la cafetería, el teniente detuvo la moto y acarició la rodilla de ella para que bajase.

Trudy pareció no notar nada, como si estuviese ausente; por el contrario, él fue consciente de todo... de cada centímetro de piel que llevaba descubierta, de su agilidad para descender de la motocicleta, de su forma de caminar sin pretensiones y, aun así, resultar tan seductora.

Cabeceó con fuerza... Hacía mucho que no se masturbaba y estaba seguro de que eso era lo que le ocurría. Tal vez debería volver a visitar a Marina; ella siempre estaba dispuesta para el sexo e indispuesta para una relación. Eran la pareja perfecta.

Trudy se deshizo del casco y se lo tendió a Ferrer.

—Es un sitio maravilloso —murmuró asomando su cuerpo por la barandilla de madera que rodeaba la terraza de la cafetería.

Ante sus ojos, un gran precipicio y luego... el mar. Un mar embravecido y de un gris furioso. Tan furioso como la expresión de los ojos de Ferrer. Era un gilipollas, pero un gilipollas atractivo. Aunque no quisiera, le iba a costar algún tiempo acostumbrarse a sus brazos, sus piernas, su culo...

—¿Qué quieres?

—Un capuchino.

—¿Un capuchino?

—Sí —contestó confusa—, ¿aquí no hay?

—Voy a preguntar. ¿No podía gustarte el café con leche o el café solo?

Trudy abrió la boca, pero decidió no replicar a su compañero en el primer día de trabajo juntos para

soltarle que era un... aunque lo era, desde el momento en el que le había ordenado el alto.

A su mente acudieron las palabras, fuertes, claras y susurradas con esa maldita voz que tenía tan tentadora.

Recordó cómo había acariciado sus piernas desprovistas de ropa y cómo le había hablado.

Stripper, la había llamado *stripper*... ¡Qué gili...!

—Aquí está tu capuchino —anunció—. Deberías apartarte de la barandilla, no parece que la madera sea resistente.

—Gracias —contestó sentándose. No tenía ganas de iniciar otra discusión.

—Así que te han trasladado. ¿Por qué?

—Necesitaba un cambio de aires.

—No me lo trago. Es muy difícil conseguir un traslado; además, ¿por qué a un pueblo pequeño en el que los únicos que ponen algo de orden somos nosotros? Dime, ¿por qué?

—Me merecía el traslado y unas vacaciones —insistió sin más—. Así que tú y la Barbie... —preguntó para desviar la conversación.

Lo último que le apetecía era dar explicaciones sobre por qué había dejado su puesto en una gran ciudad por un pueblo costero en el que, como bien decía, no había ni un triste policía local. Aun así, debía reconocer que el equipo era competente y hacían un buen trabajo.

—¿La Barbie?

—Sí, la Barbie Doctora.

—¡Ah! Hablas de Cris. —Sonrió divertido.

Detectar esa familiaridad no le gustó, pues sabía que habían sido pareja.

—No fue nada.

—Para ella parece que sí.

—Para vosotras, siempre lo es.

—Eres un gilipollas —soltó sin pensar.

Ferrer la miró sorprendido; desde luego era la primera en decirle algo así. Nunca nadie se había atrevido a llamarlo así, ni siquiera otros tenientes; por lo general, su pinta era suficiente para espantar incluso a los más valientes.

—Eres la primera que se atreve a decirlo en voz alta.

—Pues me alegro, ya era hora. Toma —dijo poniendo un billete de diez euros sobre la mesa—, invito yo. Gracias por el café.

—¿A dónde vas?

—A trabajar, la Barbie nos espera.

—Vamos, te llevo de vuelta.

Trudy dudó, pues no le apetecía aguantarlo más. Era insoportable; insoportablemente atractivo, insoportablemente rudo, insoportablemente egocéntrico... No obstante, sopesó que no sabía dónde estaba ni cómo ubicarse en ese maldito lugar.

—¿No vas a pagar?

—Ya está pagado —contestó devolviéndole el dinero.

—Gracias —dijo sin más.

El viaje hasta la oficina del forense fue largo, demasiado. La moto parecía no avanzar, ¿era

premeditado? Seguro, le encantaba torturarla, estaba claro.

Cuando por fin aparcó, no pudo creerlo y saltó de la moto como impulsada por un resorte. Subió tras él por la escalera del edificio y, al llegar, entraron en la morgue.

Todo era frío y austero, igual que en todas las morgues que había visto. Sólo muerte y dolor.

—¿Tienes algo para mí, Cristina? —preguntó indiferente.

«Claro que tiene algo para ti, ¿no ves que parece una babosa? Con cada paso que da, deja un rastro de flujo.»

—Ha sido simple.

La Barbie Doctora iba a comenzar la exposición de los hechos y se puso seria. Casi parecía una profesional.

—He hallado fluidos diversos y las heridas típicas en los casos de agresión sexual, lo que me lleva a la conclusión de que fue violada por más de un hombre. La garganta ha sido cercenada de izquierda a derecha mediante un largo y profundo corte, y eso nos dice que tuvo que estar inmovilizada para que pudiesen ejercer la fuerza que es necesaria para un tajo tan profundo. El rostro estaba despellejado por completo en uno de los lados, como si se hubiesen divertido arrancándole la piel a tiras. Causa de la muerte: sin duda, el corte en la garganta; no tuvo que sentir mucho dolor. Fue una muerte rápida.

—¿Alguna pista que nos sirva? —preguntó Ferrer.

—No he encontrado nada que pueda ayudaros. Quien lo hizo se lo tomó muy en serio para no dejar nada por donde tirar del hilo.

—Gracias, Cris —dijo mientras se daba la vuelta—. Hemos acabado aquí, Trudy.

—Nacho —lo llamó la doctora usando su nombre de pila, que hasta ese momento Trudy desconocía—, ¿te veré esta noche?

Era una Barbie, cierto, pero no la Barbie Doctora, sino la Barbie Bruja.

El silencio se espesó entre ellos. La teniente se sentía incómoda; acababa de conocer a ese hombre y no sabía nada de su vida, y no tenía nada que ver con él en absoluto, tan sólo era su compañero... uno al que debía vigilar de cerca, y así iba a seguir siendo. Después de lo de Marcos, tenía muy claro que no iba a volver a cometer el mismo error... por muy bueno que estuviese éste y por muy húmeda que lograra ponerla aun sin pretenderlo.

—Cris... te he dicho muchas veces que se acabó. —Su voz sonó dura.

Cristina bajó la mirada, herida; después de todo, la bruja tenía corazón, una novedad para los cuentos de hadas. Por ello, Trudy pensó que Ferrer no tenía por qué ser tan rudo con ella y mucho menos delante de otra mujer, aunque fuese una extraña ajena a su pasado.

—Vamos, Trudy, hay mucho que hacer —ordenó mientras la guiaba con su gran mano apoyada en su cintura.

De repente, el oxígeno desapareció a su alrededor y le costó respirar; el lugar donde había posado su mano, justo en la curva donde acababa la espalda, parecía estar en llamas.

La teniente boqueó como un pez fuera del agua y, al segundo, se alejó de su roce; justo en ese instante, consiguió respirar de nuevo.

Cuando llegaban a la calle, el teléfono de Ferrer sonó y por su expresión supo que algo andaba mal.

—El jefe quiere vernos.

Trudy asintió sin más y siguió al teniente hasta el despacho de su nuevo superior. Una vez dentro, su

capitán les indicó que cerraran la puerta.

—¿Sucede algo?

—Se nos va a ir de las manos. Hemos encontrado a otra mujer.

—¿Otra asesinada? —preguntó Trudy, interrumpiéndolos.

—Así es. El mismo modus operandi. De hecho, parece una réplica de la anterior.

—¿Dónde?

—En el mismo edificio.

—¿El cabrón se estaba cargando a otra mientras estábamos con la primera víctima? —Fue una pregunta retórica, porque Trudy no necesitaba la respuesta para saber que así había sido.

Mientras habían estado limpiando la escena del crimen, recogiendo huellas y todo lo que les pudiera servir para llevar a cabo la investigación, otra mujer había sido degollada.

—Os están esperando.

Sin añadir nada más, se marcharon de nuevo hacia el edificio donde residía Trudy, al que debería llamar «La casa de los horrores». Al llegar, subieron corriendo y se encontraron el mismo espectáculo macabro. Una réplica del anterior crimen, dos plantas más abajo.

La mujer, sentada en un sillón reclinado sobre el mármol; su cabeza, colgando sobre el suelo, rojo a causa de su sangre; sus piernas, abiertas de una manera extraña, y su rostro, al igual que en la otra víctima, con señales de haberle arrancado la piel.

Trudy apretó los puños hasta clavarse las uñas, y presionó los dientes con tanta fuerza que pensó que éstos iban a salir disparados como proyectiles. Con suerte darían en el rostro de Ferrer y eso le alegraría un poco el día.

—Va en serio —murmuró Ferrer.

—Eso parece. Menudo hijo de puta —masculló.

—Vaya, Trudy, no te pega tener eso en la boca...

—¿Ah, no? ¿Y qué me pega? —preguntó, conteniendo a duras penas la rabia.

«*Mi polla.*» De nuevo esos pensamientos sin ton ni son...

—Pareces más del tipo pijo que dice «o sea».

—Vete a la mierda. Estoy cabreada. No me jodas.

«Eso me gustaría: joderte de espaldas y azotar ese culo prieto que tienes.»

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué estás molesta?

—Ese psicópata se ha reído de nosotros. Ha matado a esta pobre chica delante de nuestras narices...

Me siento tan estúpida, tan impotente...

—Lo cogeremos. Por cierto, ¿tienes dónde pasar la noche?

—Claro, en mi apartamento.

—¿No pensarás quedarte aquí?

—Sí, ¿por qué?

—A ver, teniente... ¿porque han asesinado a dos mujeres en tu edificio?

—Sé defenderme —contestó enfadada.

—No vas a quedarte aquí, Trudy, al menos no esta noche.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú? Además, no tengo otro sitio al que ir.

—Quédate en mi casa. Tengo sitio de sobra.

El silencio se apoderó de ellos durante unos segundos. Trudy iba a decir que no, necesitaba decir que no. No podía pasar la noche en casa de su compañero, se acababan de conocer y no en las mejores circunstancias, y, además, él era la viva imagen de eso de lo que huía... Atractivo, temerario, prepotente, peligroso incluso, y eso la aterraba. Ella era una yonqui de la adrenalina y su abstinencia era demasiado larga... y ese tipo, sólo con mirarla, hacía que ésta se elevara a niveles desconocidos. Por eso tenía que mantenerse alejada de él.

—Gracias por el ofrecimiento, pero estaré bien. De verdad.

—Cabezota —murmuró; aunque ella lo oyó, lo dejó pasar.

Trudy, de nuevo, entró en la habitación; se colocó unos guantes de látex y trató de encontrar algo que la ayudara. Después de un tiempo infinito, se rindió; el cabrón era bueno, muy bueno en su trabajo. Se tomaba su tiempo, disfrutaba de lo que hacía y no dejaba huellas. Nada que lo delatara. Ninguna pista que seguir.

Frustrada, se quitó los guantes y los arrojó al cubo de basura, y entonces lo vio. Una tarjeta, oscura, con letras rojas.

Incluso desde lejos era fácil adivinar que pertenecía a un club de alterne. Con uno de los guantes que había en la basura, recogió la tarjeta y la puso en una bolsa de plástico y luego, sin mediar palabra, regresó a la escena del primer crimen.

Ferrer fue tras ella tratando de hallar una respuesta al extraño comportamiento de su compañera, pero para él estaba claro que estaba loca.

—¿Regresas al anterior escenario? ¿Por qué? ¿Has encontrado algo?

—Chist —lo silenció.

Ferrer la siguió sin decir nada más; parecía que sabía lo que se hacía. Fue directa a la cocina y buscó en el cubo de basura. Cuando no halló lo que buscaba, soltó un grito de frustración y, al segundo, sonrió, se levantó y fue al baño. Abrió la papelera y allí dio con lo que había ido a buscar.

Cogió la tarjeta y la guardó en otra bolsa. Ferrer la miraba impaciente; estaba claro que había descubierto algo.

—¿Llevas un bolígrafo?

Nacho tocó los bolsillos de su vaquero desgastado y le tendió uno; al hacerlo, la manga corta de su camiseta blanca se pegó contra su piel y se elevó, mostrando un tatuaje. Lo reconoció. Era una daga rodeada de laurel, el emblema de los Grupos de Operaciones Especiales, los GOE.

—Así que un boina verde... —susurró.

—Eso fue hace mucho tiempo —musitó tratando de bajarse la manga.

Fue la primera vez que lo vio triste, cabizbajo. Algo velaba sus ojos y Trudy supo que había tocado una parte de su pasado que aún le dolía.

—¿Vamos?

—¿A dónde?

—A averiguar qué sucede en este antro —exclamó con una sonrisa de satisfacción.

Nacho cogió la tarjeta, resguardada del plástico, entre sus manos y la observó; sonreía feliz porque había hallado una pista, algo que conectaba a las dos víctimas. Era la única que había logrado encontrar

una conexión entre ambas, y su sonrisa, sincera y de felicidad, encogió su estómago.

¡Por Dios! Estaba preciosa cuando las arrugas de seriedad abandonaban su rostro y sonreía. Aturdido por lo que sentía, apartó la mirada, asustado de que ella pudiese leer en sus ojos. Eso no se lo podía permitir.

Capítulo 4

Aura

—¿Conoces este local?

Nacho estudió la tarjeta, todavía dentro de la pequeña bolsa, y asintió.

—Aura; es un club muy selecto. Lo tenemos bajo vigilancia. Lo que no sé es qué tienen que ver estas mujeres con el club y con lo que allí se cuece.

—Y... ¿qué se cuece?

—En fin, parece que tendré que contártelo. Los tenemos bajo vigilancia porque creemos que Dragos está detrás del club.

—Y Dragos... ¿es? —preguntó como si no supiese nada.

—Mejor vamos a la oficina y te pongo al día —suspiró cansado.

Trudy asintió y montó en la moto de Nacho, algo que durante el largo día se estaba haciendo demasiado habitual.

Llegaron a las oficinas y Ferrer se dirigió a su despacho seguido de su compañera.

—Jefe —llamó cuando pasó por delante de la puerta de su capitán.

Blanco se levantó y los siguió; sabía cómo trabajaba Ferrer y, con certeza, ese comportamiento significaba que habían hallado algo.

El teniente cerró la puerta de su despacho y se inclinó sobre la mesa de madera, cruzó los brazos por delante y señaló a Trudy.

—Ha encontrado una pista —murmuró.

—¿Sobre los asesinatos?

—Sí; parece que Dragos tiene algo que ver. Hay que ponerla al día.

—¡Maldita sea!

—¿Qué sucede? ¿Quién es Dragos?

—Dragos es el mayor traficante de España; su organización lo toca todo: arte, joyas, droga, trata de blancas, prostitución, peleas clandestinas... Todo.

—¿Por qué sigue libre?

—No somos capaces de inculparlo. No ha cometido ni un solo error; lo hace todo de forma que parece legal y, cuando damos con alguien dispuesto a facilitarnos alguna pista, muere. Siempre.

—¿Qué tienen que ver esas mujeres en todo esto?

—No lo sé, pero creemos que el Aura es uno de sus locales, y es demasiada coincidencia que ambas tuvieran una tarjeta del club, ¿no crees?

—Sí, huele mal.

Los tres se quedaron en silencio, tratando de hallar una respuesta al porqué de las muertes.

—Quizá, simplemente, ya no eran de utilidad —susurró Trudy.

—Podría ser... ¿Se sabe algo ya de Benji?

—Nada, me temo lo peor... —susurró Ferrer.

—¿Crees que ha muerto?

—O que ha cambiado de bando; quizá le interese más la paga de Dragos —ironizó Nacho.

—¿Tenéis a alguien infiltrado? —preguntó Trudy, intentando que las palabras de Ferrer no la afectaran.

—Sí; bueno, no exactamente. Es inspector, pero del cuerpo de bomberos.

—¿Un bombero? ¿Qué hace un bombero infiltrado?

—Se empeñó en colaborar porque cree que Dragos es el responsable de la muerte de su hermano; al principio no queríamos que se arriesgara, pero estaba absolutamente decidido y pensaba hacerlo con nosotros o solo. No sabemos nada de él desde hace tres semanas.

—Eso es mucho tiempo... —murmuró Blanco.

—Demasiado —coincidió Ferrer.

—Habrá que averiguar qué sucede, aunque no sé cómo, pues conoce a todos los hombres del cuerpo. Cada vez me resulta más complicado, ese cabrón sabe lo que se hace.

—Por lo que deduzco, de alguna manera, las mujeres que hemos encontrado muertas trabajaban para él, ¿no?

—Sí. Es lo más probable.

—¿Supongo que como prostitutas o tal vez como acompañantes de sus altos cargos?

—Parece que sabe de lo que habla.

—Bueno, he trabajado en un caso similar, señor —contestó Trudy.

La tristeza veló sus ojos y se concentró, por todos los medios, en no llorar. Su capitán asintió; estaba al tanto de todo por lo que había pasado. De todas formas, el hallazgo fortuito le había facilitado mucho las cosas en su verdadera misión.

—¿Qué propone, teniente?

—Ellos esperan que sea alguno de ustedes quien pretenda infiltrarse —dijo señalándolos a ambos con un dedo—. Así que me pregunto qué sucedería si fuese una mujer la que entrase dentro de la organización.

—¿Una mujer? —preguntó Blanco, adivinando lo que Trudy trataba de hacer.

—¿Supongo que estás hablando en broma! —cortó Nacho, quien dedujo lo que Trudy pretendía.

—No; podría hacerme pasar por una prostituta y ver qué pasa. Quizá tenga suerte.

—¿Es de locos! —tronó Nacho.

—¿Ferrer, compórtate! Es una gran idea, tal vez desenmascare al topo.

—¿Tienen un topo?

—Eso parece, pues no entendemos cómo Dragos puede estar al tanto de todo.

—¿Conocen a alguien en Aura?

—Sí, tenemos un contacto allí. Voy a localizarla y a ver qué podemos hacer.

—Es de locos.

—Supéralo —dijo Trudy—. ¿Hay gimnasio en las instalaciones?

—En el sótano —contestó el capitán.

—Gracias, necesito desfogarme.

Sin añadir nada más, se dirigió a la planta de abajo y buscó el saco. Tenía que dar puñetazos a lo que fuera. No llevaba exactamente la ropa más cómoda, pero serviría.

Se vendó las manos y se acercó al saco. Empezó a dar golpes despacio, para que sus músculos entrasen en calor.

Unos brazos fuertes la rodearon desde atrás y la alejaron del saco con fuerza, inesperadamente.

—¿Estás chiflada? No sabes nada de la operación, nada sobre Dragos... No es un criminal cualquiera; es agresivo, poderoso, inteligente y no tiene escrúpulos. No vas a salir viva de allí.

—No es tu problema.

—Lo es desde que te hicieron mi compañera.

—Sé cuidar de mí. Estás exagerando.

Mientras se defendía, lanzó el primer golpe. Ferrer no reaccionó a tiempo y el puñetazo impactó en su rostro. Con una mueca y una sonrisa, se acarició la mejilla dolorida y la miró con un brillo en los ojos que hacía mucho que permanecía olvidado.

—Está bien, chiquilla... Me lo estás pidiendo a gritos.

—Calla y golpea, *nenaza*.

Trudy sonrió y esquivó los siguientes impactos; era más pequeña y no tenía su masa muscular ni de lejos, pero era rápida y sabía atizar.

—Debo reconocer que no lo haces nada mal... —dijo sorprendido.

—Bueno, sé dónde debería darte una buena patada para que meases sangre durante un mes.

—Uf, nena, eso acaba de ponerme. —Sonrió.

Los golpes siguieron y, de repente, Ferrer se preguntó cómo había llegado a esa situación... una tan ridícula que no sabía cómo reaccionar.

Esa mujer delgada y a la que le sacaba más de una cabeza estaba sentada sobre su pecho, con sus torneadas y largas piernas, que había tenido ocasión de acariciar esa mañana temprano, rodeándolo. Éstas presionaban sus brazos y lo mantenían inmóvil bajo su peso.

Su espesa melena rubia caía sobre sus pechos, agitados por el esfuerzo, en ondas sinuosas, tanto como sus curvas. El teniente era consciente de que tenía que liberarse, demostrarle quién mandaba, que no estaba lista para esa misión encubierta; sin embargo, no podía dejar de pensar en lo que ocultaba bajo sus pantalones, entre sus muslos, que ahora estaban peligrosamente cerca de su rostro y de los que emanaba un leve olor a sexo que le resultaba maravilloso.

Había logrado, sin hacer nada, que su polla se pusiera dura como una roca y que no pudiese concentrarse en nada más que en enterrarse entre sus piernas y darle todo lo fuerte que pudiese hasta oír la jadear su nombre, rogar por más, desvanecerse ante la intensidad del orgasmo...

«¡Joder!», se quejó mentalmente. No debería pensar en ese tipo de situaciones con su compañera, pero, en ese instante, no podía imaginar una escena mejor que ella desnuda de espaldas y él tirando de su larga melena para penetrarla más a fondo.

—Te gané, fantasma. —Sonrió ajena a lo que bullía en el interior de Ferrer.

—Me has pillado desprevenido.

—Sé defenderme, no te preocupes.

—El Dragón es peligroso de verdad, Trudy —susurró, y eso hizo que su vello se erizara.

—He estado en situaciones similares y siempre he sobrevivido —murmuró triste.

Ferrer creyó que era mejor dejar las cosas como estaban y hablar con su capitán después; estaba claro que no era una mujer que se rindiera.

Y, tal vez, eso la hacía tan especial.

Capítulo 5

Bulldog

Blanco no podía dejar de pensar en cómo habían resultado las cosas; por una vez, todo había salido rodado. Perdido en sus pensamientos estaba cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta de su despacho.

—Adelante.

—Blanco, soy yo.

—¿Qué pasa, Ferrer?

—No puede dejarla ir... ¡Es una locura! —gritó.

—Está capacitada.

—Pero, capitán, acaba de llegar, es muy joven... si apenas ha dejado el instituto.

—Es buena, y tiene los huevos bien puestos. Más que muchos de mis hombres.

—Es inteligente, fuerte y despierta, no voy a negarlo, pero aun así... ¡estamos hablando de Dragos!

Sabe que lo conozco bien.

«Demasiado bien, quizá», pensó Blanco.

—¿Te acuerdas del caso Bulldog?

—¿Cómo olvidarlo? No todos los días se detiene a un compañero que se ha pasado al otro bando y que, además, es tu prometido.

Ferrer se interrumpió y miró a su capitán, que asentía confirmando la sospecha que acababa de atravesar su mente.

—¡No puede ser! ¿Fue ella?

—Ajá, así que no repitas que no está lista. Es buena y leal. Incorruptible. Es lo que necesitamos.

—Pero... tendrá que estar rodeada de ellos y tal vez... la obliguen a... bueno, ya sabes, Roberto —apeló a él usando su nombre de pila y tuteándolo—, ¡se va a hacer pasar por una prostituta! ¿Te gustaría que Inés...?

—¡Ni lo menciones! —cortó brusco al oír el nombre de su esposa—. Pero, debes reconocer que es una idea nueva, brillante.

—¿Lo es?

—Lo es. No entiendo por qué no puedes verlo.

Ferrer caminó arriba y abajo por aquella habitación que se le hacía demasiado pequeña para sus largas piernas. Estaba confuso y no era capaz de evitar que sus manos despeinasen su cabello. Su mente bullía barajando todas las posibilidades y, desde luego, todas acababan con Trudy de la misma forma,

degollada y con el rostro desfigurado.

—Es sólo... jefe... que... no la quiero dentro. Sólo es eso...

—No todas son ella.

—Lo sé; aun así... no sé si lograría soportar otra derrota.

—Es su trabajo; ha sido destinada aquí por una razón concreta, y ésa es Dragos.

Ferrer detuvo su paso y se rindió. Por más que deseara que no sucediera, la decisión estaba tomada y él no podía hacer nada para cambiar los planes.

—No puedo creer que ella...

—La orden viene de arriba. No tenía pensado meterla dentro, pero, dadas las circunstancias, creo que es nuestra mejor opción para poner fin a todo esto. Conoce la forma de actuar de esos bastardos muy bien.

—Blanco, las matan cuando se cansan de ellas.

—Por eso debes ponerla al día; ayúdala para que tenga éxito. ¿O es que hay algún otro motivo por el que no quieres que la infiltremos? —inquirió.

Ferrer era muchas cosas, pero, desde luego, tonto no era una de ellas. Sabía que se rumoreaba que había alguien del cuerpo pasando información a Dragos y él había estado implicado en el caso desde hacía mucho tiempo, muy implicado, y había logrado alejarse con vida. Había tenido suerte y, ciertamente, aunque la tentación había sido fuerte, no se había vendido.

—Está bien, la pondré al día de toda la operación. Pero, recuerde, no me gusta la idea —se negó a rendirse.

—¿Tanto temes que le suceda algo?

—No sé cómo explicarlo, Blanco; es un palpito.

Roberto sonrió y cabeceó. Había visto esa mirada muchas veces en su rostro cuando era más joven y ahora la volvía a ver en Ferrer. Si no se andaba con cuidado, iba a estar perdido, para siempre.

—Nacho —utilizó su nombre de pila, algo que no hacía a menudo—, tendrás que confiar en que ella hará bien su trabajo y en que tú harás bien el tuyo. Tienes una semana.

—Sí, señor.

Ferrer salió algo más tranquilo del despacho de su capitán y se dirigió en busca de la teniente, cuando de pronto se la cruzó.

—Espera, Trudy —la llamó nervioso.

—¿Vas a volver a decirme que no puedo hacer mi trabajo?

—No... y lo siento. Voy a ayudarte.

—No necesito ayuda.

—Te vendrá bien una puesta al día, saber todo lo que hemos averiguado. Créeme, es mucho. Esta noche la pasas en mi casa; así te lo cuento todo y, de paso, evitamos que, si regresa ese malnacido...

—No voy a quedarme en tu casa, ya te lo he dicho.

—Tengo todo el material allí: fotos, apuntes, seguimientos, nombres... Si quieres que te metamos ahí dentro, al menos debes estar informada, poder ir un paso por delante. Además, Blanco sólo me ha dado una semana para ponerte al corriente de varios años de investigación, así que...

Trudy lo miró a los ojos; parecía realmente preocupado, y tenía razón. Si quería pillar a esos cabrones, debía hacerlo lo mejor posible y eso sólo sería posible con un gran conocimiento de la

organización o, al menos, de lo que hubiesen descubierto. Cuantas menos sorpresas, mejor.

—Está bien, me quedaré en tu casa, pero, Nacho —dijo su nombre sin ser consciente de lo bien que sonaba en sus labios—, no voy a acostarme contigo.

—Claro que no; no me interesas de esa forma, chiquilla —mintió.

Trudy pidió a Ferrer que se detuviera primero en su apartamento; necesitaba algunas cosas de aseo personal, un pijama o, lo que era lo mismo, su camiseta raída y con agujeros, y algo de ropa de deporte. El teniente la acompañó en todo momento en silencio, sin decir ni mu... ni siquiera se quejó por el tiempo que tardó; parecía aliviado porque ella hubiese aceptado quedarse con él.

Llegaron a casa de Ferrer algunas horas después y Trudy tuvo que admitir que era impresionante. El salón acristalado dejaba que la imagen del mar entrase a raudales en él; era una construcción de una sola planta, amplia, espaciosa y, lo que más la sorprendió, ordenada.

—Menuda choza. —Silbó.

—No está mal.

—¿No está mal? Si aceptas sobornos, no quiero saberlo —bromeó, aunque se arrepintió enseguida; se suponía que ella estaba ahí para averiguar si él era el topo.

—No, no... —sonrió.

De repente la mirada de Trudy se oscureció, sin duda recordando lo sucedido y, a la vez, tratando de leer en sus ojos la verdad.

—Lo siento —murmuró acercándose a ella. Alzó la mano y trató de rozar su hombro; de verdad que quería, sabía que ella lo necesitaba, se lo decía su postura, hombros caídos, mirada perdida... Pero no podía, no tendría fuerzas para aguantarlo de nuevo. Se había rendido hacía mucho tiempo y esa chiquilla empeñada en tentar a la muerte no iba a ser la que acabase apoderándose del pequeño trozo de corazón que aún conservaba bajo su pecho.

—¿Tienes hambre?

—No sé ni qué hora es, ¿no hemos comido nada? —preguntó sorprendida.

—Nada desde el café.

—Sí, tengo hambre.

—¿Pasta?

—¿Vas a cocinar?

—Me gusta hacerlo. —Sonrió encogiendo sus anchos hombros.

—Nunca lo hubiese imaginado.

—Bueno, hay muchas cosas de mí que no conoces.

Trudy lo miró fijamente. Se había colocado tras la encimera y encendía el fuego. Lo cierto era que parecía extraño que sólo hubiesen pasado unas horas desde que se conocieron; el día se había alargado en el tiempo de forma imposible. Se sentó en un alto taburete y dejó que sus ojos descansaran en su cuerpo. Alto, fuerte y atractivo a rabiar. ¡Hacía tanto que no estaba con un hombre! Y éste era un hombre con todas las letras. Apoyó la cabeza entre sus brazos cruzados y lo miró con disimulo mientras él se movía con soltura por la cocina, sacando una cacerola y llenándola de agua para después ponerla al fuego.

Se agachó a por algo y Trudy se quedó sin aliento. ¡Menudo culo! ¡Dios! Estaba cansada, eso era todo. No podía estar comportándose de esa manera; era su compañero y, además, no estaba segura de que

no aceptase sobornos.

Nacho se levantó y se puso a cortar, en una tabla, cebolla y ajo, y lo mezcló en una sartén.

—Ya casi está —susurró al rato.

—Perfecto —murmuró Trudy al darse cuenta de que había cerrado los ojos un segundo.

—¿Vino?

—Eso estaría genial.

Se sentaron a la barra y Nacho sirvió el plato a Trudy; para ser honesta, debía reconocer que tenía una pinta estupenda. Se llevó a la boca un bocado y cerró los ojos a la vez que dejó escapar un gemido de satisfacción.

Nacho la miraba y tuvo que beber un trago de su copa de vino. ¿Acaso no era consciente esa mujer de lo jodidamente sexy que era?

—Está riquísimo —musitó.

—Gracias.

—Entonces, cuéntame sobre Dragos.

—Es un cabrón, no puedes olvidarlo. Debes ser consciente en todo momento de que no tiene escrúpulos y que no duda. Si tiene que quitarse a alguien de en medio, lo hace.

—¿Qué tiene que ver el club en todo esto?

—Dragos organiza peleas clandestinas; las chicas suelen ser uno de los premios. Su mano derecha siempre va a Aura y elige a las candidatas.

—¿Su nombre es...?

—No hemos logrado identificarlo. Son peligrosos y, si te metes en la boca del Dragón...

—No te preocupes, tendré cuidado de que no la cierre.

—Tienes que estar fuera cuando la cierre. De verdad que no son delincuentes de poca monta; llevamos con esta investigación tres años.

Trudy dejó escapar un silbido. Ella sabía lo que era estar tanto tiempo investigando, recabando pruebas, tratando de hallar lo suficiente para poder empapelar al malo.

—Sí, son muy escurridizos. Operan a nivel nacional y también han salido fuera. Creemos que tienen conexiones en Rumanía, Italia, Grecia y Rusia. En esta zona, trafican por toda la costa. Siempre cambian de hombres, de negocios, y a él nunca se le puede relacionar directamente.

—¿Y vuestro hombre?

—Como ya he dicho antes, no sabemos nada de él desde hace tres semanas; puede que esté bien y sólo se trate de que no haya podido comunicarse, o tal vez...

—¿Crees que está muerto?

—Quizá haya decidido que, con Dragos, se gana más dinero.

Trudy no dijo nada; entraban en un terreno farragoso. Ella sabía que los de arriba tenían sospechas sobre él, que pensaban que quizá era el topo al que pagaban para mantenerse lejos de la ley. Debía cambiar de tema; no le gustaba la dirección que tomaba la conversación, aunque algo le decía a Trudy que Nacho era honesto, al menos, de momento. Ella conocía de primera mano cómo podían cambiar las personas de un día para otro, y consideraba que nunca se llegaba a conocer a nadie. Quizá, sólo, a uno mismo.

—¿Qué hacen las chicas para ser elegidas? —preguntó para desviar sus pensamientos.

—No tenemos ni idea de cómo o por qué las seleccionan. Puede que tengas suerte, pareces una niña de colegio con tetas.

«Un momento, ¿de verdad he dicho eso? Eres un gilipollas, Ferrer, ya te lo ha dicho ella antes.»

Trudy lo miró un instante a los ojos; no sabía si pegarle un puñetazo a la altura de los riñones o reírse, y optó por lo último. No merecía la pena discutir por eso.

—¿Te hace gracia?

—Sí, eres muy gracioso. ¿Qué edad crees que tengo?

—No sé, ¿veinte?

—No sé si tomármelo como un cumplido y darte un beso o como un insulto y escupirte a la cara.

—Me pido el beso —soltó sin más.

—A ver, abuelo, tengo veintiocho años. ¿Y tú? ¿Cincuenta? Porque, si tienes cincuenta, déjame decirte que te conservas muy bien. Y no. No hay beso. Y nunca lo habrá. —«Mentirosa.»

—Bueno, pues no tengo cincuenta, nietecita, tengo treinta y cuatro. Y te repito que no estoy interesado en ti de esa forma. —«Mentiroso.»

—Es normal, no parezco una Barbie.

—No te metas con Cris, es buena tía.

—¿Entonces?, porque ella sigue colada por ti. Casi me muerde...

—Es sólo que no estoy hecho para tener una relación.

—Así que al guapo boina verde rompebragas y destrozacorazones le asustan las relaciones... Interesante.

—Primero, no soy un rompebragas —Trudy lo miró con una ceja levantada—; segundo, no destrozó corazones, y tercero, no me asustan las relaciones. Simplemente no quiero una.

—Eso es algo que tenemos en común —asintió, y se metió otro bocado de pasta en la boca.

Acabaron la cena en silencio, tan sólo acompañados por la melodiosa voz de Miguel Kocina. El vello de Trudy se erizó con ese sonido y por las palabras que el cantante susurraba para ella.

Sintió, de repente, que un nudo se formaba en su garganta y temió no poder controlar las ganas de llorar que tenía en ese instante, pensando en Marcos. Su futuro, un futuro con él, se había esfumado como agua entre sus manos. ¡Cuántas veces había imaginado que podía volver atrás y cambiar la historia! Acostumbrarse a no tenerlo había sido lo más difícil que había hecho jamás, por eso pidió el traslado desde el norte de España a ese pequeño pueblo costero de Almería. Necesitaba estar lejos de él y, en ese momento, sólo necesitaba un abrazo de una persona que ya no estaba para estrecharla fuertemente entre sus brazos. Aún penaba por alguien que no merecía la pena, que se había inventado sentimientos tan sólo para despreciarlos cuando ya no quedaba un motivo para seguir fingiendo.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué? —preguntó, aunque no era verdad, su voz la delataba.

—Estás llorando.

Confundida, alzó los dedos hacia su rostro y se limpió la humedad que mojaba su piel.

—Sabes que no tienes que hacerlo, ¿verdad? —murmuró Ferrer mientras se levantaba y, de un único paso, eliminaba la distancia que los separaba.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. *Necesito hacerlo*. ¿Puedes entenderlo?

—No tienes que demostrar nada a nadie.

—Estoy lista, es mi trabajo.

—¡No! ¡Maldita sea! ¡No es tu trabajo hacerte pasar por una puta y meterte en la guarida del mismísimo diablo!

—¿No confías en que lo logre?

Ferrer bajó la cabeza y se alejó de Trudy, quien, de repente, se sintió helada, como si la noche fría se la tragara. No podía evitar sentirse atraída por él; era un hombre apuesto y ella necesitaba tanto el calor de unos brazos fuertes que la atraparan y trataran de unir todos sus pedazos rotos...

—Me asusta no poder protegerte —susurró a la noche.

Trudy intentó procesar las palabras. ¿Temía por ella? Era algo a lo que no estaba acostumbrada.

—No sería culpa tuya. De nadie. Es mi decisión.

—Aun así...

Trudy notó la vacilación en su voz; había algo que deseaba decirle, pero no lo hacía. Guardaba secretos tan profundos como los suyos propios, y heridas más hondas, tanto que afloraban a la superficie y se derramaban por su piel.

Sin saber por qué, se acercó a él y pasó sus largos y delgados brazos por su cintura, dejando que el contacto cálido la abrasara lentamente. Apoyó la cabeza en su espalda y cerró los ojos, permitiendo que su cuerpo se relajara con el calor que emanaba de Nacho y que ella tanto necesitaba.

Nacho no sabía qué hacer; ella estaba sobre él y era una sensación malditamente abrumadora. No era capaz de moverse, aunque deseaba tener las agallas que le faltaban en ese instante para acariciar sus manos, aunque temía que cualquier movimiento acabaría con ese momento que anhelaba alargar hasta el infinito.

Trudy se abrazó más fuerte y Ferrer no pudo controlar más sus ganas de sentirla, así que se giró con cuidado de no deshacer el abrazo, hasta que la cabeza de Trudy quedó apoyada en su pecho, y ella, rodeada por sus brazos.

Percibió cómo se agitaba con suavidad y la humedad en su torso le confirmó que aún lloraba. Quería consolarla. Deseaba mantenerla entre sus brazos para siempre mientras la llenaba de besos. El instante en que sus piernas estuvieron sobre él llegó de pronto y lo golpeó con fuerza. No pudo evitar que su miembro se elevara, reclamando lo que quería marcar como suyo.

«*Ahora no*», suplicó mentalmente, pero fue consciente de que ella lo había notado, sabía que sonreía a pesar de no verla.

—Es tarde, deberíamos dormir, llevo despierta toda una eternidad.

—Sí, es tarde. Ven, te enseñaré tu habitación.

—Tendrás que dejarme algo para dormir, no he cogido pijama. Con la prisa he olvidado mi camiseta raída.

—¿Prisa? —bromeó.

Nacho la guio a través del salón hasta el cuarto de invitados, que nunca había sido utilizado, y le dio una camiseta suya.

—¿Te viene bien? No tengo nada más.

—Perfecta. Estoy tan cansada... —Sonrió en medio de un bostezo.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana y, Nacho —musitó—, gracias.

—Descansa, chiquilla.

—Igualmente, abuelo.

Cerró la puerta tras él y necesitó apoyarse sobre la dura madera un instante. Le temblaban las piernas. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Era la tensión y la ansiedad que le provocaba o, tal vez, el día, que se había eternizado? No estaba seguro, aunque una insoportable voz en su interior le gritaba que era *ella*.

Capítulo 6

Día largo... larga noche

Trudy no podía conciliar el sueño; trataba desesperadamente de achacarlo a una cama extraña, a una almohada sin uso o a los nervios del largo día que se había acabado extendiendo a una larga noche.

Era incapaz de dejar de recrear en su mente los cadáveres de ambas mujeres, con los rostros despellejados. ¿Qué demonios hacía el cabrón con la piel que les arrebatava? ¿Se trataría de un trofeo? ¿Un reflejo de su maldad? Desde luego no esperaba encontrarse con un caso así en un pueblo costero y pequeño... y, de pronto, todo el caso Bulldog había estallado en su cara. Quería mantenerlo en secreto; estaba cansada de miradas de compasión, de caricias consoladoras. Sólo deseaba retomar su vida de la mejor forma posible, sin tener un constante recordatorio de lo mal que acabó todo... y, lo peor, era él.

Nacho Ferrer era la encarnación de todo lo que la atraía y no podía negar que se sentía como un imán arrastrado por otro. Todo en él la llamaba a gritos y la realidad era que estaba tan sola... Sentía un agujero en su pecho, profundo e insondable, que no sabía cómo iba a rellenar. De una casa vacía podía escapar, pero no de ella misma.

Repasó mentalmente todos los datos que había obtenido de la operación Titanic. Era divertido cómo elegían los nombres de las operaciones. Bulldog fue llamada así porque uno de los principales sospechosos se parecía a un perro de esa raza, y a ésta la habían denominado Titanic por su envergadura, además de que deseaban que naufragara como el mítico trasatlántico.

Cansada de dar vueltas, decidió que lo mejor era salir y tomar el aire. La cama estaba pegajosa por su sudor, a pesar de ser una noche fresca de finales de verano.

Trató de no hacer ruido cuando abrió la puerta y se dirigió hacia el salón... y entonces lo vio. La luna se reflejaba en su cabello bruno y en su rostro distraído, perdido en el mar que contemplaba, tan oscuro como sus ojos.

No llevaba camiseta, tan sólo un largo pantalón de tonos grises. Su espalda, curvada, revelaba cada uno de sus músculos, definidos por los años de entrenamiento.

Trudy se quedó sin aliento y se llevó, inconscientemente, las manos al estómago. Algo se había removido, inquieto, en su interior.

—¿No puedes dormir? —preguntó él sin darse la vuelta.

—No, demasiadas emociones para un solo día —murmuró nerviosa.

—Ha sido un largo día y parece que la noche va a ser igual de larga. ¿Estás completamente segura de que quieres seguir con esto? Aún estás a tiempo de...

—Lo estoy. Necesito algo diferente.

—¿Yoga?

—Lo sabes... Sé que el capitán te lo ha contado. ¿Sabes por qué lo sé? Porque he visto en tu mirada la misma expresión de compasión de la que he venido huyendo. Y no quiero que mi compañero me mire así. Necesito algo por lo que me recuerden no como la patética novata que tuvo que arrestar a su prometido corrupto, que sólo estaba con ella como tapadera mientras jugaba a dos bandas. Eso es lo que no quiero. Fue duro, sí. Dejé huecos que no sé cómo tapar, sí, pero, necesito seguir adelante con mi vida. Mi vida —confesó, antes de pensar en lo que decía.

—Todo empezó hace muchos años. Al principio no le dimos importancia, porque la gran mayoría de desapariciones eran de prostitutas o yonquis tan enganchadas que era algo que se veía venir, pero, entonces, nos llegó un aviso de la ausencia de una joven adolescente.

—¿Dragos?

—Creemos que sí; si no es él, es el otro cabrón que lleva la zona costera de Málaga. Se la llevaron y no hemos sido capaces de hallarla... pero todo apunta a que fue un pago.

—¿Un pago?

—No eres la única que elige mal a los hombres. —Sonrió.

—No, supongo que los hay peores.

—El chico debía dinero de drogas a Dragos y, al parecer, pagó con su novia.

—Hijo de puta.

—Pagó por lo que hizo, pues no sirvió de nada que la entregara. Lo encontraron, sin vida, en un callejón. Todavía trato de dar con ella; estoy convencido de que, si desarticulamos toda la red que Dragos ha montado a su alrededor, acabará apareciendo.

—O no, quizá ya sea tarde.

—Descubrí que Dragos maneja una red de trata de blancas; envía mujeres españolas a Rusia, Rumanía y otros países del norte. Estando dentro, descubrí que, si son jóvenes y vírgenes, pagan mucho dinero por ellas, así que cabe la esperanza de que siga con vida.

—¿Lo crees en serio?

—Quiero hacerlo. Además, hay otro compañero, José Cobos, que no se rinde y sigue su pista con ahínco. Nos ayuda en lo que puede, nunca ha dejado el caso de su amiga. De hecho, se hizo guardia civil para poder seguir buscándola.

—Sería bonito que la encontrásemos; es lo que hace que este trabajo merezca la pena, ¿verdad?

—Sí. Ven, voy a empezar a ponerte al día.

Preparó una buena cafetera y se sentaron a la barra de la cocina sobre la que Nacho expuso todo lo que tenía sobre Dragos.

El alba los sorprendió inmersos en toda la información que el teniente le facilitaba; desde luego había realizado un trabajo exhaustivo.

En ese momento, con la luz del sol interrumpiéndolos tímidamente, lo veía de otra manera; no podía creer que tuviese algo que ver con la banda. Estaba segura de que no era el topo, aunque, para ser sinceros... también lo había estado antes de que su propio prometido, con el que se acostaba cada noche, no la habría engañado de esa manera.

—¿Otro café?

—Sí, estoy agotada; tienes mucha documentación recopilada.

—Ven, vamos fuera; el amanecer es hermoso desde el porche.

Trudy lo siguió hasta el exterior y se sentaron en un columpio de madera; subió los pies, descalzos, y se arrebujó cerca de Nacho. Hacía frío y tiró de la camiseta que llevaba hacia abajo, hasta que se cubrió las piernas.

—Qué pena, me gusta mirarlas.

—Somos compañeros, Nacho.

—Sólo bromeaba.

—En las distancias cortas, ganas; no eres tan gilipollas como pensaba.

—Bueno, sí que lo soy, un poco.

Trudy se llevó un sorbo del café caliente a la boca y sonrió para sí misma; el hombre que estaba junto a ella era toda una sorpresa. Lo miró de reojo, aprovechando que él se había quedado con la vista fija en la salida del sol, y corroboró lo que ya sabía, que era tan atractivo que resultaba peligroso. No quería comprometerse con nadie, pero la verdad era que echaba de menos un buen revolcón y, si meterse en la boca del lobo era tan arriesgado como ciertamente parecía, no estaría de más darse un homenaje por lo que pudiese suceder.

—Es hermoso —dijo sin pensar.

—Sí; por eso construí la casa aquí; nos gustaba ver amanecer.

—¿Os gustaba? ¿A ti y a la Barbie?

—No, ella nunca ha estado en mi casa; de hecho, creo que eres la primera desde que...

—Desde, ¿qué?

—Bueno, ¿vamos a seguir?

—Creo que primero voy a descansar un rato. Gracias.

—De nada.

Trudy se retiró a la habitación que le había sido asignada y se coló bajo las sábanas; había sentido unas punzadas afiladas llegar a su corazón y eso no podía permitirselo. Debía mantener la mente fría y el corazón alejado, aunque éste era un órgano que le había salido desobediente.

Al cabo de unas horas, Trudy se espabiló al oír ruidos por la casa. Se levantó con su arma en la mano, sólo por si acaso; salió de la habitación y anduvo hasta encontrar la fuente del ruido.

—Eres tú.

—Voy a salir a correr, no quería molestarte.

—¿Puedo acompañarte?

—¿Crees que vas a poder seguir mi ritmo?

—No lo sé, pero supongo que vamos a averiguarlo enseguida.

—Apresúrate; cámbiate, te doy cinco minutos.

—Me sobran tres —presumió feliz.

Nacho sonrió mientras la veía desaparecer por la puerta de su cuarto. Había pasado las peores horas de su vida, dando vueltas en la cama y mirando la pared que los separaba. Esa chiquilla tenía algo que lo enloquecía y, a la vez, lo atraía sin remedio. Pero no podía, no estaba preparado, nunca podría ofrecer a otra lo que le habría correspondido a Elena. Todavía sufría su pérdida, porque había sido irresponsable. Nunca había que mantener una relación con una subordinada o una compañera, siempre acababa mal.

Se lo había repetido durante toda la noche, se había tratado de convencer a sí mismo de que no debía

y no podía; sin embargo, cada vez que la miraba...

—¿Nos vamos?

—¿Ya?

—Te lo dije, me sobran tres minutos.

—Vale, vamos a hacer la siguiente ruta... ¡Trudy! —gritó llamándola, pues ésta ya había comenzado a correr y lo había dejado atrás—. Está bien, ¿quieres jugar? Prepárate para perder —murmuró.

Salió a toda velocidad tras ella; la perseguía sin descanso, como si le fuera la vida en ello. El terreno era escarpado y la leve colina que se formaba ante ellos nunca le había gustado... demasiadas piedras sueltas, y éstas eran traicioneras. Podían provocar una lesión en cuestión de segundos y justo en ese momento no podía permitírselo.

—Espera, Trudy, por ahí no, es peligroso.

—¿Miedo a perder? —lo provocó.

—No, Trudy, en serio, es...

—¡Joder! —chilló.

Nacho supo que algo iba mal; la perdió de vista en el mismo instante en el que había gritado. Estaba seguro de que se había caído, pero... ¿hacia dónde?

—¡Trudy! ¡Mierda! ¡Trudy! No, no... hacia el mar, no —murmuraba sin descanso. Sólo era capaz de imaginar que la había perdido, como a Elena. En su mente veía su cuerpo destrozado por las afiladas rocas, y el mar, a su alrededor, teñido de rojo.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí!

—¿Estás bien? —farfulló asustado.

—No lo sé, me duele todo... —gimió.

Al llegar al lugar elevado por donde la había visto caer, buscó hacia abajo, en la dirección en la que podía haber acabado, hasta que dio con ella. Estaba tendida en el suelo, con el pelo revuelto y lleno de tierra, al igual que la ropa, aunque parecía estar bien o, al menos, viva. Se acercó a toda prisa, esquivando las imperfecciones del terreno para no resbalar también, y sólo se detuvo cuando estuvo a su lado.

—Te he ganado —bromeó.

—No tiene gracia, Trudy. Me has asustado —la riñó, acariciando su sucio cabello y recuperando el latido de su corazón.

—Resbalé.

—Te lo advertí.

—Y, aunque me fastidie, tenías razón.

—¿Puedes caminar?

—No lo sé.

—Vamos, sujétate a mí.

Nacho la ayudó a levantarse y comprobó que no podía llegar a la casa por su propio pie; miró el tobillo, que comenzaba a inflamarse, y lo movió en varias direcciones para comprobar el estado del mismo.

—No está roto —la informó.

—Lo sé, es mi pie. Probablemente sea una simple torcedura; una venda y un par de días de reposo y

estaré como nueva.

—Podías haber caído al mar.

—No pasa nada; es verano, por si no te has dado cuenta.

—Hay riscos escarpados y peligrosos contra los que podrías haberte partido esa bonita cabeza tuya.

—Así que... ¿mi cabeza es bonita?

—Y tonta.

—Vale, eso también. Gracias.

—No me las des, todavía estoy pensando en matarte.

Trudy rio con ganas mientras Nacho la alzaba y la cargaba hasta la casa. Estar tan cerca de él y con esas manos masculinas rodeando su espalda y sus piernas volvió a provocar deseo en la teniente, un deseo que debía exterminar.

Capítulo 7

No me olvides

Llegaron a la casa. Nacho la depositó sobre el sofá y le quitó la zapatilla y el calcetín para observar la inflamación. Tenía razón; una venda y un par de días de reposo y estaría como nueva. Respiró aliviado; por un momento habían llegado a su mente las imágenes de lo que le sucedió a Elena; no llegó a tiempo. ¡Maldita sea! No llegó a tiempo...

—¿Está muy mal?

—No, pero no deberías arriesgarte.

—Lo sé; he sido una imprudente, sólo quería ganarte.

«Eso ya lo has conseguido.»

—Nunca —dijo, sin embargo—. Voy a por una venda y un ibuprofeno, para bajar la inflamación.

—Gracias. Tengo hambre, mucha.

—Sí, prepararé la comida.

El resto del día lo pasaron en casa, sin moverse del sofá, hablando sobre Dragos y su organización, sobre la rabia y la impotencia que sentía Nacho por no poder echarle el guante y que siguiera delinquiendo a sus anchas.

Trudy cada vez estaba más convencida de que no era el topo; con cada cosa que conocía de él, más profunda era su admiración. Se preguntaba qué le habría sucedido en el pasado...

—¿Por qué dejaste a los GOE?

—¿Cómo sabes que no me echaron?

—Lo sé. ¿Qué pasó?

—Fallé en una misión.

—¿Y eso fue motivo suficiente?

—Ya te he dicho todo lo que necesitas saber. Estoy cansado; voy a darme una ducha.

—Está bien. Yo haré lo mismo.

—¿Puedes sola?

—Sí, me apañaré; siempre lo hago.

Nacho se alejó y se encerró; no estaba preparado para hablar de lo que había sucedido. Lo hizo muchas veces con el psicólogo militar que le asignaron; le repitieron hasta la saciedad que él no era el responsable, que eran cosas a las que se arriesgaban y podían suceder, pero él era incapaz de dejar de pensar que había sido culpa suya.

El agua resbalaba por su piel, que frotaba con fuerza para tratar de borrar todo el dolor que estaba

empeñado en no dejarlo descansar jamás. Y eso era mucho tiempo.

Trudy no podía dejar de pensar en Nacho mientras se duchaba. Era extraño, porque, a pesar de que hacía sólo un par de días que se conocían, la cercanía y complicidad entre ellos era cada vez más profunda.

Seguramente todo era a causa de las largas horas que se habían visto obligados a compartir. Además, no podía negarlo, era atractivo y se encontraba sola, mucho; desde lo de Marcos, no había deseado estar con nadie y, cuando por fin le apetecía, resultaba ser con el único que no debía: su compañero.

Salió de la ducha y miró su cuerpo desnudo en el espejo. Tenía un buen moretón en el costado, pero nada grave. La verdad era que la caída podía haber tenido consecuencias mucho peores, y Nacho se había asustado mucho. Cuando llegó a ella, su tez carecía de color.

Ya vestida con la camiseta, se dirigió al salón y se sentó en el cómodo sofá; puso la pierna en alto para ayudar a bajar la hinchazón.

—¿Te apetece carne o pescado? —preguntó él de repente, sacándola de sus pensamientos.

—Lo que prefieras. —Sonrió.

—¿Te duele?

—No; de hecho, ya casi no está inflamado. Creo que ha sido más el susto que otra cosa.

—Sí, el susto. ¿A la caída o a lo que vas a hacer?

—Tengo que frenarlos.

—¿Por qué es tan importante?

—Me sorprende que seas precisamente tú quien me lo pregunte. ¿Acaso no está claro?

—¿Crees que merece la pena arriesgarte por un hombre que no vale nada?

—No por el hombre, sino por todo lo demás, por el futuro que me arrebató —confesó; por una vez dejó que la coraza cayese y el dolor traspasara su cuerpo—. Quiero venganza, pero no por él, sino por todo lo que me han hecho a mí. Deseo hundirlos en la misma mierda en la que me han sumergido y de la que no veo la manera de salir. —Quería vengarse por todo aquello de lo que la habían despojado... la posibilidad de ser feliz, de tener una vida junto a la persona que creía que la amaba.

Nacho no supo por qué o cuándo, pero verla allí frente a él, con sólo una camiseta demasiado grande cubriéndola y tan fuerte a pesar del dolor, tan dispuesta a seguir luchando e ir hacia delante, hizo que perdiera su férrea determinación y, antes de darse cuenta, estaba hundido en su olor, perdido en su boca y gimiendo por el contacto que su lengua provocaba en la suya.

Sus manos se hicieron con el rostro de Trudy, elevándolo para tener mejor acceso a su boca. Trudy no lo detuvo; lo recibió con la misma ansia que la consumía. Dejó que la besara y, cuando sus manos comenzaron a dibujar sus curvas, jadeó, presa de un calor que creía extinto.

Las manos de Trudy recorrieron, ansiosas, cada línea musculosa de la espalda de Nacho y se apretó contra él para sonreír, todavía en su boca, al notar la erección que empujaba en su abdomen.

Estaba perdida desde que la esposó, se había rendido antes de luchar; ese hombre la llamaba de una forma salvaje que era incapaz de comprender y no tenía fuerzas para tratar de negarse.

Por una noche, una larga noche, dejaría las emociones y el control a un lado y tan sólo recordaría lo que era, de nuevo, estar viva. No sabía qué podía ocurrir cuando se infiltrara, pero quería recordar eso; algo que estaba decidiendo o tal vez no, pero algo a lo que nadie la obligaba. Una vez dentro, si lo conseguía, no iba a ser dueña de sí misma, ni de sus actos, ni siquiera su cuerpo iba a pertenecerle.

Ferrer quería detenerse... No podía, no debía, era su compañera; iban a estar sumergidos hasta el cuello en una misión demasiado difícil, demasiado complicada, pero no era capaz de alejarse de ella. Era como si siempre le hubiese pertenecido, como si fuese su primer beso, el que de verdad contaba. Ese beso había despertado su lado más salvaje, el que tomaba el control sobre todo y al que raras veces dejaba salir.

Algo de ella le hacía sentirse de una manera extraña, fuera de sí y a la vez en paz.

Cuando creyó que el ansia iba a tragárselo, la levantó y ella entrelazó sus largas y fuertes piernas alrededor de su cintura. Al notar la suave tela de las bragas húmedas rozando justo en su polla, creyó que iba a correrse sin ni siquiera penetrarla. Jadeó con fuerza, ella se movió contra él y el roce le hizo soltar un gruñido animal.

La sentó en la amplia encimera de la cocina y siguió acariciando sus curvas, alocado.

—No te detengas —suplicó.

—¿Estás segura? —preguntó apoyando su frente sudorosa sobre la de ella, en un ejercicio de autocontrol titánico, dado su estado.

—Sí, lo estoy; recuerda, es sólo sexo.

Al mirarla a los ojos y verlos oscurecidos por la misma pasión que lo nublaba a él, no pudo contenerse más. De un fuerte tirón, desgarró sus bragas y dejó a la vista su hermoso sexo, húmedo e inflamado por el deseo. Pasó los dedos despacio y contuvo un jadeo. Estaba tan caliente, tan húmeda y tan receptiva... Introdujo uno de sus largos dedos hasta el interior y ella se curvó hacia atrás, apoyando las manos sobre la dura superficie de la encimera, tan dura como estaba su miembro. Con otro de sus dedos, acarició su clítoris trazando círculos y Trudy gimió y se mordió el labio inferior, a la vez que lo miraba velada por el deseo, atrapada en su vorágine interna.

Nacho cerró los ojos y se acercó más a ella, posando la lengua en su sexo, saboreándolo, tratando de gravar en su mente ese delicioso sabor; era dulce y a la vez salada. Era deliciosa.

Trudy gimió y abrió más las piernas, dándole todo el permiso que necesitaba para hacerla suya. Con sus fuertes manos, agarró el trasero desnudo de Trudy y la acercó a su boca; necesitaba devorarla.

Trudy enredó las manos en su cabello, apretando los cortos mechones y retorciéndolos de la misma manera que se retorció todo su cuerpo. Por él. Lo deseaba de esa misma forma salvaje en que él la deseaba a ella.

—Si sigues, voy a correrme —murmuró sin aliento.

Y, en ese instante, el pantalón de Nacho explotó, su miembro comenzó a humedecer la tela y supo que no podía esperar más.

Con la fuerza de sus brazos, la bajó de la encimera, le dio la vuelta e hizo que se apoyara sobre su estómago en la superficie que ya no estaba fría. El calor había traspasado incluso la madera; quizá acabase consumida entre las brasas que formaban sus cuerpos.

Trudy jadeó con fuerza y él admiró ese culo redondeado, terso y perfecto; mientras lo acariciaba despacio, se deshizo del pantalón y luego la penetró con fuerza desde atrás.

Sentir cómo se hundía en ella fue delicioso.

Trudy gimió con fuerza y Nacho la agarró por la larga melena dorada y la obligó a arquear la espalda para penetrarla a fondo.

Los jadeos de ambos lo inundaron todo, se enredaron en sus manos y en sus cuerpos sudorosos; Trudy

agarró la encimera con fuerza, clavando las uñas, incapaz de contener tanto placer. Las embestidas se aceleraban al sentir cómo ella reclamaba más; no necesitaban palabras, parecían estar hechos el uno para el otro, pues encajaban a la perfección. Sus cuerpos bailaban, sincronizados, una melodía silenciosa que sólo ellos conocían.

Y llegó... un orgasmo que la arrasó, la arrastró y la hundió en aguas profundas y calmadas, mientras Nacho dejaba que su placer lo consumiera, para terminar apoyado y sin fuerzas sobre ella, con la boca hundida en la curva de su cuerpo, y Trudy se deleitó al oír su respiración entrecortada, al notar los últimos escalofríos de placer, el calor del cuerpo de ese hombre rudo y atractivo que acababa de hacerla suya de una forma que ni siquiera se habría podido imaginar y que no estaba dispuesta a admitir.

La había marcado. Para siempre. Lo sabía, estaba segura, pero no quería creerlo.

Ferrer paseó sus manos por la cintura femenina y la abrazó. Hubo unos minutos de silencio, en los que sólo el roce de los cuerpos y el leve temblor de las piernas de ambos hablaron.

Ninguno quería moverse o decir algo, por miedo a romper la magia.

De repente, Nacho se removió, incómodo, y se alejó, dejándola fría y con un extraño sentimiento de soledad.

—No vas a meterte en la casa de Dragos —afirmó serio, mientras pasaba sus manos entre su cabello sudado, alborotándolo más.

—Creo que eso lo tengo que decidir yo sola —contestó confusa.

—No, ya no. Y no te lo voy a permitir.

—Sólo hemos echado un polvo, no eres mi dueño —masculló furiosa.

¿Quién se creía que era? ¿Pensaba que podía decirle qué hacer o no? Estaba equivocado; ya había pasado por eso y precisamente la llevó a un callejón sin salida donde perdió su corazón. No pasaría otra vez. Molesta, se giró y se dirigió a la habitación en la que había intentado dormir y de la que no tendría que haber salido. Abrió la puerta y pretendió cerrarla con fuerza, pero no llegó a oír el portazo. Se dirigió al baño y abrió la ducha de agua caliente; en ese instante quería eliminar los restos de su encuentro con él.

—No quiero que vayas.

—Te vuelvo a decir que es decisión mía.

—No después de lo que ha pasado.

—¿Qué ha pasado? Nada. Un polvo cuyos recuerdos se van a ir por el desagüe en cuanto me meta en la ducha.

—Entonces tendré que hacer que no me olvides —murmuró, cerrando la puerta tras él.

Capítulo 8

Lo que tú digas

El vapor se condensó en la pequeña estancia, que parecía minúscula con él en su interior. Trudy lo miraba a los ojos, confusa. Sabía que su mirada era de pura determinación, la tenían muchos hombres que se dedicaban a salvar a otros y él la mostraba en ese momento.

Se preparó mentalmente para replicar cualquiera que fuera la charla que creyó que iba a soltarle; sin embargo, su boca se vio obligada a callar cuando los labios de Nacho la cogieron por sorpresa.

Quiso apartarlo, pero la necesidad que tenían el uno del otro era demasiado intensa como para poder ignorarla. De todas formas, no estaba segura de cómo iba a terminar la nueva misión que la esperaba cuando por fin llegase el día.

Sus pies dejaron de tocar suelo y se dio cuenta de que él la había levantado para meterla bajo el chorro. La camiseta se mojó por el agua y se pegó a su cuerpo desnudo; sus pezones, erizados, se marcaban a través del algodón gris.

Nacho la observó por un momento; nunca había visto a una mujer más sensual y ella ni siquiera era consciente de ello. Agarró uno de sus llenos senos y se lo llevó a la boca. El tacto de la camiseta mojada se mezcló con la pasión que despertó y lamió el pezón endurecido bajo ésta.

Trudy echó la cabeza hacia atrás y dejó que la saboreara y le quitase la ropa. Abrió los ojos y comenzó a acariciarlo también, sin pensar en nada que no fuese el momento que los consumía.

Cuando su boca estuvo de nuevo entre sus piernas, jadeó y perdió el control, y él sonrió. Podía notar cómo su boca se había torcido sobre su piel.

Agarró su pelo con fuerza y lo obligó a levantarse, le dedicó una sonrisa que ocultaba sus verdaderas intenciones y, antes de que se diera cuenta, Nacho jadeaba con las manos apoyadas sobre los azulejos blancos de la ducha mientras Trudy acariciaba con su lengua el miembro erecto y hambriento que palpitaba al ritmo de sus caricias.

—Vas a matarme, Trudy..

—Espero que de placer, teniente —murmuró.

Nacho sonrió de nuevo y disfrutó de la tortura a la que lo sometía y, cuando creyó que no iba a poder mantener por un segundo más el control, la sujetó con energía y la elevó como si no pesara más que una pluma para, con una firme embestida, penetrarla y dejarla sin aliento, velada por el placer.

Gimió mientras la poseía de manera voraz, como si fuera la última vez que podían estar juntos. Y tal vez tenía razón.

Trudy podía notar cómo el orgasmo llegaba de nuevo, vaciándola y llenándola al mismo tiempo, una

sensación que no tenía muy claro cómo catalogar.

Con sus gemidos, logró que el clímax de Nacho llegara y la boca masculina se tragó el placer femenino, ahogando los jadeos.

Una vez que la tensión abandonó sus cuerpos, siguieron unidos; él no la soltaba, se aferraba a ella como si fuera una sólida roca.

Pasó mucho rato antes de que ninguno se moviese, disfrutando del encuentro de pasión que los había dejado agotados.

Nacho la dejó sobre el suelo de la ducha con cuidado y puso un poco de champú en su mano. Después comenzó a enjabonarle la larga melena rubia.

—Date la vuelta —susurró.

—¿Vas a lavarme el pelo?

—Si me dejas, sí.

—Sí, claro, es sólo que...

—¿Qué?

—Nunca nadie ha hecho nada parecido por mí.

—Bueno, es algo que hago por primera vez, pero me apetece sentir la suavidad de tu cabello en mis manos.

—Pensé que no querías acostarte conmigo.

—Creí que era algo que no iba a pasar.

Ambos sonrieron y Trudy se relajó mientras sus rudas manos se volvían suaves al masajearle el cuero cabelludo.

—¿De dónde viene Trudy?

—Bueno —sonrió—, es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

—Mi padre se empeñó en ponerme el nombre de mi tatarabuela.

—¿Se llamaba Trudy?

—No. En realidad es el diminutivo de...

No continuó; nunca se lo había contado a nadie, aunque tampoco nadie se lo había preguntado antes.

—¿De...?

—Prométeme que no te vas a reír.

—Lo que tú digas.

—Vale, es el diminutivo de Gertrudis.

—¡Coño! ¿Te llamas Gertrudis?

—Lo sé, por eso nadie lo sabe.

—¿Nadie?

—Nadie, eres el primero. —Trudy pudo sentir cómo la sonrisa brillaba de nuevo en su rostro—. ¿Te complace ser el primero?

—Me propongo ser el último.

El silencio regresó con fuerza. Él siguió frotando su espesa mata de pelo rubia y, después, la enjuagó con cuidado para continuar lavando su cuerpo.

Sus manos resbalaban por la piel suave gracias al jabón y Trudy no pudo dejar de suspirar por las

caricias.

—No quiero que lo hagas, Trudy, en serio.

—Voy a hacerlo pese a lo que digas.

—Dragos es muy peligroso.

—Lo has repetido hasta el infinito.

—Porque es así. Si vas, tienes que ser consciente de que correrás verdadero peligro.

—Es mi trabajo.

—¡Una mierda! Nadie te ha obligado. ¡Por Dios! Si fue idea tuya.

—Eso mismo, fue idea mía.

—No vas a cambiar de opinión, ¿verdad?

—No.

—Está bien.

Sin más, la dejó sola y se marchó, mojado, sin ni siquiera taparse con una toalla. Trudy se quedó bajo la ducha, luchando contra lo que sentía. ¿Tal vez se equivocaba? ¿Realmente iba a ser tan arriesgado?

Se envolvió en una gran toalla blanca y salió en su busca.

Lo encontró fuera, sentado en el porche, en el columpio de madera que mecía distraído. Desnudo.

Trudy notó cómo su entrepierna, de nuevo, lo reclamaban.

—Estaré bien, tú vas a estar cuidando de mí. Lo sé —susurró para calmarlo.

—Eso es lo que me asusta. ¿Y si no llego a tiempo? ¡No sabes cómo son! No van a dudar en meterte un tiro en esa bonita cabeza si sospechan lo más mínimo, o en despellejarte y degollarte como a las mujeres de tu edificio...

—No me va a pasar nada de eso.

—¿Cómo estás tan segura? —susurró.

Se había puesto de pie y sus manos se apoyaban sobre los hombros de la teniente. Con el pelo húmedo por la ducha y algunas gotas de agua resbalando por su rostro, Trudy se dio cuenta de lo peligroso que era para ella. Era el hombre que podía hacer que su corazón latiese de nuevo... y no lo deseaba. Necesitaba seguir muerta, no sentir amor. Si él despertaba esos sentimientos que ella se había encargado de enterrar muy profundo, no iba a ser capaz de sobrevivir a la misión, ni a la vida...

—Porque esas mujeres no te tenían para protegerlas —confesó.

—Y si... —Apretó más las manos sobre ella.

—Además, te demostré que sé defenderme.

—No, me deje ganar. Me moría de ganas de notarte encima.

—Mientes.

—Lo deseé desde que te vi en camiseta en la escena del crimen.

—¿Sabías que no era la sospechosa?

Nacho sonrió, divertido. Unas encantadoras arrugas se formaron en sus mejillas al hacerlo, y la teniente pudo ver, por un instante, al niño que había sido.

—Me daba igual si lo eras; sólo podía pensar en esas piernas que tienes, largas, torneadas, suaves...

—Eres un capullo.

—Sí, puede ser, pero espero ser *tu* capullo.

—Sólo ha sido... no es algo... No es como si tú y yo fuésemos a tener una relación.

—No, claro que no, pero... ¿por qué no?

—Bueno, entre otras cosas porque somos compañeros; ni siquiera tenía que haber sucedido... pero eres irresistible para mí; por alguna extraña razón, parece que no puedo controlarme.

—Si entras, voy a vigilarte, voy a hacer todo lo posible por mantenerte a salvo, pero quiero que sepas que, si pasa un solo día sin que sepa nada de ti, irrumpiré en la casa de Dragos y no me importará qué suceda después.

—Si no puedo comunicarme todos los días contigo, esperarás y te comportarás como el teniente que eres y el boina verde que llevas en el interior.

—No sé si voy a poder.

—Podrás, porque es nuestro trabajo; además, todavía no es seguro que pueda colarme en la casa.

—Seguro que cuando el Ángel te vea, querrá hacerse contigo.

—¿El Ángel?

La conversación había tomado un cariz diferente y volvieron a sentarse sobre el columpio. Ferrer pareció advertir por primera vez que estaba totalmente desnudo y tiró de la toalla de Trudy para cubrirse.

—Así llamamos a la mano derecha de Dragos. No sabemos mucho más sobre ese tipo. Las mujeres que han estado dispuestas a hablar sobre él, lo describen como un hombre alto, de pelo oscuro como la noche y ojos azules como el cielo. Atractivo, serio, seguro de sí mismo y poco hablador. Hermoso como si fuera...

—Como si fuera un ángel.

—Sí, aunque, en este caso, un ángel de la muerte.

—Está bien, lo primero es lo primero. He de saber cómo elige a las chicas.

—Quizá podamos preguntar a alguien. Ven, vístete. Vamos a hacer una visita.

Capítulo 9

Aura

Nacho se subió a su motocicleta mientras esperaba a Trudy; no podía dejar de pensar en cómo actuaría si a ella le pasaba algo. No era la primera vez que mantenía una relación de «sólo sexo»; sin embargo, con ella lo embargaba un sentimiento de posesión que le era desconocido... o, al menos, que tenía olvidado.

Se estaba abrochando la chaqueta de cuero negro cuando la vio salir con unos vaqueros desgastados y una camiseta de manga corta blanca que se pegaba a su pálida piel. De repente lo asaltó un pensamiento. ¿Qué llevaba como ropa interior, si él había destrozado sus bragas? ¿Se habría acordado de coger ropa interior cuando pasaron por su apartamento o la habría olvidado, al igual que el pijama?

—¿Llevas ropa interior?

El rostro de Trudy ante la inesperada pregunta se coloreó de un rosa intenso que la hizo más apetecible, tan deseable como una manzana madura y tentadora.

La respuesta, obvia visto el rubor que cubrió sus mejillas, logró hacer que su miembro, de nuevo, estuviese listo para ella, ¿es que nunca iba a saciarse de esa menuda mujer?

—No te hagas ilusiones, teniente —sonrió.

—Sube —dijo serio.

—¿A dónde vamos? ¿A mi apartamento?

—A tomar café. ¿O es que quieres pasar por tu casa? ¿Necesitas algo? —preguntó con malicia.

—No, estoy bien. Me gusta ir sin bragas. —Sonrió de nuevo.

Trudy sabía cómo enloquecerlo de mil maneras diferentes. En un acto reflejo, él posó su mano libre en la rodilla de ella y echó la cabeza hacia atrás, hasta que quedó apoyada en la de la teniente.

—Me matas —murmuró Ferrer.

—Hace unas horas pensé que morías; jadeabas y gemías como si estuvieses a punto de... —Nacho apretó su pierna y ella chilló, riendo. Resultó ser un momento de intimidad que no esperaba y que llenó su corazón de un calor agradable.

Cabeceó para desecharlo; no tenía que albergar sentimientos profundos por su compañero, por muy cañón que estuviese y aunque hubiese sido, de lejos, la mejor experiencia sexual de su vida.

Arrancó la moto mientras Trudy todavía se abrochaba el casco y volaron por la carretera de la costa, dejando que el aire fresco enfriara el calor que se empeñaba en no abandonar sus cuerpos.

Después de un largo paseo, en el que las manos de Trudy no dejaron de tocarlo, llegaron.

—¿Qué es este sitio?

—Aquí vamos a descubrir cómo puedes llamar la atención del Ángel.

Trudy asintió y siguió a Ferrer hasta el interior de la cafetería, apostada al borde de la carretera. Al entrar, todo dentro del lugar se detuvo y ella tuvo un mal presentimiento.

—Ferrer —exclamó un hombre tras la barra—. ¡Cuánto tiempo!

—¿Cómo va todo, Manco? —saludó cordial.

De repente la atmósfera se relajó y todos comenzaron a saludar y a dar golpes en la espalda a Ferrer.

—¿Está Sofía?

—Sí. ¡Sofía! —gritó el hombre.

Al fijarse bien, Trudy vio que al tipo le faltaba una de las manos y, antes de decir nada, una mujer alta y con curvas sinuosas apareció para enredarse en el cuello de Ferrer. La teniente apretó los puños de manera involuntaria; no debería de molestarle, pero lo hacía.

—Ven, Trudy —la llamó cariñosamente—. Te presento a Sofía.

—Encantada —saludó, aunque apretó su mano más fuerte de la cuenta.

—Ahhh... Tu nueva novia es muy fuerte —se quejó entre risas.

—Lo siento —masculló, pero no era cierto.

—Bueno, vamos a un sitio más privado, Sofía. Necesito hablar contigo.

—¿Estás bien? ¿Sucede algo?

—Dentro mejor.

Sofía asintió. Sin duda no era la primera vez que Ferrer acudía a ese local en busca de información.

—¿Queréis tomar algo?

—Sí, por favor: capuchino para ella y uno doble y solo para mí. Y algo para comer.

—¿Has oído, Manco?

—Enseguida. Lo del capuchino no lo tengo claro, pero lo intentaré.

Caminaron detrás de Sofía hasta una habitación que hacía las veces de despacho y de almacén. Trudy incluso pudo advertir que había una pequeña cama plegable en un lateral de la estancia.

—¿Buscas un sitio para ella? —preguntó la mujer sin más, con los brazos cruzados bajo su pecho.

—No, es mi compañera. Tiene que entrar en Aura y lograr que el Ángel la elija.

—¡Estás loco! —increpó a Ferrer—. ¿Y tú estás dispuesta? No dejes que te obliguen a...

—A mí no me mires —la interrumpió Nacho—; he tratado de convencerla de que es una estupidez.

—No pareces una estúpida; ¿por qué quieres meterte en ese antro?

—Necesitamos a alguien dentro; ella cree que pasará desapercibida.

—Desde luego será algo que el cabrón de Dragos no se espera —masculló con la voz impregnada en odio—. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

De este modo, Sofía les explicó cómo entrar en el Aura y cómo comportarse. Debía parecer una mujer desesperada, ansiosa por ganar algo de pasta rápida. Le aconsejó que se mostrase como una mujerzuela que huía de un chulo al que se le iba la mano. La *madame* era una tipa que sentía debilidad por las chicas desesperadas. Si lograba convencerla, el siguiente paso era llamar la atención del Ángel para que decidiera llevársela para ellos.

—¿Qué puedo hacer para que se fije en mí? —preguntó tratando de hallar alguna pista para que su misión tuviera éxito.

—No puedo decirte qué lo impulsa a elegir a unas u otras. Depende del día, supongo. En realidad, no

tiene preferencias: rubias, morenas o pelirrojas, pelo largo o corto, bajas y altas, delgadas, con curvas... cualquiera puede o no ser la seleccionada.

—¿Cómo las elige? ¿Me presentarán en un muestrario?

—Te llevarán a una sala y él te observará.

—¿Me observará?

—Mientras bailas.

—¡Vaya! No contaba con eso.

—Lo único que puedo ofrecerte como consejo es que seas imaginativa; haz algo que no se espere para destacar. Después, si te escoge, estarás dentro.

—Dentro, ¿de dónde?

—De la boca del infierno.

Un escalofrío recorrió la columna de Trudy, pues pudo ver en los ojos de Sofía el sufrimiento que había padecido. Se disponía a decir algo, pero el Manco interrumpió, cargado con la bandeja del desayuno, que dejó sobre la mesa.

Se marchó rodeado del mismo silencio con el que había aparecido. Trudy cogió lo que supuso que era el capuchino, le puso dos sobres de azúcar y después dio un sorbo al cálido líquido con la mente en otro sitio.

—Come —ordenó Ferrer, dándole un cruasán.

—Sólo porque tengo hambre —dijo seca.

—Ya veo —murmuró Sofía, mirándolos a ambos—. Ten cuidado ahí dentro; no llames la atención, haz lo que te digan, mantén la mirada siempre baja y, sobre todo, evita que Dragos se fije en ti.

—Entendido. Creo que no voy a tener mucho problema en eso.

—Nacho, ¿tú también estarás dentro? —El teniente asintió imperceptiblemente—. Cuídala, Ferrer.

—¿No lo hago siempre?

Ellas se sonrieron y Ferrer se despidió de Sofía con un largo abrazo. Demasiado largo para los criterios de amistad de Trudy. Salieron del local unos minutos después y él se quedó pensativo mientras se abrochaba su chaqueta de cuero.

Trudy no pudo evitar darse cuenta de lo atractivo que era; era realmente guapo. Incluso con el pelo despeinado...

—¿Crees que podrás?

—¿Lo dudas?

—No. Sé que el Ángel no te va a dejar escapar.

Subieron a la moto en silencio y emprendieron el regreso a sus despachos. Una vez en el edificio, buscaron a Blanco y comenzaron los preparativos para que Trudy se infiltrara en la organización.

—Tienes que llevar micro.

—Se me va a ver... ¿Olvidas que tengo que bailar medio desnuda delante del Ángel?

—¿Cómo voy a olvidarlo? —«¿Si no puedo dejar de pensar en ese maldito momento y en los que pueden llegar después?»—. Tienes que llevar algo, no podemos mandarte ahí dentro sin nada.

—Pues vais a tener que hacerlo y confiar en que voy a saber cuidarme, llegado el caso.

—Blanco, es una locura —espetó Ferrer, con la mandíbula apretada.

—No dijiste lo mismo cuando Benji entró.

—No es lo mismo.

—¿Por qué? ¿Porque soy mujer? Vete a la mierda, Ferrer —se defendió, molesta.

—No es eso... A ti pueden prostituirte, violarte... pero está bien, preparadlo todo. La misión, a partir de ahora, cambia de nombre.

—¿Por qué?

—Porque estoy al mando y lo decido yo.

—¿Y cuál va a ser? —preguntó curiosa.

—Khaos.

De un portazo, salió del despacho de su capitán y fue a buscar la soledad de la azotea. Trudy miraba confusa a su capitán, sin entender qué podía pasarle.

—Tiene miedo; ya hemos perdido a dos hombres allí dentro. Uno de los nuestros y un bombero del que no hemos vuelto a saber nada.

—Voy a estar bien. Sé lo que me hago.

—No lo dudo, Trudy. No es que Ferrer no confíe en tus capacidades, sólo que preferiría no verte en una situación que puede acabar en desastre.

—Si algo me sucede, capitán, ¿avisará a mi padre?

—No pienses eso; no vamos a permitir que te ocurra nada.

—¿Sabe, capitán?

—Dime, Trudy.

—No creo que Ferrer sea el topo.

—Yo tampoco. De todas formas, la investigación sigue abierta en ese punto. Hay un chivato que los avisa, ésa es la única forma de que ellos siempre vayan un paso por delante de nosotros.

—Lo encontraré —afirmó decidida.

—Lo sé, Trudy; no tengo la menor duda.

—Gracias.

Trudy salió del despacho de Blanco y se dirigió al suyo. Todavía no había tenido tiempo de colocar las escasas pertenencias que había traído consigo. Una foto de su graduación, otra en la que aparecía con su padre, una con su madre y un pequeño trofeo que le dieron al ser la primera en defensa personal en la academia.

Nada más. Lo había dejado todo atrás, o casi todo, acumulando polvo. En algún lugar también había dejado su corazón y ya no era capaz de encontrarlo. El hueco vacío en su pecho acumulaba soledad, motas de polvo y tristeza a partes iguales. Ella podía hacerlo, debía demostrarse a sí misma que no estaba tan rota como todos creían, que era capaz de salir adelante a pesar de las circunstancias... ¡Maldito Marcos!

Se sentó, frustrada, y se puso al día con el expediente del caso Titanic, que había pasado a llamarse Khaos. Estudió las fotografías de los implicados. Dragos era un hombre muy apuesto, con el pelo moreno y plateado en algunos sitios, algo rizado y un poco largo, ojos oscuros, nariz recta, labios llenos... Desde luego el atractivo no podía negársele. Era la cabeza pensante de toda la intrincada red que había tejido a su alrededor; resultaba increíble el alcance que había llegado a alcanzar: drogas, prostitución, trata de blancas, tráfico de arte y joyas, peleas clandestinas... Era obvio que el tipo tenía que ser inteligente para lograr que no le salpicara un ápice toda la mierda que movía.

Miró las fotos una y otra vez, tratando de recordar por qué le resultaba tan familiar, pero, después de un rato, lo dejó para más tarde.

Cogió el expediente del Ángel; no se adjuntaba foto. Nadie había podido verlo ni identificarlo; tan sólo contaban con la descripción de algunas características que habían logrado sonsacar a algunas prostitutas.

Moreno, de ojos claros, alto, complexión fuerte, apuesto, educado... Nada que no supiera ya.

Parecía más la ficha de un hombre de negocios que la de la mano derecha de un gran criminal. ¿Sería él quien ejecutara a las mujeres?

No, seguramente lo haría otro perro que trabajase para ellos; parecía demasiado sofisticado como para ensuciarse la manos.

La siguiente ficha era de la *madame* del Aura. Nadie conocía su verdadero nombre; era una mujer hermosa, madura, de pelo corto, castaño, y ojos almendrados. En realidad tenía pinta de ser una mujer normal, incluso de buena samaritana... Estaba claro que las apariencias engañaban. Pero eso ella lo sabía muy bien.

Tenía que urdir todo el plan. Lo que menos difícil le parecía era entrar en el Aura. Según le había contado Sofía, casi todas las mujeres de aspecto desvalido y dispuestas a hacer lo que fuera tenían un sitio allí; lo más complicado era hacer que el Ángel se fijara en ella.

Cansada y hambrienta, cogió la misma cazadora vaquera que el primer día y se dispuso a salir a por algo de comer y a por ropa limpia.

—¿Te vas?

—Voy a comer, Ferrer.

—Te acompaño.

—¿Vas a ser mi perro guardián?

El teniente la miró serio y apretó los puños y la mandíbula para no decir nada; sabía que estaba siendo posesivo, pero ¿qué demonios esperaba esa mujer? La había hecho suya, dos veces... No era lo habitual para él desear más, pero Trudy había logrado que su hambre por ella se acrecentara; no había conseguido aplacarla después de dos encuentros. Deseaba más, anhelaba más. De no ser por el lugar en el que se encontraban, ya la habría agarrado, cargado sobre su hombro y encerrado en su despacho para volvérselo a hacer de todas las formas que había imaginado durante el día, sin importarle dónde ni cómo; lo único relevante era que fuese con ella.

—Tenemos mucho que hacer antes de que pasado mañana por la noche te presentes en el Aura, ¿no crees?

—¿Pasado mañana? —dijo nerviosa. La inesperada cercanía la pilló por sorpresa.

—Sí, es el día que tienes que entrar, pues sabemos que, en tres días, el Ángel se dispone a elegir a una nueva chica. Es tu única oportunidad; si no pasas la prueba, te quiero fuera de ese antro en menos de treinta minutos. O sales sola y te olvidas de volver a intentarlo, o sales con él y empieza el juego.

—Ferrer, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, dispara.

—¿Por qué Khaos?

—Porque se va a desatar el mismo infierno como no regreses sana y salva.

Con esa frase, que la dejó paralizada en el sitio, Ferrer entró en su despacho a por su chaqueta de

cuero y el casco que utilizaba Trudy cuando montaba en su moto.

Bajaron en silencio hasta el aparcamiento; la tensión era tan espesa que parecía una capa de niebla invernal.

—Sube —ordenó.

Trudy se montó, obedientemente, y Nacho arrancó la moto sin perder un solo segundo.

Capítulo 10

Dragos

Se detuvieron en un pequeño restaurante cerca del mar. Al entrar, Trudy percibió la misma atmósfera que en la cafetería donde conoció a Sofía y sus sospechas se vieron confirmadas cuando, una vez dentro y después de un largo silencio, todos acudieron en masa a saludar a Ferrer.

No podía evitar sentir que, de alguna manera, había algo profundo en su forma de comportarse, como si le debieran mucho. La chica tras la barra también parecía una prostituta y tal vez había sido una yonqui, aunque ya lo hubiese dejado; eso hizo que un clic se oyera en la mente de Trudy. Eran exdelincuentes, y Ferrer los ayudaba, pero ¿cómo?, ¿por qué?

Sin duda tenía que averiguarlo. Había algo misterioso en ese hombre que la atraía: era un sentimiento extraño, porque de verdad lo deseaba y desde que había estado con él no podía pensar en otra cosa que en abrirse de piernas para albergarlo.

—Ven, Trudy, vamos a comer algo. Trátanos bien, Carmen.

—Prometo no servirlos nada envenenado. —Sonrió—. Encantada, Trudy; soy Carmen.

—Igualmente —dijo tendiéndole la mano.

—Cúidalo, vale mucho.

—Bueno, creo que se puede cuidar él solito.

—No te dejes engañar por esa apariencia fiera y de superhombre; tiene un corazón demasiado frágil... o lo que queda de él —añadió en voz baja.

Trudy asintió y salió fuera. A pesar de que el local dejaba bastante que desear, tenía una magnífica terraza abierta al mar. Ferrer siempre parecía perdido en la inmensidad del Mediterráneo, y sus ojos, al contemplarlo, adquirirían esa tonalidad más oscura que a Trudy la volvía loca.

—Está bien, cuéntame. ¿Te dedicas a ir salvando delincuentes? ¿Tienes los calabozos demasiado llenos?

—No, no es eso —sonrió con tristeza—; casi todos trabajaban para Dragos. Sólo los he ayudado a escapar de él. Te lo he dicho, es una bestia salvaje.

—Una bestia muy atractiva.

—¿Lo es? —masculló molesto.

—Sí, lo es. Un hombre muy apuesto; desde luego, no parece un delincuente.

—Pues es el peor de todos. Debes mantenerte alejada de él. Va en serio, Trudy, no quiero que te haga lo que a ellas... —En ese instante su voz se había convertido en un susurro.

Había tristeza en sus palabras, rabia e impotencia; una combinación explosiva. Trudy, por desgracia,

conocía esa mezcla demasiado bien.

—Háblame de Dragos.

—No sabemos mucho, en realidad... Es rumano. Empezó en su país, con negocios de poca monta... Ya sabes, trapicheo de drogas, algún delito menor, siempre sin violencia. Llegó a España y no llamó nuestra atención. Siguió trapicheando, sin destacar. Un día, yo estaba persiguiendo un coche robado, uno caro, un Mercedes, creo, recién sacado de un concesionario y, cuando éste llegó a su destino, no pude detenerlo. Había todo un barco repleto de vehículos de alta gama. Lo estaban llenando para llevárselos. Quise pedir refuerzos, pero entonces vi a Dragos y supe que no era lo que aparentaba. Decidí abrir la investigación y fui relacionando pequeños hurtos, tráfico de drogas, desapariciones de joyas... todo me llevaba a él, pero nadie quería testificar en su contra.

—¿Y toda esta gente?

—Ellos no saben nada; tan sólo han sido peones en su macabro tablero.

—¿Y las mujeres?

—Eso es nuevo. Los asesinatos no han comenzado, curiosamente, hasta que has llegado tú, y eso hace que me pregunte si Dragos, o alguno de sus hombres, te conocen de algo.

—No he tenido nada que ver con ellos.

—Me alegra saberlo, pero no deja de parecerme extraño. No creo en las coincidencias.

—Yo tampoco —murmuró.

—Tienes que prometerme que, si algo anda mal, escaparás. No dejes que te atrapen, no dejes que te hagan daño. No importa si la misión se va a la mierda; lo esencial es que tú regreses sana y salva. —Sus últimas palabras fueron un susurro. Había cogido entre sus grandes manos las de Trudy, más pequeñas. No entendía de dónde procedía esa necesidad de tocarla, de sentirla, pero ahí estaba.

Trudy se asustó; supo en ese instante que Ferrer podría hacerle perder el norte de nuevo, que era un hombre con mucho más que un físico imponente y una sonrisa endiablada. Debía terminar con todo eso... Era su compañero y, además, podía estar metido hasta las cejas en un asunto de sobornos y corrupción; lo último que deseaba era repetir la historia.

—¿Sabes que sólo fueron un par de polvos, verdad? —le recordó bruscamente, quitando sus manos de entre las del teniente.

Lo último que necesitaba era tener la mente en él en vez de en la misión.

—Por supuesto, pero eres mi compañera —dijo tratando de disimular que estaba herido—. ¿Acaso doy la imagen de ser el típico tío que tiene relaciones serias?

—No, supongo que no. —Y en su voz, Trudy percibió el sonido de su propia decepción.

El día pasó rápido entre apuntes, informaciones de última hora y miedo.

Ferrer seguía sin estar convencido, así que de nuevo aporreó la puerta de su superior.

—Adelante —le dio paso su jefe.

—No me gusta la idea, Blanco, de verdad —masculló sin decir nada más.

—¿Dudas de mis años de experiencia? —Blanco no necesitaba preguntar a qué se refería.

—No es eso, capitán, es sólo que temo dónde se va a meter...

—Sabes que la teniente es muy capaz, ¿no? Quedó la primera de su promoción, compitiendo con tipos

más grandes y musculosos que ella... que tú.

—Soy consciente de que puede defenderse en una lucha uno contra uno, pero ¿y si la acorralan? Estará indefensa, sin un arma, en una guarida de degenerados.

—Sabe lo que se hace; vino aquí específicamente para desempeñar este trabajo.

—No puedo creer que ella... ¿vino para ser infiltrada? —De repente estaba más confundido. ¿Había sido trasladada para llevar a cabo esa misión? Entonces, ¿todo lo anterior había sido una pantomima?

—Es su trabajo; ha sido destinada aquí por una razón concreta y ésa es Dragos. La orden viene de arriba; no tenía pensado meterla dentro, pero, dadas las circunstancias, creo que es nuestra mejor opción para poner fin a todo esto.

—¿Por qué? —Ferrer detuvo su paso y se rindió. Por más que deseara que no sucediera, la decisión estaba tomada y él no podía hacer nada para cambiar esos planes.

—Porque es la más cualificada y sabe cómo funciona la banda.

—No lo entiendo.

—Creemos que es la misma organización que corrompió y sobornó a su excompañero.

—Entiendo; un motivo más para no dejarla hacerlo.

—¿Cuál?

—Venganza.

—Ésa es una gran motivación; no sabes lo que uno es capaz de hacer cuando sabe que un ser querido está en peligro. —Estas últimas palabras le trajeron a la mente una escena vivida unos meses atrás, en la que Inés estuvo cercana a la muerte, y su mandíbula se apretó involuntariamente.

—Sé qué se siente —dijo Ferrer con la voz destilando seriedad—. Aun así, sigo sin verlo. Blanco... ¡las matan cuando se cansan de ellas, joder! Yo no la dejaría entrar...

—Entonces, me alegra que no seas el capitán. Nacho —lo llamó por el nombre de pila suavizando el tono—, si de verdad te preocupa, debes ayudarla a tener éxito. ¿O hay algún otro motivo por el que no quieres que la meta dentro? —inquirió.

Ferrer era muchas cosas, pero desde luego tonto no era una de ellas; sabía que se rumoreaba que había alguien del cuerpo que pasaba información a Dragos y él había estado implicado en el caso desde hacía mucho, muy implicado, y había logrado salir con vida. Había tenido suerte y, por supuesto, aunque la tentación había sido fuerte, no se había vendido.

Sopesó sus opciones y decidió que era mejor rendirse. Viendo su actitud de derrota, Blanco, en un principio, fue incapaz de discernir si era un estado de preocupación real, porque Trudy le importaba, o bien el miedo a que ella lo descubriera. Sin embargo, algo interno le dijo a gritos al capitán que Ferrer no era el topo y resolvió arriesgarse; tenía que apostar a la carta más alta y decidió hacerlo por él.

—Realmente te angustia que algo le suceda.

—No estoy seguro de poder recomponerme otra vez, Roberto. —Nacho sólo usaba el nombre de pila de su jefe cuando le confesaba algo como amigo.

Roberto supo de qué hablaba; recordaba al hombre destruido que llegó a su cuartel... y temía que regresara.

—¿Siguen con las peleas clandestinas?

—Sí —contestó sin comprender, hasta que una luz iluminó el túnel—. Gracias, capitán.

A Trudy le sorprendió la llamada de la Barbie. No sabía de qué quería hablar con ella y lo que más le había extrañado era la insistencia de ésta en que acudiese sola. Aprovechó para escabullirse en el momento en el que Nacho entró en el despacho de Blanco para ultimar detalles, y allí estaba, frente al edificio que desprendía ese olor tan característico a formol.

—Buenos días, doctora Sémpér —saludó a la vez que llamaba a la puerta entreabierta.

—Buenos días. Gertrudis, ¿verdad?

«Cabrona.»

—Trudy, si no le importa. —Sonrió, al mismo tiempo que deseó matar a Ferrer por habérselo contado

—. La he llamado porque me ha llegado el perfil psicológico de nuestro hombre —continuó, ignorando su comentario.

—¿Y por qué le ha llegado a usted? —preguntó sin poder evitar que se notase la sorpresa en su voz.

—Tutéame, por favor. Bueno, tengo contactos dentro del cuerpo y pedí el favor, así es más rápido.

—¿Ferrer no lo sabe?

—No; he preferido verte y que hablemos.

—Pues dime.

—Según el informe psicológico, nuestro asesino sufre algún trastorno que le impide mantener relaciones normales con las mujeres, de ahí la violencia de las muertes.

—¿Y la piel del rostro?

—La piel que se lleva, probablemente, la guarda como un trofeo, para recordar cómo fueron.

—No lo entiendo, ¿para qué? ¿Qué hará con esa piel? ¿La meterá en una caja? —planteó divagando.

—Eso no puedo decírtelo. Lo que me han explicado es que posiblemente sea una persona de aspecto y comportamiento normal, pero con un trauma profundo sin tratar, ocasionado por su madre o alguna figura femenina relevante en su vida, de ahí la crueldad hacia las mujeres.

—¿La madre abusaba de él?

—Es probable.

—Está bien; gracias por la información.

—Otra cosa, Gertrudis.

—Dime, Cristina. —Se dirigió a ella apretando los puños para no darle un puñetazo en toda la boca y ahorrarse la sesión de bótox.

—Ferrer es mío. Mantén tus manos lejos de él.

—Creo que él no piensa lo mismo.

La doctora abrió los ojos y la miró, adivinando que entre ellos ya había pasado algo.

—Será mejor que no toques lo que me pertenece o te vas a arrepentir el resto de tu vida.

—¿Me amenaza, doctora?

—No, sólo te advierto de un hecho que puede suceder; nunca se me ocurriría amenazar a un agente de la ley.

—Adiós, Cristina y... permíteme un consejo: cambia de maquillaje, el que usas hace que tu piel se vea verde y, aunque el color te sienta bien, no está de moda.

Cristina, ante el comentario mordaz, se llevó una mano a las mejillas, que al instante se notó calientes por la rabia que la consumía. No iba a permitir que pensara que iba a dejarle ganar el frío corazón de

Nacho sin que tratase de impedirselo. Había luchado mucho por ese hombre y no iba a consentir que ella, en unos días, se lo arrebatara.

—Ya veremos quién vence a quién —murmuró cuando Trudy ya no podía oírla.

Tras la extraña conversación que mantuvo con la doctora, regresó al despacho, donde Blanco la esperaba para darle nuevas instrucciones. Todos estaban nerviosos con el tema de su infiltración. Temían que no saliera bien y que se descubriera el pastel y, entonces, tres años de trabajo se irían por la borda y Dragos tendría tiempo de cambiar de residencia y continuar su «negocio» desde otro lugar.

—Capitán, ¿quería verme?

—Sí, adelante. ¿Dónde has estado?

—Me llamó la forense.

—¿Cristina te ha llamado?

—Sí, ha sido raro. ¿Por qué tiene ella el informe del perfil psicológico del asesino?

—Bueno, ha llegado esta mañana. Tiene acceso a algunos de los archivos de los casos, pero no entiendo para qué quería verte.

—Creo que su llamada era más personal que profesional; lo segundo ha sido la excusa para hacerme ir, señor.

—Entiendo... ¿estás lista?

—Creo que sí.

—¿Tienes toda la información?

—Sí, Ferrer ha sido un buen maestro. De todas formas, repasaremos todo el plan de actuación de nuevo.

—Está bien, esperemos que todo salga a pedir de boca, y... Trudy...

—¿Sí?

—Si ves que corres peligro, aborta la misión.

—No podría, es mucho trabajo previo el que está en juego.

—Prefiero perder tres años de investigación que a otro de mis hombres. Si ves que corres el más mínimo peligro, te quiero fuera. Y, Trudy, es una orden.

—Señor, sí, señor.

—Ahora ve a preparar tu inclusión en el Aura.

Trudy asintió. Apretó los puños y, más decidida que nunca, supo que no iba a permitir que Dragos se saliera con la suya por más tiempo.

Capítulo 11

No quiero saberlo nunca

Trudy tras la conversación con su capitán, se quedó pensativa y fue en busca de Nacho. Algo había cambiado, los dos parecían distantes, como si de repente se hubiese abierto una gran brecha por la que se habían ido los sentimientos de los últimos días.

Llegaron a casa del teniente y cenaron en silencio e incómodos, por lo que Trudy se vio obligada a retirarse a su habitación en cuanto hubo acabado.

Sabía que llegaba la hora, cada poro de su piel le gritaba que iba a meterse en la boca del dragón y que, tal vez, éste la cerrara con ella todavía dentro. No se arrepentía ni dudaba, era su trabajo y, si algo salía mal, no tenía cabos sueltos que atar... sólo dejaría a su padre, triste y llorando por una hija demasiado cabezota como para asumir que quizá tomaba demasiados riesgos, pero, si salía bien, tal vez tuviese que dejar de demostrar su valía una y otra vez.

Se levantó, cansada de dar vueltas en una cama demasiado fría. Ferrer paseaba sin descanso por el porche de madera, descalzo y sólo con un pantalón largo de algodón; estaba claro que tampoco podía conciliar el sueño. La verdad era que había estado tentada, más de una vez durante la larga noche, de ir a su dormitorio y asaltarlo, pero al final decidió que era mejor dejar las cosas como estaban, ya eran demasiado complicadas.

Entre los dos había una atracción extraña que los obligaba a estar juntos y a la vez los alejaba; sin embargo, en la cama la hacía disfrutar y sentir como ningún otro.

Debía mantenerse fría; estar con Nacho prácticamente a solas y encerrada en esa casa de cuento de hadas la había acercado demasiado a él y en ese instante se arrepentía. No tenía claro que sólo fuese sexo lo que en realidad sentía o necesitaba de Ferrer; estaba segura de que, con tiempo, acabaría loca por un hombre así. Pero sin duda ahora era el momento de concentrarse en la misión.

Lo contempló en silencio un poco más. Quería grabar en su memoria cada paso, cada gesto torturado de su rostro, hasta que se detuvo mirando al sol, que comenzó a dorar su piel bronceada y le otorgó un aspecto casi místico, como un dios que hubiese bajado del Olimpo a rescatarla, su Hércules... un semidiós, mitad humano, mitad divino. Y la parte divina sabía dónde la guardaba: entre las piernas.

Algo ablandó su corazón cuando lo vio apoyar sus fuertes manos, esas que la habían acariciado tantas veces durante la pasada noche, en su férreas caderas, y su cabeza gacha le indicó que estaba triste, al igual que sus hombros, que estaban tan hundidos como su mirada.

No pudo contener las ganas de acercarse y ver cómo estaba, así que abrió despacio la puerta corredera del salón que daba acceso directo al porche.

—¿Una mala noche?

—¿Tú qué coño crees? —contestó roto.

—Ferrer, ¿qué pasa? —preguntó alterada.

Ferrer la miró un instante, analizándola; no era capaz de ver otra cosa que su fragilidad. Podía ver su corazón herido, ese que deseaba curar; parecía que, con cada beso que le regalaba, sanaba... y él también.

Se acercó en dos grandes zancadas y la apretó entre sus brazos: el impacto de su boca en la suya fue cálido y se tragó el jadeo de sorpresa que ella dejó escapar.

—No me digas que no, por favor —murmuró todavía entre sus labios.

Trudy no pudo decir nada más. También temía que algo sucediera y quizá era la última oportunidad de estar con él, así que, en vez de hablar, agarró su cuello y lo atrajo hacia ella. Ferrer la levantó sin esfuerzo y la apoyó contra la puerta corredera por la que ella había salido segundos antes. Sentir el contacto del frío cristal en la espalda le hubiese molestado si no hubiera estado ardiendo por él. Notarlo tan cerca, a pesar de la fina tela del pantalón y la de sus pequeñas bragas, que ya estaban húmedas, no era suficiente barrera para impedir que percibiese cada embestida.

Jadeaba descontrolada; sólo quería tenerlo dentro y olvidarse de todo por unos instantes. Agarrada a su espalda, arañando cada músculo para retenerlo en su mente, su lengua jugaba con la de él, y su sabor a tabaco y café se mezcló con el suyo propio, haciéndose uno.

—Aquí no, dentro —susurró.

Dicho esto, se la llevó hasta el salón, donde, de pronto, todo fue ruido de vidrios que se rompían. Había apartado las cosas de la mesa con una mano, sin pensar en las consecuencias, y una lluvia de cristales los rodeó. La depositó en la mesa, sonriendo, y tiró de sus braguitas hasta que la dejó sin ellas. Besó sus pechos, sus caderas y su sexo, del que sólo podía pensar en el sabor dulce y salado que desprendía por él.

Era suya. ¡Maldita sea, suya! Y la iba a dejar meterse en ese antro que conocía tan bien... Ese del que tuvo que salir huyendo para no ceder a la corrupción, del mismo antro del que otros compañeros no habían salido con vida y ahora... ahora iba a dejarla entrar dentro. ¡Joder! No podía evitarlo, pero no iba a dejarla sola; le gustase o no, sería su sombra. Si era necesario que Khaos regresara, lo haría; regresaría por ella.

Lamió el nudo que se inflamaba y a la vez la penetró con uno de sus dedos, haciendo que Trudy se inclinase hacia atrás y apoyase las manos sobre el duro tablero de la mesa. Jadeó mirando al techo todo el placer que sentía con Ferrer y éste gruñó, pues cada gemido de ella encendía más su pasión.

Sus manos acariciaron sus largas y torneadas piernas, y Trudy cerró los ojos por el placer de la dilatada y lenta caricia, hasta que de pronto la embistió con fuerza y, al penetrarla por sorpresa, abrió los ojos y aulló de placer. ¡Era fantástico sentirlo en su interior!

Lo miró a la cara y vio cómo su mirada se nublaba por el deseo y dejaba de ser un hombre para convertirse en un animal cegado por el ansia de hacerla suya.

¿Se había tomado la píldora? No lo recordaba, pero en ese instante le daba igual, no quería que saliese de su cuerpo.

Ferrer la agarró del trasero y la atrajo hasta el borde de la mesa, donde cogió sus piernas y las entrelazó a su propia cintura; así podía penetrarla mejor y más a fondo, y Trudy agradeció el gesto con

más jadeos.

Ambos se perdieron en el ritmo frenético que alcanzaron sus cuerpos hasta que el clímax llegó, arrasándolos, y Ferrer, agotado, descansó sobre el pecho de la mujer, lo que provocó que cayesen sobre la mesa en una postura casi imposible, una que sólo les permitía la paz del momento.

Permanecieron así enredados unos minutos, durante los que Trudy no dejó de acariciarlo; deseaba decirle tantas cosas de las que no podía hablar...

—Necesito que me prometas una cosa —susurró, por fin, al oído masculino.

—¿Qué?

—Que vas a ser paciente y no vas a arruinar la misión.

—No puedo prometerte algo que no sé si voy a ser capaz de cumplir.

—Tienes que pensar en mí como si fuese uno más.

—Pero no lo eres. No después de...

—Debería serlo, ya sabes que esto es sólo sexo.

—¿Y si quisiera que fuese algo más?

—No, ¿recuerdas? Tú no quieres relaciones.

—Tal vez me hayas hecho cambiar de opinión.

Trudy se sintió mal por el cariz que tomaba la conversación y decidió que no era el momento adecuado para exponer sentimientos; si lo hacía, quizá no sería capaz de estar centrada en la misión que le correspondía y era importante que se metiera en el papel que le iba a tocar representar.

Lo empujó suavemente para que saliera de su interior y, con paso triste, se dirigió a darse una ducha.

—Trudy —la llamó.

—Dime.

—Cuando todo acabe.

—Cuando todo acabe, quizá.

—No quiero saberlo nunca.

—¿El qué?

—Nada de lo que suceda dentro.

Trudy comprendió, asintió y agachó la mirada mientras se dirigía al baño y lo dejaba atrás.

Se miró en el espejo; se había vestido fatal y había dejado que el rímel se emborronase, como si hubiese estado llorando. Aunque no tuvo que fingir esa parte, había llorado. ¿Por qué? Aún se lo preguntaba. ¿Por él? No, era una tontería llorar por la separación de alguien a quien apenas conocía, a pesar de que, a su lado, se había sentido mejor que nunca y más llena, como si los espacios vacíos se hubiesen rellenado, aunque fuese un poco. Tal vez, después de todo, con el tiempo habría una luz al final de su sombrío túnel... una luz dorada, como los ojos de Ferrer.

Regresó a su oficina, donde Nacho la esperaba sentado. No había pasado la noche en la casa, lo supo al ver amanecer el día. Su rostro le decía que seguía sin estar de acuerdo con el plan, pero parecía más relajado, como si lo hubiese aceptado.

—¿Estás lista?

—Sí, ¿y tú?

—No, pero no me has dejado otra opción, así que lo estoy.

Caminaron hacia la calle. Blanco los observaba mientras montaban en el coche preparado para el seguimiento. Nacho cerró los ojos y por un instante estuvo a punto de abortar la misión. No debería dejar que la chiquilla se jugase el pellejo de esa manera, pero ya estaba decidido.

El vehículo arrancó con un suave ronroneo y ninguno de los dos pronunció una sola palabra hasta que éste se detuvo cerca del Aura y Ferrer se acercó a colocarle un micrófono a Trudy.

—No debería llevarlo...

—Sólo hasta que él llegue. Si todo sale bien, quítatelo antes de que te descubran, pero al menos quiero saber qué sucede. Si él te toca o te hace daño y no puedo ayudarte...

—Sé a lo que me expongo y te repito que, pase lo que pase, no será culpa tuya. —Quería decirle la verdad, pero no podía confesarle que alguno de sus superiores pensaba que Dragos era intocable porque el topo dentro de la unidad podía ser él. Era demasiado, no podía estar segura, así que, de momento, lo mantendría en secreto.

La mirada de Ferrer estaba perdida en ella. Trudy sabía que se arriesgaban a mucho, su profesión era así... un movimiento en falso y estaban acabados, pero era su trabajo, su pasión, lo único que la mantenía cuerda. Antes de saber por qué, sus labios estaban sobre los de Ferrer, que la acogió con la misma ansia con la que ella lo devorada.

El beso se hizo largo, profundo. Estaban, en ese instante, solos en esto.

—Regresa bien —murmuró en voz baja mientras Trudy, sin aliento, se encaminaba hacia el Aura.

Llegar a la puerta no resultó difícil; los matones que la custodiaban, en cuanto vieron a una joven desgraciada, se lanzaron a por ella como perros de caza. Enseguida la metieron dentro del local. Pasó por una larga barra oscura y, frente a ésta, apareció una sala con varias mesas bajas y pequeñas, sólo para dos, y algunas barras verticales para que las chicas se contoneasen e hicieran acrobacias. La colaron por un pasillo que olía a suciedad y, antes de darse cuenta, se encontró frente a la *madame*, que la repasaba de arriba abajo, en un lujoso despacho.

—¿Quién eres? ¿Para quién trabajas?

Trudy supuso que la mujer frente a ella estaba acostumbrada a que sus hombres le llevaran chicas como ella, pues no parecía sorprendida. Pensó que la pregunta correcta era quién era su chulo, pero ¿tenía que hacerse la inocente? ¿O eso empeoraría las cosas?

—Me llamo Tres —dijo de pronto.

—¿Tres?

—Sí, Tres, como el número, y ya no trabajo para nadie; soy... autónoma.

—Así no llegarás muy lejos. Vas a terminar muerta en un contenedor de basura.

—Lo sé, por eso he venido hasta aquí —afirmó guardando la compostura al oír la advertencia.

—¿Sabes bailar?

—Bastante bien —contestó.

Ferrer escuchaba toda la conversación al otro lado del micro. Estaba algo más calmado, pues parecía que todo iba sobre ruedas, al menos todo lo bien que podía ir esa jodida misión de mierda que la involucraba a ella de esa manera.

—Está bien. Clara te va a dar ropa nueva; dúchate y descansa. Mañana viene un cliente muy especial y creo que podrías gustarle.

—¿Un cliente especial?

—Si consigues que te elija, olvídate de estar con unos y otros, sólo serás de uno.

—Gracias, *madame*. No sé cómo pagarle esta oportunidad... —sollozó desesperada, arrodillándose frente a la mujer.

—No lo hago por cortesía; si le gustas y te quiere, ganaré mucho dinero. —Sonrió.

Era atractiva, incluso más que en las fotografías; sin embargo, al sonreír, la maldad se dibujaba en sus ojos almendrados. Daba escalofríos verla moverse con esa frialdad, presumiendo del dinero que ganaba a costa de otras mujeres.

Trudy apretó las manos; necesitaba mantener el control y no lanzarse a esposarla, como realmente deseaba hacer. Ya habría tiempo para ello. Una chica, que supuso era la tal Clara, apareció enseguida y la cogió de la mano.

—Hola, soy Clara.

—Tres.

—Vaya, qué chulo el nombre, ¿como el número? —preguntó mascando chicle.

—Sí.

—Bueno, Tres, te voy a llevar a la zona de habitaciones. Te daré ropa sexy y podrás darte una ducha; parece que llevas un mapache en la cara.

Trudy sonrió, Clara parecía una buena muchacha.

—Sí, necesito una ducha.

—¿Has llorado?

—Sí... el último tío con el que he estado, ya sabes... no se ha portado muy bien.

Ferrer escuchaba atentamente gracias al micro y su corazón se empequeñeció un poco, tan sólo un poco... Era cierto, puede que no se lo dijese a él, pero algo le decía que era el causante de esas lágrimas.

—Todos son iguales.

—Supongo que tienes razón, aunque esperaba que ése fuera diferente.

—Sí, todas soñamos con un Gere que nos saque de las calles, pero, escúchame, todos son unos perversos; a unos se les nota más que a otros, pero en el fondo son iguales, así que quédate con el que más pasta tenga.

—Es un gran consejo. Gracias.

—¿Mañana te van a presentar al Ángel?

—No lo sé.

—Intenta gustarle. Si lo logras, acabarás con toda esta mierda.

—La verdad, no sé qué hacer para agradarle.

—Sé diferente... aunque, sólo por tu nombre, ya lo eres.

—Gracias por el consejo, otra vez.

Llegaron a la zona de habitaciones. El dormitorio tenía un sucio colchón sobre el suelo, sin sábanas ni mantas. Había una pequeña ventana en la parte alta, abierta de par en par, supuso que para ventilar. Nada más, excepto una pared desconchada, cuya pintura alguna vez fue blanca y que en ese momento tornaba la estancia amarillenta, como el propio aire.

—No es gran cosa, pero, bueno, es lo que hay para nosotras.

Ahora comprendía por qué Ferrer las ayudaba si querían dejarlo. Eso no era vida.

—El baño está por aquí —indicó.

El «baño» era un largo pasillo con cabinas para ducharse, sin cortinas, ni siquiera de plástico, y otra fila de lavabos.

—No hay intimidad —murmuró Trudy, sorprendida.

—No, aquí no podemos esconder nada. —Sonrió—. Pero aprovecha que ahora no hay nadie —añadió mientras guiñaba un ojo color chocolate y salía del baño.

Trudy se dio prisa, no quería que la descubrieran.

—¿Me oyes?

—Te oigo, ¿estás bien?

—Sí, ahora estoy sola.

—No dejo de pensar que es un error. Todavía puedes dar marcha atrás.

—Deja de pensarlo, ya estoy dentro. Mañana viene el Ángel; en el peor de los casos, podré identificarlo.

—Sí, en el peor de los casos.

—¿Vas a irte a dormir?

—¿Estás loca? No me muevo de aquí. Por nada.

—¿No vas a dormir? ¡Coño, Ferrer! Necesito que estés descansado.

—¿Y tú? ¿Vas a hacerlo?

—No creo, el colchón no parece seguro.

—Esto ha sido muy mala idea. No sé por qué me he dejado convencer.

—Bromeaba; además, no te lo parecerá cuando atrapemos a Dragos.

El silencio se hizo y Trudy aprovechó para cortar la comunicación. Empezaban a flaquearle las fuerzas y no podía permitirse esa debilidad en ese instante.

—He de dejarte, luego doy señales de vida.

Después de eso, Ferrer tuvo que conformarse con imaginar el sonido del agua sobre la piel de Trudy.

Capítulo 12

El Ángel

La noche había sido interminable. Llevaba varios días sin dormir y el cansancio se notaba en su rostro, pero, al menos, Clara había sido muy amable con ella. La había llevado a una especie de vestidor, donde pudo elegir la ropa que iba a usar para su gran actuación, y no fue capaz de dejar de mirarse en el espejo una y otra vez, para estar segura de que era ella.

«¿Quién demonios me habrá mandado meterme en esto? ¿Por qué lo hago? Pues para olvidarlo; ya lo sabes, te ha hecho mucho daño. Detenerlo ha sido lo más doloroso que he hecho en mi vida y, de alguna manera, atrapar al causante de todo mi dolor, al culpable de la muerte de tantos de los nuestros y del sufrimiento de tantos civiles, parece la panacea... la píldora milagrosa que va a sellar los malditos agujeros... Así que, aquí estoy, con una máscara negra con purpurina dorada y un ligero conjunto de ropa interior a juego con unas ligas que nunca usaría. Me ha costado horrores asegurarle a la *madame* que soy una prostituta algo particular, aunque ella ha cedido gustosa; al fin y al cabo, no tiene nada que perder. Si consigo atraer la atención del Ángel, ganará mucho dinero y, si no, pues supongo que tendrá pensado recaudar algo de pasta usando mi cuerpo con otros tipos.

»Las manos me sudan, estoy nerviosa por tener que interpretar un papel que no va conmigo y, además, no he podido dejar de pensar en Ferrer. ¿Habrá pasado toda la noche despierto? Probablemente; en el poco tiempo que hace que nos conocemos, he aprendido que no se rinde y es tenaz. Vuelvo a mirarme; por lo menos es la quinta vez, ¿o quizá es la número cien? No dejo de apretar los puños para darme valor. Sólo tengo que focalizar, centrarme en que, en este antro, voy a encontrar el pasaporte hacia la guarida del Dragón. Lo repaso todo en mi mente, una vez más; tengo que destacar dentro de este bufé de cinco estrellas en el que el plato principal son mujeres de todos las razas, tamaños y religiones... Tres, me repito. Ahora soy Tres; sé que no suena muy sexy, pero espero que al Ángel se lo parezca o, al menos, lo encuentre original.»

La puerta chilló, ronca, y Trudy vio interrumpidos sus pensamientos.

—¿Estás lista? —oyó la voz de Clara junto al quicio.

—Eso creo. —Sonrió.

—Vamos, sígueme; te acompaño.

El pasillo se le hizo eterno; cada paso que Trudy avanzaba la acercaba un poco más a la posibilidad de terminar con esa banda de maleantes y asesinos que sólo sabían sembrar el mal y arrasarlo todo a su paso. Era consciente de que disponía exclusivamente de una oportunidad, sólo una, y no estaba segura de poder hacerlo de nuevo.

—Aquí es —murmuró la chica.

—Gracias.

—Suerte, cielo.

—La necesitaré.

Clara se marchó, dejándola frente a una puerta caoba. En el lado derecho de la pared había un espejo de cuerpo entero y Trudy volvió a mirarse. Se contemplaba con el rostro fruncido; no podía evitar pensar en lo que diría su padre si la viese en ese momento. Sacudió el látigo contra su mano y comprobó que hacía daño. No era un juguete; podía ocasionar dolor.

La máscara únicamente dejaba al descubierto su boca, cubierta de rojo, y sus ojos, pero prefería parecer misteriosa. Suspirando, apoyó las manos sobre la puerta, que al tacto era suave como el terciopelo, y ésta se entreabrió para conducirla a una sala iluminada por la luz rojiza de algunos focos estratégicamente colocados. Trudy miró en todas direcciones, buscando una salida de emergencia, y descubrió ante ella la sombra imponente de un hombre alto, fuerte y vestido con elegancia. No era capaz de ver su rostro, pues la oscuridad parecía cebarse con esa parte de su anatomía.

Descubrió un maletín a sus pies y el cordón de uno de sus caros zapatos que, para sorpresa de Trudy, estaba mal atado, pues uno de los extremos colgaba más que el otro. Resultaba un detalle insignificante, pero estaba tan fuera de lugar entre tanta perfección que llamó poderosamente su atención.

Olía a limpio y a fragancia masculina cara. Ambos se mantenían en silencio; el hombre la observaba, al igual que Trudy lo analizaba a él.

No sabía qué hacer ni si debía hablar con la persona que estaba frente a sí y, entonces, recordó que debía ser diferente.

Sin mediar palabra, se sentó en la silla que habían ubicado justo en medio de la habitación. El hombre la miró curioso, se acomodó en una silla y movió los brazos hasta colocar los codos sobre sus rodillas y, en ese momento, la luz iluminó su mano, en la que la teniente pudo ver una marca.

Sonrió. Había picado el anzuelo, había conseguido que le prestase atención, y eso le dio una inyección de confianza a Trudy.

Ahora sólo esperaba no dudar para poder hacer de prostituta tan bien como para que quisiera hacerse con ella a cambio del precio estipulado, por supuesto. Dinero que la *madame* cobraría y del que Trudy, temía, no recibiría nada, pero, si lograba su objetivo, su pago sería mucho mayor.

La oscuridad seguía sin dejarle ver el rostro de su espectador, pero su barbilla prominente se había apoyado entre sus manos y una boca sugerente apareció entre sus dedos índices. Parecía que sopesaba esa situación diferente, ese comportamiento tan poco habitual que estaba demostrando la mujer al tomar la iniciativa sin esperar una orden.

—Así que... ¿Tres? —se decidió a hablar el hombre. Pudo notar su marcado acento extranjero, al pronunciar la erre de su ficticio nombre.

Su voz, poderosa y sugerente, rompió el silencio, logrando que el vello de Trudy se erizara casi como si su aliento acariciase su piel desnuda. Un jadeo inesperado abandonó el cuerpo tenso de la mujer y notó cómo sus pezones se erguían, sin duda, por la excitación que todo en sí le producía.

—Sí, Tres es mi nombre —susurró.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó arrastrando de nuevo las erres entre su lengua y sus labios.

—Claro —contestó sonriendo; estaba interesado y Trudy necesitaba que no perdiese ese interés—:

Porque, para estar conmigo, has de cumplir tres reglas —murmuró jugando.

—Suenan interesantes.

«Eso espero.»

—Y... ¿cuáles son?

—Una: no puedes acercarte; si lo haces —dijo mientras se aproximaba con un paso que esperaba y rezaba por que resultase sexy—, te golpearé con esto. —Y, sacando la fusta, golpeó sobre su propio muslo, en el que, al instante, apareció una señal rojiza y alargada—; dos: no me pidas que te toque —susurró mientras apesaba uno de sus senos entre sus manos—, y tres: nunca me pidas que sea tuya.

El Ángel no hizo ningún ruido o comentario, pero cambió la barbilla de posición. Trudy confiaba desesperadamente haber captado la atención de ese misterioso hombre; si no, estaba segura de haber perdido la única oportunidad que iba a tener de poder meterse dentro del intrincado y peligroso juego que esa banda se traía entre manos.

Cezar se movió inquieto; la mujer lo había impresionado, y no sólo por su físico atlético y fuerte sin llegar a estar demasiado musculada, pues tenía unas largas y torneadas piernas y una espesa cabellera rubia acompañada de dos ojos tan azules como los suyos, que lo miraban con viveza. Apenas podía ver algo más de su rostro por culpa de la espantosa máscara que llevaba, pero su boca, llena y pintada de rojo, lograba distraerlo.

No parecía el mismo tipo de mujer que normalmente le enviaba Aura, la *madame* que regentaba el local y que llevaba su mismo nombre. Esa que tenía frente a él no parecía frágil e indefensa, ni acostumbrada a ser maltratada por su chulo, más bien era una especie de ángel del infierno capaz de dar una paliza a alguno de sus matones, y su rostro... ¿le parecía familiar? No podía estar seguro por culpa del antifaz, pero sí. ¿Quizá era una prostituta con la que ya había estado?

La curiosidad, por una vez, tomaba las riendas de su aburrida y casi monótona vida y decidió seguirle el juego para comprobar hasta dónde llegaba para ser elegida.

—Me has... intrigado. Cumpliré tus normas. Ahora, enséñame qué puedes hacer para que, a pesar de no poder acercarme a ti y de tener prohibido tocarte, logres que me corra y desee pedirte que seas mía, aunque lo tenga vetado.

—Será un auténtico placer —contestó, girándose hacia la silla.

Una vez al lado de ésta, el silencio se adueñó de todo. Trudy se sentó en ella y pulsó el pequeño botón del mando para poner música. El suave y sensual ritmo de *American Woman*[*] la envolvió, al igual que la voz sinuosa de Lenny Kravitz. Trudy repasó mentalmente una vez más lo que iba a hacer y observó cómo el Ángel tragaba saliva.

Tenía que reconocer que había algo excitante en ese peligroso juego en el que se había metido ella sola y sintió cómo su sexo se humedecía gracias a la situación poco convencional que estaba viviendo.

Sentada en la silla, dejó que sus manos recorriesen sus largas piernas, de las que se sentía bastante orgullosa; la práctica de deporte de forma intensiva había dado sus frutos.

Se dobló sobre sí misma y dejó que sus manos acariciasen sus tobillos y después rozaron despacio sus pantorrillas hasta detenerse en las rodillas para, a continuación, alzar el rostro y mirarlo fijamente tras la máscara. El anonimato que le otorgaba ésta, sumado a saber que debía interpretar un papel, la hicieron más osada, así que continuó con las caricias.

Sus manos se ralentizaron entre sus muslos y cerró los ojos para recordar las manos de Nacho

sobre su cuerpo y, al hacerlo, no pudo evitar pasar la lengua húmeda por sus labios resecos, que trataban de encontrar el sabor de Ferrer en ellos. Estaban calientes, tanto como se sentía. Había pasado tanto tiempo sin que nadie la tocara, sin permitirse sentir, que en ese instante afloraban de nuevo los recuerdos de ella entre los brazos del teniente con tanta intensidad que sentía que iba a arder.

Dejó que sus manos se perdiesen en el hueco de sus muslos, olvidándose de todo, excepto de sus propias fantasías y, entonces, oyó un gemido que la obligó a abrir los ojos. Miró en dirección al hombre que la observaba y se dio cuenta de que su postura había cambiado; ahora la miraba con más atención y jadeando. Sus manos habían abandonado su rostro y Trudy no deseaba adivinar dónde estaban, aunque era fácil de imaginar.

Trudy se introdujo el dedo índice en la boca y lo lamió para, acto seguido, llevarlo de nuevo entre sus muslos, donde, sin apartar la fina y suave tela de encaje negro, lo introdujo por una rendija y acarició sus propios labios, suaves por los flujos que destilaban, como si se tratara de una fruta madura que se abriese para derramar todo el dulce jugo a la espera de que alguien la saborease.

Echó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar, soltando otro gemido más desgarrador y liberador que el primero al sentir el contacto de su suave dedo sobre ella misma.

Sin dejar de jadear y manteniendo la constante caricia en su sexo, le devolvió la mirada. El hombre se había levantado y había dado un paso en su dirección. Con una velocidad pasmosa, Trudy dejó el juego y se levantó para coger la fusta y posicionarse frente al tipo, golpeándole la mano que había tendido para acariciarla.

—Este primer golpe —susurró—, por acercarte. El segundo —dijo mientras descargaba de nuevo la fusta, ahora en su pierna— es por tratar de tocarme. No puedes, sólo tienes permitido mirarme. Nada más. Tendrás que conformarte con eso, ¿está claro?

—Lo está —masculló—; aun así, necesito tocarte.

—No puedes, es el trato. Si deseas tocar algo, tócate a ti mismo.

El Ángel había sonreído. Se permitió mirarlo a la cara sin vergüenza, bajo la protección de la máscara. Pudo entender por qué las mujeres lo describían de esa forma; tenía un atractivo que dejaba sin aliento, casi irreal, como si de verdad fuese un espíritu celeste bajado del cielo para tentar a las féminas con su pecaminosa visión. El tipo de hombre que atraía como la mosca a la miel, con un magnetismo difícil de ignorar. A pesar de su engañosa belleza, Trudy era consciente de que era maligno; una cicatriz que partía su labio superior y otra, más profunda, en su garganta le otorgaban un aspecto amenazador. Estaba acostumbrado al peligro, le gustaba. Ella jugaba con él y disfrutaba del juego, pero iba a convertirse en su juguete. Lo sabía, se lo decía su mirada azul, que parecía poder penetrarla hasta lo más profundo.

Trudy lo empujó suavemente y lo colocó de nuevo en su silla, regresando despacio y contoneándose hacia la suya. Cada paso era más decidido; sabía que casi lo tenía y lo iba a seguir tentando hasta que el tipo sintiera que le iban a reventar los pantalones si no la hacía suya. Y necesitaba despertar esa necesidad para asegurarse su billete hacia la mansión de Dragos. Tenía que aprovechar su oportunidad y hacer que la atención del Ángel durase por lo menos el tiempo que le hacía falta para descubrir las pruebas que necesitaba para completar con éxito su misión.

Trudy se dio la vuelta y se acercó de nuevo hasta él.

—Te haré una concesión, sólo una —sonrió cerca de la boca masculina—. Me quedaré cerca, pero

las tres normas siguen en pie.

Cezar sonrió, orgulloso por su pequeño triunfo. Trudy quería que pensara que era así, aunque estuviese equivocado; era consciente de que la que tenía en sus manos hacer un jaque mate era ella.

Cerca, muy cerca, volvió a acariciarse. Sus manos rozaron suavemente su cuerpo; le mostró cada curva, provocándolo y dejando que él imaginase que eran sus manos y no las de ella las que la recorrían.

De nuevo su mano se introdujo entre las bragas húmedas para acariciarse, mientras con la otra, que había dejado caer la fusta, se acarició un pecho, estrujándolo entre los dedos.

El placer la consumió por un instante y se ocultó de su mirada; no deseaba que pudiese adivinar el dolor, la soledad y los recuerdos que la embargaban en ese momento. Lo oyó gemir a la vez que percibió el ruido metálico que produjo la cremallera de su pantalón al bajarla para liberar su miembro.

Ese sonido la hizo suspirar complacida; le gustaba saber que conseguía lo que deseaba, la hizo sentir poderosa. Se acercó más confiada y apoyó el trasero en sus rodillas.

—Sin tocarme —le recordó otra vez.

El hombre asintió con un gruñido de satisfacción y Trudy abrió las piernas, dejando su trasero y su espalda expuestos a la mirada masculina, mientras continuaba con el ritual de acariciarse, y supo, en ese instante, que él se masturbaba. Todo era, de repente, tan excitante que por un segundo se perdió en su propia mentira. De verdad se sintió como una prostituta que vendía su cuerpo y regalaba placer a cambio de dinero. Era tan fácil disfrutar sin una conexión, sin amor, sin dolor.

El recuerdo de Ferrer la asaltó de nuevo con fuerza y ese pensamiento le hizo introducir su dedo más profundo y, con el resto de dedos, se acarició los labios, el clítoris... Los movimientos cada vez se volvieron más fluidos y sus gemidos se entrelazaron con los del hombre que, tras ella, se acariciaba a sí mismo. Sus movimientos se hicieron más rápidos sobre el nudo donde se concentraban todos los nervios, ansiando liberar la pasión que había acumulado en esa minúscula porción de piel.

Trudy oía al hombre jadear y se dio cuenta, en ese momento, de que le iba a resultar difícil seguir interpretando ese papel cuando lo que en realidad deseaba era darse la vuelta y cabalgarlo como si el mismísimo diablo la persiguiera, pero no debía. No podía implicarse y dejarlo entrar; resultaría más peligroso de lo que ya era.

Se concentró en Nacho, en su mirada, en su sonrisa, en sus brazos fuertes; él sería su ancla segura. Se giró sobre sí misma hasta quedarse de frente delante del tipo del que nadie sabía nada y dejó que la observara mientras seguía masturbándose bajo su atenta mirada, oscurecida por el deseo.

La respiración del hombre era rápida, tan agitada como la suya. Su ritmo se aceleraba al compás del de ella, con la mirada perdida el uno en el otro, hasta que no pudieron controlar más sus instintos y alcanzaron el clímax por separado y, a la vez, juntos.

Una sensación desconocida hasta entonces, extraña y a la vez liberadora, la recorrió. El intenso momento terminó y el hombre la miró asombrado. Trudy lo observaba con la sonrisa dibujada en los labios. Su semen goteaba por los dedos y caía al suelo, justo en el espacio que los separaba. Sus dedos aún permanecían dentro de su vagina, que palpitaba de anhelo; deseaba tenerlo dentro, calmando la soledad, ahogando el miedo, destruyendo el dolor, pero, no quería engañarse, no era en él en quien pensaba.

—Ha sido... —murmuró sin terminar la frase.

No hizo falta, pues Trudy sabía lo que pensaba; su mirada reflejaba el deseo que había despertado en

él. Se levantó tratando de guardar la compostura y deseando que no advirtiera que sus piernas flaqueaban. Caminó sin detenerse hasta la pared que ocultaba la puerta por la que había entrado; necesitaba, de manera inexplicable, ponerse a salvo. Lo había visto en su mirada, un segundo, pero ahí estaba... esas ganas de poseerla de una manera animal. Un escalofrío recorrió su columna vertebral mientras se dirigía a su salvación. Todavía estaba a tiempo, Ferrer estaba cerca, esperándola.

—A partir de ahora —susurró antes de que saliera—, te llamaré Mía.

Trudy, al oír esas palabras, se giró, curiosa. Inclino la cabeza para adivinar lo que pensaba por su postura y, lo que vio en sus ojos, la asustó. No debía olvidar que, al fin y al cabo, era un delincuente al que trataba de cazar y que no debía traspasar la línea, nunca, por nada ni nadie.

—¿Mía? No puedes, romperías una de las normas. No puedes pedirme que sea tuya.

—Y no lo haré, no te lo pediré, pero serás mía. Desde este momento. No te quepa la menor duda de que nadie, nunca más, disfrutará del placer que has conseguido darme sin tan sólo una caricia.

Su discurso la sorprendió y sonrió mientras se marchaba sin mirar atrás; al final había logrado su objetivo e iba a conseguir que la metiese dentro de la guarida del Dragón.

Cezar la observaba contonear su cuerpo mientras lo dejaba a solas. Eso le trajo de nuevo el recuerdo que flotaba fresco en el ambiente. Esa puta había logrado que se retorciese y se masturbase sin pudor delante de ella. Había conseguido que la erección entre sus piernas le molestase hasta el punto de causarle dolor. Hacía mucho que una mujer no le ponía tanto, al menos una viva, y por eso había decidido que no la cedería a Dragos. De vez en cuando tenía derecho a darse un capricho, no los habituales, sino uno nuevo, así que, a ésta, de momento, la dejaría con vida.

Capítulo 13

Aceptada

El agua caliente la relajó y la limpió. Suspiró pesadamente; la verdad era que necesitaba, aunque no quisiera reconocerlo, descargar algo de la tensión que se acumulaba entre sus piernas desde que había estado con Ferrer. Observó su cuerpo húmedo y brillante por las gotas de agua y le gustó ver su reflejo; hacía mucho que no se observaba frente a un espejo. No quiso mirarse a la cara, pues no podía dejar de sentir la marca de la culpabilidad tallada en su piel.

Era una tontería, lo sabía, de eso hacía ya tanto... O era de lo que trataba de convencerse cada vez que su mente recordaba la aplaudida actuación que todo el mundo alabó, incluidos los chicos de asuntos internos, por arrestar a uno de los suyos... más, si cabía, por arrestar a uno con el que se tenía una relación especial que iba más allá de lo profesional.

Lo que ninguno sabía era cuánto había sufrido cuando se dio cuenta de que la vida que creyó que iba a compartir y el futuro que imaginaba junto a él se escurrieron por su piel, al igual que las gotas de agua que en ese instante cubrían su cuerpo.

Pero había otra cosa que no deseaba reconocer, porque la haría admitir que estaba perdiendo, aunque ahí estaba. No podía dejar de sentir, también, esa pequeña y molesta sensación de que había engañado a Ferrer. ¡Como si tuviesen algo real!

Un ruido sordo la sacó de sus pensamientos y lo agradeció.

—La *madame* quiere verte... ¿Tres? —preguntó en tono irónico una mujer que no conocía.

—Voy enseguida, gracias —contestó confusa. Acababa de llegar y ya había conseguido una enemiga. Desde luego, lo de caer mal a la gente era un don; algo raro, pero un don al fin y al cabo.

Trudy se secó y se colocó la ropa que le había proporcionado Clara el día anterior para cuando no estuviese «trabajando», que consistía en unos vaqueros gastados y una camiseta de tirantes negros ajustada. Se puso sus Converse, lo único que había decidido llevar, y salió para encaminarse, no sin nervios, a la oficina de Aura.

La habitación era sobria y elegante, un fiel reflejo de la mujer madura, atractiva y bien arreglada que la miraba tras la mesa.

—Adelante, toma asiento —dijo con su voz suave y pronunciación algo sibilante.

—Gracias —contestó intimidada.

—Verás, el cliente ha quedado contento. —Sonrió, sin poder ocultar que le agradaba el trato que había cerrado.

—Me alegra oírlo.

—Sí, parece que tu jugada lo ha satisfecho... demasiado, creo.

—¿Demasiado? ¿Eso es algo malo? —preguntó Trudy, tensa.

—Quiere quedarse contigo.

Trudy soltó el aire contenido; había pensado que tal vez el Ángel hubiese decidido no llevársela y que habría perdido su única oportunidad.

—¿Eso es posible? —planteó, tratando de controlar a la pequeña descarada que hacía *striptease* en su mente.

—Sí, puedo cederte a él. Se especifica en tu contrato.

—¿Contrato? No recuerdo haber firmado nada.

—Oh, sí. Aquí está.

Efectivamente, frente a sus narices había un contrato con su rúbrica, una falsa, por supuesto, pero para ella era auténtica.

—¿Qué debo hacer? —preguntó para seguir la farsa.

—Todo lo que te pida tu nuevo amo.

—¿Amo?

—Sí; durante un tiempo, será tu nuevo dueño.

—¿Cuánto exactamente?

—Tres meses. Irónico, ¿verdad?

Tres meses, más de lo que esperaba conseguir. Quizá ahora sí que podría descubrir todo lo que necesitaba para empapelarlos a todos, incluida a la *madame*.

—¿Y qué gano yo?

—Mucho dinero.

—¿Cuándo? —quiso saber.

—¿Cuándo? Cuándo, ¿qué?

—¿Cuándo me pagarás?

—Ahora mismo. —Sonrió, poniendo ante sus ojos un gran maletín de hebillas plateadas repleto de fajos de cincuenta euros.

—¿Y quién me paga ese dinero?

—Él. Te ha comprado por tres meses y yo te doy un porcentaje; el resto, claro está, es para mí... para cubrir los gastos de las gestiones.

—Por supuesto, lo entiendo —murmuró.

—Está bien; una vez que los términos han sido acatados por ambas partes, puedes irte. Prepárate, te espera.

Trudy asintió y se levantó todo lo despacio que pudo de la silla, aunque la verdad era que lo que le apetecía hacer era salir corriendo y dando saltos porque lo había logrado. Fue a su cuartucho, escondió el micro y después de mirar detenidamente decidió que no llevaría nada, si necesitaba algo lo compraría con el dinero que llevaba en el maletín. De pronto, decidió que no podía llevarlo ahí, así que lo sacó y ocultó un poco dentro del sostén; no era sofisticado, pero le servía para el propósito. Luego fue hasta la habitación de Clara y llamó a la puerta.

—Clara, ¿estás ahí?

—Sí, ¿qué pasa, Tres?

—Nada, me voy.

—Lo has conseguido... Me alegro por ti —dijo con la voz pequeña, triste.

—Ten, para ti, guárdalo. Úsalo para lo que necesites —aclaró haciendo hincapié en la posibilidad que le brindaba.

Clara la miró con los ojos llenos de unas lágrimas que trataba de contener y la abrazó con fuerza.

—Gracias —murmuró.

—De nada. Cuídate.

—Tú también, he oído rumores.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles? —Le interesaba mucho saber qué podía decirle la chica.

—Bueno, que... cuando nos les servimos, pues eso... que nos quitan de en medio.

—¿Tienes miedo?

—Un poco.

—Vete. Ahora tienes dinero.

—Lo pensaré, te lo prometo.

—Adiós. —Se despidió con un abrazo.

Se dirigió hacia la salida, donde la esperaba la chica que la había ido a buscar y que parecía odiarla sin motivo aparente, que la guio por los pasillos rojizos hasta donde su nuevo amo la estaba esperando. Caminó tras ella, sin saber a dónde se dirigía, aunque tenía claro que pronto iba a conocer a la cabeza pensante, el que no ejecutaba pero ordenaba, ese al que deseaba ponerle las manos encima y encadenarlo tras unos barrotes... para siempre.

No podía evitar preguntarse cómo sería a la luz del día y si, ahora que ya no llevaba la máscara para protegerse, sería más incómoda la situación después de lo que acababa de suceder; no era algo habitual masturbarse delante de un completo desconocido con la intención premeditada de enloquecerlo.

Un rojo pasión tiñó su rostro, logrando que sintiera vergüenza de lo que había hecho, pero no le había quedado más remedio o de eso trataba de convencerse. Llegados a ese punto, no podía hacer nada más que seguir interpretando ese papel en el que no era Trudy Arias, sino Tres.

El pasillo umbrío y cuya pared amarillenta mostraba zonas afectadas por el moho, tornándolas verdosas, se le hizo interminable. Seguía como hipnotizada por el suave bamboleo de la mujer que iba delante de ella, abriendo el camino, y que movía sus caderas de manera sinuosa y estudiada, concebida específicamente para atraer miradas masculinas.

«Así debería andar yo», pensó comparando sus burdos movimientos con los de la otra fémina, algo que no le resultaba fácil, pues nunca había sido una prioridad para la teniente llamar la atención del sexo opuesto.

Suspiró para armarse de valor; no llevaba su *hierro* y lo echaba de menos. Tan sólo había conseguido pasar un pequeño puñal que siempre la acompañaba; en un momento dado, podía representar la diferencia entre la vida y la muerte, aunque se temía que, con esa gente, esa pequeña navaja no era más que un mondadientes metálico.

Al menos, seguro que Ferrer estaba haciendo bien su trabajo y no le quitaría la vista de encima. Al verla salir, supondría que el descabellado plan al que se había ofrecido sin duda estaba teniendo éxito. Por fin Caperucita iba a adentrarse en la guarida del lobo feroz, sólo que, en esta versión del cuento, Caperucita iba armada con una daga y el leñador ejercía de guardaespaldas, y el lobo no lo era tanto

como para asustarla y no dejarla actuar.

—Bueno, nueva —dijo la chica con desdén—, te esperan ahí.

—Gracias —contestó de forma automática, no porque lo sintiera de verdad.

—No me las des; no lo he hecho porque haya querido, sólo obedezco órdenes.

Dichas esas agrias palabras, se giró y regresó por el pasillo ajado sobre sus propios pasos, dejando un vago eco de su taconeo estudiado en los oídos de Trudy, mientras los ojos de ésta se fijaban en el vehículo lujoso y oscuro que la esperaba fuera y cuyo interior era incapaz de vislumbrar, pues los cristales tintados dotaban al coche de la privacidad de la que ella no disponía en ese momento.

La noche era fría y la frustración no lo ayudaba a entrar en calor; todo era un despropósito al que no era capaz de hallarle ni pies ni cabeza.

«¿Por qué arriesgarse si, en realidad, no tiene nada que ganar? ¿Por qué esa obsesión? Por lo que sé, su excompañero está en prisión. ¿Por qué querer acabar con los hombres que le hicieron eso, si es que Dragos está realmente detrás de todo esto, y arriesgarse a perderse ella también?

»¿No es consciente de que pueden hacerle cosas mucho peores? Como obligarla a... no, no quiero ni pensarlo, estoy... ¡Maldita sea, estoy celoso! ¿Cómo coño ha ocurrido? No, no es eso... es sólo un sentimiento de posesión; ella ha sido mía y no me gusta la idea de que Dragos o el Ángel la toquen... pero esto no son celos, ni significa que sienta algo más profundo por ella...»

Era la incertidumbre, el no saber qué ocurría dentro del antro. De eso se trataba; no podía dejar de imaginar situaciones en las que Trudy aparecía con su hermoso rostro sin piel, su cuerpo desnudo boca arriba y su largo y tentador cuello degollado...

Debía dejar de hacerlo o iba a volverse loco. Era incapaz de parar de caminar de un lado a otro, con el maldito cigarrillo entre sus labios, sin encender. Tan sólo necesitaba sentirlo, tan sólo eso. Aunque se le hacía la boca agua con sólo imaginar el humo de la primera calada, esa que se necesita para encenderlo, invadiendo su paladar, bajando por su garganta... pero había hecho el firme propósito de dejar de fumar. Y entonces, la vio.

Oteaba a su alrededor, nerviosa, y sus miradas se cruzaron un efímero segundo... suficiente para que Trudy se sintiese respaldada y más tranquila. Ahora sabía que no estaba sola; su compañero estaba ahí para cubrirle las espaldas y en ese instante, en el que sus ojos descubrieron la pequeña luz, que era la señal, y la puerta de atrás de su «carroza» se abrió, todo el vello de su cuerpo se erizó, avisándola de que en ese momento empezaba de verdad el juego.

—Sube. —Oyó la misma voz varonil que en la sala oscura había roto el silencio.

Asintió sin poder pronunciar palabra alguna y, por un segundo, le pareció vislumbrar un parpadeo nervioso, como si Ferrer la avisara de que no subiera al vehículo. La puerta se cerró tras ella y se topó con la mirada afilada y fría de su nuevo amo. En ese instante supo que estaba perdida.

Sus ojos, de oscuras y espesas pestañas, eran de un color azul imposible que contrastaba aún más con su bronceada piel y el negro de su cabello.

Su perfume lo inundaba todo a su alrededor; su traje, planchado a conciencia, no parecía el de un hombre que pagaba por la compañía de prostitutas y acababa masturbándose a sí mismo. Trudy se preguntaba si acaso no se habría cambiado de ropa mientras negociaba el pago por ella.

Su boca, sugerente, le devolvía una sonrisa de medio lado que hacía destacar la cicatriz que partía su labio superior en la parte izquierda y se perdía en su barbilla.

—Bienvenida, Tres o, mejor dicho, Mía.

—Ya te he dicho que no puedes pedirme que sea tuya.

—Pero Tres ya no te vale, debes cambiarlo.

—¿Por qué habría de querer cambiarlo?

—Porque ahora, como mínimo, ya no serán tres tus normas... —dijo sonriendo maliciosamente. Y eso provocó que los pezones de Trudy se erizaran; ese hombre era tan atractivo que ejercía sobre ella una atracción inesperada.

El Ángel golpeó la ventada de cristal que separaba los asientos traseros de los delanteros para dar privacidad y, tras el martilleo, el coche se puso en marcha.

Trudy no sabía qué hacer ni decir, ni a dónde mirar, y, de pronto, sintió la mano del hombre sobre su tobillo. Lo acariciaba despacio, dejando que sus largos dedos resbalasen por la tersa piel de arriba abajo, logrando que el cuerpo de ella agradeciese cada caricia ardiente que se grababa en su piel.

Los ojos de Trudy se abrieron atónitos, pero ¿qué esperaba? La había comprado para satisfacer sus deseos carnales y ella, inocente, se había creído que sólo la mostraría ante sus amigos, pero no... «¡Estabas equivocada, amiga!» Iba a disfrutar de su cuerpo, porque había pagado para ello.

Tragó saliva, nerviosa, tratando de deshacer el nudo que acababa de atragantarla, aunque no le sirvió de mucho. Un gemido escapó en protesta. Su mano subía más y se deslizaba suave sobre su pantorrilla, que, a pesar de estar bajo el ceñido vaquero, notaba la caricia llegar dentro de ella.

—Creo —susurró sin esperarlo cerca de su boca— que mejor te llamaré Cero.

—¿Cero? ¿Por qué? —preguntó sin aliento.

—Porque pienso tocarte, vas a tocarme y, sobre todo, porque, ahora, eres mía.

Trudy echó la cabeza hacia atrás y ahogó un jadeo. Sin entender qué sucedía, acababa de notar cómo su cuerpo reaccionaba ante la afirmación de que estaba bajo su poder, que ahora era en realidad su amo, uno que la usaría para satisfacerse sexualmente y ante lo que no podía revelarse si quería desenmascararlos.

Además, pese a que no le gustara admitirlo, debía reconocer que ese tipo era capaz de elevar sus pulsaciones de cero a mil en un segundo con un simple roce o un susurro.

Antes de darle tiempo a protestar, estaba sobre sus poderosas rodillas y sus manos agarraban su trasero con brusquedad; tan salvaje era su abrazo como el de él.

—Suéltame —se quejó, incómoda.

—Ahora no puedes decidir sobre ti, te he comprado. Has accedido.

—Eso no es del todo cierto.

—Tengo tu firma en el contrato, para mí lo es. Ya te he dicho que, a partir de ahora, te llamaré Cero.

Trudy se relajó y sopesó sus posibilidades; la situación era complicada. Su mente iba a mil, pensando en la mejor solución para todos. Era una teniente que estaba metida hasta las cejas en un caso peligroso; si su comportamiento distaba del que se suponía que debía tener, se la jugaba, y era consciente de que, con esa clase de gentuza, el juego era muy arriesgado y sin segundas oportunidades.

—Bueno —sonrió—, puede que ahora sea tuya, pero tendrás que seguir llamándome Tres; las normas han cambiado, lo acepto, pero sigue habiendo algunas.

—Y, ahora, ¿a qué debo atenerme?

—Una: nunca me besarás en la boca. Dos: nunca me harás daño. ¿Entendido?

—Me parecen bien, y... ¿cuál es la tercera?

—Tres: no me compartirás. Seré sólo tuya... —susurró mientras su lengua se paseaba por su cuello, dejando la piel húmeda y caliente a su paso.

—Así... que ahora eres mía.

—Tú mismo me lo has recordado; ahora te pertenezco, pero sólo a ti.

Él sonrió y gruñó de satisfacción.

—Me gustan las nuevas normas, pero no sé si seré capaz de cumplir con la primera. Sólo puedo pensar en esa boca que tienes sobre la mía...

—Pues —replicó con su boca junto a la de él, mientras su largo cabello dorado se deslizaba entre ellos, ocultándolos como una espesa cortina— deberás aceptarlo.

Las manos del Ángel abandonaron sus nalgas y acariciaron despacio su cuerpo; se detuvieron en su cabeza y se entrelazaron en su melena. Su pequeña cabeza entre sus grandes manos le hizo ser consciente de su posición de inferioridad ante un hombre como él. En cualquier momento, podía partirle el cuello sin esfuerzo, y eso le hizo ponerse alerta. Sin esperarlo, él cerró los ojos, disfrutando del contacto por un segundo, algo que nunca hubiese tomado por una debilidad, pero algo en su rostro le dijo a Trudy que no era lo común en un tipo como él, que no se excitaba con facilidad.

—Está bien, entonces no te besaré en la boca —murmuró acercándola más— pero puedo besarte aquí —susurró, besando su cuello—, y aquí —entonces la besó en la línea de la mejilla—, y también aquí —añadió posando un sensual beso que dejó su huella húmeda justo en la comisura de sus labios.

Trudy sintió que podría prender fuego a un cigarro si se lo acercaban a la piel; se sentía arder. Ese hombre peligroso la excitaba y no podía negarlo; quería resistirse, pero su piel estaba en llamas. Era extraño cómo se sentía asustada y, a la vez, atraída por el misterioso individuo al que se le conocía como el Ángel. Eso la llevó a pensar en Ferrer y de nuevo la sensación de culpabilidad se aferró a su pecho con fuerza, mientras sus manos resbalaban por el torso poderoso del hombre que tenía debajo de ella y con el que se deleitaba, sintiendo cada músculo definido bajo la fina tela de la camisa.

Deseaba olvidarse de todo... de Marcos y su traición, que la había llevado hasta ahí; de Ferrer siguiéndolos preocupado, mientras ella se excitaba con un desconocido dentro de un coche. Deseaba liberarse de toda la carga, la culpa, el dolor... sólo ansiaba sentir sin arrepentimientos, sin preocuparse de si el otro acababa herido.

Anhelaba poder sentirse libre, ser capaz de no pensar en su papel, en que iba a tener que representar una sesión de sexo con un tipo sin escrúpulos que trabajaba bajo las órdenes de otro todavía más peligroso y con menos escrúpulos si cabía y dejarse llevar... tan sólo sentir ese placer que despertaba ese desconocido; sin embargo, cada vez que lo intentaba, el rostro de Ferrer aparecía en su mente para recordarle que, haberse dejado llevar con él por culpa de ese extraño e irracional deseo que Nacho despertaba en ella, era lo que la ayudaba a dejar a un lado el dolor y disfrutar del momento. Sin saberlo, Nacho se había convertido en su condena y su salvación. ¡Tanto tiempo sin poder sentir nada, muerta en vida, y de repente... Nacho había despertado en ella... todo!

El vehículo se detuvo y la ventanilla comenzó a bajar apenas unos centímetros, suficientes para detener el encuentro.

—Hemos llegado, señor.

—Gracias.

La ventana volvió a subir y, de nuevo, sus miradas se enfrentaron.

—No quiero que te separes de mí. Nunca.

Trudy alzó una ceja por lo inesperado de la confesión; iba a preguntar qué significaba eso, pero él pareció adivinar sus pensamientos.

—Mientras estés conmigo, puedo garantizar tu seguridad, pero, hasta que no les deje claro a todos que me perteneces, cualquiera puede tomarte por una vulgar puta y requerir tus servicios.

—¿Acaso no es lo que soy?

—No. No hables con nadie, no mires a ninguno a los ojos; tan sólo mantente cerca de mí y con la vista fija en el suelo. ¿Lo has entendido?

—Sí, por supuesto, amo —dijo molesta, sin comprender bien de qué iba todo eso.

—Más tarde, me llamarás así; ahora no es necesario que hables y no olvides ponerte tu máscara. Me gusta.

Desconcertada, Trudy se vio de nuevo sentada sobre su asiento; luego la puerta se abrió y se apeó del coche bajo la atenta mirada del chófer, que había abierto desde fuera. Cogió del maletero sus escasas pertenencias y la obligó, sin ni siquiera abrir la boca, a permanecer tras él.

Pegada a su espalda, Trudy siguió sus pasos; pisaba donde pisaba él y se detenía cuando éste lo hacía.

Trataba de mantener la mirada gacha, pero no era capaz; necesitaba situarse, saber dónde estaba y cuál era el lugar dónde se reunían.

La gran casa parecía el hogar de cualquier familia respetable, blanca y de tejados negros. La recibió con unos jardines cuidados y llenos de flores, verjas blancas y altas acabadas en punta para evitar... ¿tentaciones? Trudy pensó que en cualquier momento aparecería una adorable madre rodeada de preciosos niños y un perro. A su espalda, vio una garita de seguridad y algunos aparcamientos para las visitas. Trudy pudo adivinar que, tras la mansión, se ocultaba una enorme piscina... Un pensamiento pasó por su mente, raudo, ¿habría estado él en esa casa? ¿Entre esas paredes que ocultaban tantos secretos? ¿Habría disfrutado de las fiestas, la hospitalidad, de las mujeres?

No supo por qué, pero no le agradó imaginarse a Ferrer encerrado en esa casa y disfrutando de lo que, tras sus puertas, le podían ofrecer.

Capítulo 14

Elisa

Ferrer no podía creerse que lo hubiese conseguido, pero la alegría de pronto se convirtió en angustia; lo había logrado, iba a estar dentro, con Dragos, con el misterioso hombre llamado el Ángel, al que ni siquiera él había llegado a ver nunca, y con el asesino de prostitutas, y ahora Trudy había pasado a ser una de ellas.

Detuvo el coche a una distancia prudencial y golpeó con fuerza el volante varias veces; nunca tendría que haberle permitido entrar en el juego. Sabía lo difícil que era resistirse a ellos. No supo cuánto tiempo estuvo perdido en su miseria, tratando de resistir el impulso de sacarla de allí aunque fuese a rastras, cuando el teléfono sonó y lo devolvió a la realidad; lo sacó y vio que era una llamada de su jefe. Tenía que comunicarle qué tal marchaba todo, así que la aceptó.

—Blanco, soy yo. Está dentro.

—¿Todo bien?

—Supongo —contestó, y colgó sin más. No estaba de humor para seguir hablando.

Trudy caminaba tras el chófer, que hacía las veces de guardaespaldas, tratando de captar todo lo que pudiese sin ser demasiado descarada. Supo que la observaban sin necesidad de ver las miradas en los rostros ajenos. La gran puerta de la casa se abrió sin que nadie tuviese que llamar, como si esperasen tras la puerta su llegada. Sabía que el Ángel encabezaba la comitiva y eso la ponía nerviosa. Iba a conocer a Dragos y no podía dejar de preguntarse si, en realidad, sería tan atractivo e impresionante como en las fotos.

Sin esperarlo, la atmósfera cambió de repente y Trudy se tensó, preparando su cuerpo para un posible ataque. Tenía que estar alerta, todo su ser se lo gritaba; algo pasaba, aunque no supiera todavía qué podía ser.

—Quédate cerca, detrás, pero cerca —le ordenó Cezar a Trudy, ocupando la posición del chófer.

—¿Por qué? —preguntó sin pensar si estaba bien o no, si era la actitud propia de una prostituta o no.

—Quiero que todos sepan que eres mía —dijo sin más.

Y la besó. Trudy no esperaba esa invasión y por un instante dudó; no deseaba ser besada así, con esa arrogancia que la dejaba impotente, pero, al final, se rindió al beso; era lo que debía hacer.

La lengua del hombre se introdujo en su boca y la suya jugó sin vergüenza; debía interpretar el papel de su vida y no iba a perder la oportunidad, antes de saborearla, por un beso.

Así que cerró los ojos y trató de no pensar en nadie, aunque le fue imposible dejar fuera de su mente a Ferrer mientras la besaba ese tipo misterioso que destilaba tanto poder.

El beso terminó de la misma forma brusca en la que había comenzado y las piernas de Trudy temblaron un poco; besaba muy bien y había logrado estremecerla, ¿o había sido el recuerdo de Nacho?

Sin saber por qué, sus manos se aferraron al cuello del hombre y un gemido traicionero escapó de su boca para fundirse en la de su amante hasta desaparecer. El Ángel se vio sorprendido una vez más por la osadía de la mujer y disfrutó al sentir cómo su polla se apretaba contra la bragueta, deseosa de salir al encuentro de esa joven que había logrado lo que ninguna otra; excitarlo estando viva.

Trudy no era capaz de detenerse; con los ojos cerrados, sólo era capaz de recordar a Ferrer, sus manos, sus besos, sus susurros... y el hambre que había despertado Nacho en ella era imparable. Recordó los brazos fuertes rodeándola, sujetándola contra su musculoso pecho, su boca contra la suya, sus dientes clavados en su cuello, sus uñas arañando su espalda de arriba abajo...

Se excitó tanto al rememorar sus encuentros con Ferrer que temió empapar la tela áspera y desgastada de los vaqueros que llevaba.

Su estado frenético se trasladó a Cezar, que a cada segundo la devoraba con más ansia; los jadeos y los gemidos los envolvieron y lograron hacer que se olvidaran de todo y de todos hasta que un carraspeo interrumpió su actuación, que se había convertido en una muy convincente, y al alejarse se topó con la mirada oscura del hombre al que tenía que complacer y que la miraba jadeante y con la boca inflamada por los besos.

El pulgar de él se paseó por su propia boca, dolorida y sensible por el largo y profundo beso.

—Vamos —ordenó.

Trudy obedeció y se colocó detrás de él; tan cerca la hacía ir que se tropezaba en algunos pasos. Los demás los siguieron sin decir nada. Trudy se vio encerrada entre varias anchas espaldas que la protegían como un muro de piedra y acero humano. No se le escapó que todos portaban armas; aunque no podía asegurar que fuesen Magnums 44 (mortales y seguras, pero con un fuerte retroceso), lo parecían.

Lo que estaba claro era que esos tipos no eran delincuentes de poca monta que no sabían lo que hacían; si te disparaban con una de éstas y la bala impactaba en tu cuerpo, estabas muerto o, en el mejor de los casos, salías muy mal parado, estaba segura de ello. El arma le recordó a la que usaba Marcos cuando se metió tanto en el papel de matón que acabó confundido y demasiado mezclado entre ellos, estrechando lazos que lo habían llevado a convertirse, al final, en uno de los suyos.

Una lágrima amenazó con aparecer, aunque no lo permitió. Todo debía permanecer bajo control y esa parte de su vida debía ser olvidada. Sonrió y continuó el camino; apenas podía ver nada, parapetada como estaba por esos grandes individuos, así que le sorprendió notar que subían por una gran escalera de mármol blanca y que se detenían ante una elegante puerta. Alzó la mirada, simulando sorpresa ante tanto lujo, y, por las ventanas acristaladas que rodeaban la planta superior, en la que se encontraba en ese mismo momento, vio a lo lejos lo que le parecieron los reflejos de las estrellas sobre una superficie acuosa. Una pequeña brisa penetró en la casa y, con ella, un profundo olor a mar que le confirmó que la construcción estaba situada cerca de la costa.

La puerta se abrió y, al entrar, se encontró con una gran habitación tan opulenta como el resto de la mansión. Había varios hombres, todos vigilando la puerta; éstos, al verlos, se apartaron un poco y, cercada por su séquito, caminaron unos pasos más.

La atmósfera se relajó y los hombres se alejaron de ella, dándole más espacio, liberándola de su prisión humana. A pesar de ello, Trudy no pudo evitar pensar que era una pequeña abeja atrapada entre flores gigantes.

El hombre al que ahora pertenecía llamó a uno de sus guardaespaldas y le susurró algo al oído. Tras el gesto, los demás se apartaron más.

—Ven —dijo dirigiéndose a ella—. Ve a cambiarte de ropa, voy a presentarte al jefe.

—Está bien —contestó servicial.

—Sólo una cosa.

—¿Sí?

—Eres mía, no lo olvides. Nunca.

—No lo haré —contestó confusa.

—Él querrá hacer que lo olvides.

Trudy no comprendía las palabras del hombre del que aún no sabía el nombre, pero, antes de tener opción a preguntar, una mujer salió de la nada y la agarró con fuerza por un brazo. Sin decir una palabra, la arrastró hasta una nueva escalera para acceder a otra planta. La escalera acababa en un pequeño rellano del que partían dos direcciones. La chica cogió su mano y la guio hacia el camino de la izquierda, mientras parloteaba algo de lo que no fue consciente hasta mucho después de que empezara a hablar.

—¿Así que te llamas...?

—Perdón, me he distraído. Me llamo Tres.

—¿Tess?

—No, Tres.

—Curioso, ¿puedo saber por qué?

—No, es cosa mía.

—Está bien, Tres —dijo como si estuviese acostumbrada a ese tipo de respuestas—, mi nombre es Elisa. Voy a estar contigo esta noche y, ¿quién sabe?, quizá tenga suerte y me dejen estar contigo las noches que vengas —añadió sonriendo, como si eso la hiciera feliz.

Trudy no sabía qué decir, todo era muy extraño. ¿Quién era esa mujer?, ¿las noches que la llevarasen?, ¿dónde iba a estar, sino allí? Estaba a punto de entrar en pánico; había contado con entrar en la casa para quedarse, no para ir de visita.

—Estoy tan sola aquí, sobre todo después de que Tereza se fuese... Mucha gente, pero siempre de paso.

—¿Mucha gente? —preguntó asombrada, pues esa noche no había visto a nadie, excepto a ella y a los hombres de la entrada.

—Sí, claro. Están en el sótano, ahora te llevaré. Estarán jugando al póquer, a la ruleta... o tirándose a cualquiera de las zorras que vienen cada noche sólo por un poco de pasta fácil a cambio de una mamada o un polvo rápido en el baño —se quejó—. ¡Ay! No quería ofenderte...

—No me ofendes. ¿Dónde se supone que voy a estar? Creí que iba a vivir aquí mientras...

—Así que no es sólo por una noche...

—Supongo que no; me ha «comprado» por tres meses. ¿Tú quién eres? —planteó sin poder reprimir la curiosidad por más tiempo.

—Soy Elisa, la esposa del jefe.

¿La esposa del jefe? Sonaba interesante. La mujer, tan alta como ella y bonita, tenía facciones afiladas, pómulos altos, sonrisa llena, curvas de mareo y una voz suave y aterciopelada... Era un cañón con piernas; estaba segura de que haría una pareja perfecta junto a Dragos. La miró a los ojos avellana y no fue capaz de hallar la maldad que suponía debía de estar anidando en su interior.

—¿Y el jefe es...? —preguntó, haciéndose la inocente.

—¡Oh! Lo vas a conocer enseguida. Eres muy guapa, seguro que quiere llevarte a la cama —soltó como si fuera su día a día.

—¿Y no te importa?

—Como si él lo fuera a tener en cuenta. A veces, si está de buen humor, me deja participar.

Trudy no creía lo que escuchaba, pero debía actuar como una prostituta acostumbrada a todo tipo de juegos sexuales. Así que lo mejor era mantener la conversación casual, como si hablasen de la lista de la compra.

—Entonces, ¿por qué sigues con él?

—Como si pudiera dejarlo... —murmuró.

Trudy sintió un poco de lástima por esa mujer atrapada en una vida en la que, tal vez, al principio, había sido feliz, pero de la que ahora deseaba escapar inútilmente.

Comenzó a comprender que todo lo que rodeaba a Dragos, al jefe, era más complejo de lo que había pensado en un inicio. Un hombre con el poder suficiente como para liderar toda una entramada línea comercial ilegal que tocaba todo tipo de negocios. Él era el premio que Trudy deseaba, el cerebro de la banda que había atrapado en sus redes a Marcos. Era su lotería de Navidad, e iba a hacer todo lo posible por pillarlo. No lo iba a dejar escapar, aunque tuviese que hacer cosas que no deseara.

—Así que... estás con Cezar —afirmó.

Al menos, ahora, tenía un nombre.

—Supongo.

—¡No sabías su nombre! ¡Te lo he visto en la mirada! —exclamó sorprendida.

Trudy se puso alerta; si esa mujer era capaz de leer en ella con tanta facilidad, iba a tener serios problemas para engañar a los demás.

—¿Ni siquiera te ha dicho su nombre y ya ha decidido quedarse contigo? —continuó diciendo como si nada.

—No lo sé, eso creo.

—Es raro; nunca se ha quedado con ninguna de las elegidas. Siempre las entrega a mi marido. Debes de tener algo que le ha resultado extraño, cautivador. ¿Qué es?

—Ni idea, soy de lo más normal. —Sonrió—. ¿Cezar?

—Es rumano. Mi marido lo acogió cuando era muy joven y vagaba perdido; sus padres lo echaron de casa y lo abandonaron a su suerte. Dragos lo recibió y lo crio como el hijo que nunca tuvo y que nunca tendrá. ¿Y tú? ¿De dónde eres?

—Yo soy de España.

—No lo pareces.

—Mi abuela y mi madre eran ingleses.

—De ahí tus ojos azules y tu cabello dorado. Eres guapa. Debes de ser muy buena en la cama si te ha seleccionado.

—No me he acostado con Cezar —confesó.

—¡No puedo creerlo!

—Pues es la verdad.

—Así que lo ha intuido. Veremos qué pasa más tarde. Dragos siempre obtiene lo que desea. Voy a ponerte muy guapa; esta noche me apetece divertirme y... ¿qué mejor que una pelea de leones por una mujer?

Trudy no dijo nada. Se quedó reflexionando sobre lo que había descubierto, mientras Elisa la cambiaba de ropa y arreglaba su cabello. No era capaz de dejar de pensar en que, debajo de sus pies, unos metros más abajo, se llevaban todo tipo de tratos sucios e ilegales, en el sótano de la casa. Era interesante. Ahora sabía más cosas sobre ellos; poco a poco se iba desenredando el hilo del que tiraba despacio. Estaba segura de que iba a lograrlo; sólo esperaba que Ferrer no se desesperara y se entrometiera en su trabajo.

Capítulo 15

Dragos

Cuando Elisa terminó de arreglarla, se miró en el espejo y su imagen, si es que ésa era ella, la dejó sin palabras. Llevaba un vestido azul parecido al tono de sus ojos, que se pegaba a cada una de sus curvas, acentuándolas y restándoles masculinidad.

El pelo, largo y algo rizado, lo había recogido un poco hacia atrás, despejando su rostro y marcando sus mejillas. Estaba muy guapa y, por lo general, no se sentía así, sino más bien masculina... y no sólo por su físico fibroso, sino por su comportamiento, algo diferente al que tendría otra mujer que no se pasara el día rodeada de hombres.

Se llevó una mano al pelo recogido y dejó que la suavidad de sus bucles se enredase por sus dedos. Se llevó la otra mano al estómago; quizá, si ella hubiese lucido así antes, le habría ganado la batalla al otro bando, ese que finalmente le arrebató a Marcos.

—¿Te gusta?

—Gracias, Elisa, estoy...

—Impresionante —acabó la frase por ella—. Ahora, vamos a presentarte a los demás. —Sonrió, pero la tristeza se reflejó en su mirada.

Trudy podía adivinar lo que pensaba: que había arreglado a otra mujer para su esposo, aunque la intención de Trudy no era la de estar con Dragos, ni siquiera junto al Ángel, por muy atractivo que fuese. Su único objetivo era averiguar cuánto más, mejor, y recabar pruebas para, después, empapelarlos a todos.

Caminó algo retrasada con respecto a Elisa; al menos, le demostraría respeto. Esperaba que entendiese, con ese gesto, que no deseaba arrebatarle lo que era suyo... aunque quizá no le importase mucho en esos momentos, en los que más bien parecía un ave enjaulada esperando alguna oportunidad, por pequeña que fuese, para huir.

Bajaron la misma larga escalera por la que habían subido unas horas antes y, al pie, un numeroso grupo de hombres vestidos y rapados a la misma medida las esperaban.

—Son mi batallón de guardaespaldas, los elige Dragos personalmente.

—¿Necesitas protección? —preguntó inocente.

—Al parecer, sí —suspiró resignada.

—Señoras —dijo uno adelantándose, seguramente el que coordinaba al resto—. Las esperan.

Ambas siguieron al grupo de tipos, que las rodeaban creando una muralla humana, igual que había hecho Cezar con sus hombres. Si algo había aprendido de las bandas organizadas era que, efectivamente,

se organizaban para todo; eran milicianos, sólo que se dedicaban a hacer el mal.

Al llegar a la entrada de la escalera que bajaba hasta el sótano, una voz se abrió paso entre el muro de hombres. Trudy no pudo oír nada, pero los tipos se apartaron en perfecta sincronía y dejaron a su vista a un Cezar que, en realidad, parecía un ángel. Las piernas le temblaron un poco; no podía evitar sentir esa atracción por un sujeto tan carismático.

—Ya me encargo yo de ella.

—Vaya, Cezar, ¿vas a encargarte tú? —preguntó, sorprendido, su compañero.

—Sí, ésta es mía. ¿Lo habéis oído? —Alzó un poco la voz y se dirigió a la platea.

—No sé si el Dragón estará de acuerdo.

—Lo estará.

Tras la breve e intensa charla, Cezar agarró con fuerza a Trudy del brazo y la situó junto a él.

—Tenías que presentarte tan...

—¿Tan...? —se atrevió a preguntar.

—Tan irresistible —sentenció.

Sin darse cuenta, se había acercado a ella y su mano temblaba, ¡deseaba tanto hacerla suya! Esa mujer tenía algo... Su mirada, sí, era eso; su mirada era segura, a pesar de que quería ocultarse tras una máscara en la que pareciese una damisela en apuros, en verdad era una leona. Podía verlo, lo olfateaba a su lado. Esa seguridad que desprendía era como la de los soldados bien entrenados, y él sabía de qué hablaba.

Miró su bonito cuello y lo imaginó... No, a ella no; de momento, la dejaría con vida, se recordó de nuevo.

—Cuidado con la escalera; no me gustaría que tropezaras y te rompieras en la caída tu hermoso cuello —susurró junto a su clavícula.

—Tendré cuidado —casi gimió.

En realidad, por un instante, había deseado que la besara y sus ojos se habían cerrado para permitir la entrega, pero no había sido así. Sin embargo, su susurro fue suficiente para acelerar su corazón, una caricia ardiente.

Cuando se alejó de ella y comenzó a bajar la escalera, un escalofrío la sacudió al recordar sus palabras. ¿Acaso era ese mismo individuo el que cometía tales atrocidades?

No, no podía ser, ¿o sí? No encajaba en el perfil, ¿verdad? Estaba confusa; no debía dejarse engañar por las apariencias y ese hombre tan atractivo le nublabla el instinto del que siempre presumía, su mejor arma... esa intuición que la había ayudado a mantenerse con vida, que la había ayudado a hacer lo que hizo.

Sacudió un poco la cabeza para despejar la bruma que Cezar creaba con cada toque y lo siguió con cuidado, observándolo todo.

Contó los escalones; nunca se sabía cuándo te iba a hacer falta conocer con exactitud cuántos peldaños había hasta la huida, y, después, se dejó envolver por el ambiente.

La música llegaba amortiguada y en la escalera, aparte del sonoro taconeo de sus zapatos, no se oía apenas anda. La insonorización era buena. Al abrir la puerta, el ruido se coló y, de repente, le pareció estar en otro mundo.

El colorido de las máquinas, los tapetes verdes de las mesas de blackjack, los rojos y negros de la ruleta, el ámbar del alcohol... todo se mezclaba y llenaba de color la estancia un poco más allá de la

lúgubre escalera.

En el momento en el que divisó el interior, la enorme mano de Cezar se posó en su cintura y la colocó delante de él, no detrás, como las veces anteriores.

Trudy se preguntaba a qué venía el cambio de actitud, hasta que lo vio plantado en mitad del salón de juego; sin duda alguna, era él: Dragos. Resultaba imposible no recordar a un hombre así; a pesar de su madurez, era tan atractivo que las mujeres de la sala no dejaban de lanzarle miradas indiscretas sin cesar. Con el oscuro pelo ondulado peinado hacia atrás y el traje de chaqueta negro, parecía un actor luciéndose en la alfombra roja en vez de un peligroso criminal.

Cada vez que estrechaba la mano a alguno de los invitados, su bíceps se marcaba bajo la chaqueta del traje. Era, indiscutiblemente, un dragón peligroso.

—Recuerda, Tres, eres mía —murmuró el Ángel a su lado.

—Sí —asintió. No podría olvidarlo aunque quisiera, pues no dejaba de repetírselo, como si fuera lo más importante del mundo que lo tuviera en cuenta.

No entendía por qué un hombre como Cezar, al que apodaban el Ángel, temía que Dragos le arrebatase a una mujer. La verdad era que ambos tipos tenían un encanto destacable. Trudy anduvo perdida en sus divagaciones hasta que la arrancaron con brusquedad de ellas.

—¿Quién es? ¿Se trata de un regalo para mí? —los interrumpió la voz profunda de Dragos.

—No, jefe, ésta es para mí.

—¿Quieres quedártela? Eso es nuevo. Me sorprende y hace que me pregunte qué tendrá de especial para que no me la entregues como regalo.

—Nada especial —mintió—, es sólo que la quiero... unos días.

—¿Estás seguro? —preguntó.

La tensión entre ambos era palpable; estaba claro que Dragos le daba una última oportunidad a su hombre. Los dos se mantenían la mirada; parecían dos lobos a punto de atacar al otro. Un escalofrío sacudió a Trudy, que era capaz de vislumbrar cómo acabaría la pelea. Tensa, se preparó para lo que pudiese suceder.

—Sí, jefe, estoy seguro. Nunca te he pedido nada, ahora te la pido a ella.

Dragos pareció destensarse; sus hombros se relajaron y los mastodontes que lo protegían también. De repente, una sonrisa sustituyó la seriedad y todo se hizo, como por arte de magia, más distendido.

—Está bien, Ángel. Te lo mereces, pero no vas a quedarte con ella, voy a regalártela. Disfrútala.

—Gracias, señor.

—Aunque me guardo el derecho de probarla, me despierta mucha curiosidad... ¿Cuál es tu nombre?

—Se llama...

—Es a ella, Cezar. Deja que responda —lo cortó en seco.

—Mi nombre es Tres.

—¿Tres? Tan enigmático como tú —murmuró mientras dejaba un beso en su mano.

—Siento interrumpir, querido —se oyó la voz de Elisa tras ella.

—No, cariño. ¡Tú nunca interrumpes! Estás preciosa. ¿A que mi esposa está preciosa? —gritó, buscando el apoyo de los asistentes.

Después de que todos afirmaran con demasiada intensidad, los hombres se encaminaron a una sala y las mujeres se volvieron a quedar encerradas entre espaldas oscuras. Sin previo aviso, éstos abrieron el

círculo y las dejaron salir del túnel humano que habían creado.

—Podéis divertirós aquí mientras nosotros hablamos de negocios.

—Está bien, querido. No tardes, te echo de menos.

—No tardaremos, querida. Cuida de Tres.

—¿No lo hago siempre?

¿Cómo era posible que lo mirase de esa forma? Trudy no era capaz de comprender qué efecto tenía en su esposa. ¿En realidad lo había llegado a amar alguna vez? ¿Era por el poder? Para ella era difícil entender qué llevaba a una fémina a amar a alguien como Dragos, aunque ella misma casi se perdió al enamorarse del equivocado.

El pensamiento la llevó hasta Ferrer; estaba segura de que estaba desesperado por tener noticias suyas, y eso que apenas habían pasado unas horas. Todavía no había podido averiguar mucho sobre nada, sólo ver un poco cómo funcionaban las cosas dentro.

—¿Quieres algo de beber?

—Vino tinto, por favor.

—¡Vaya!

—¿Te sorprende?

—Lo que una mujer pide de beber dice mucho de ella.

—¿Y qué te dice de mí?

—Que, desde luego, no eres como las demás... Dos vinos tintos, por favor —pidió sin mirar a nadie en concreto; sin embargo, Trudy estuvo convencida de que el vino llegaría a la mesa.

Observó el sitio; era una amplia sala alejada del bullicio. En ella había una mesa de cartas, una ruleta y una pequeña barra de bar. En el centro, un espacio vacío, que no supo deducir al instante para qué serviría.

—¿Te gusta lo que ves? —rompió sus pensamientos Elisa.

—La verdad es que estoy abrumada.

—¿Nunca has estado en un lugar como éste?

—Tan lujoso, no.

—Una vez que entras, es difícil de dejar. Es como una droga que se te mete en el cerebro y te convence de que no eres capaz de vivir de otra forma.

—Elisa, sé que no nos conocemos, pero ¿me dejas hacerte una pregunta personal?

—Claro.

—¿Eres feliz?

—No siempre; se nota, ¿verdad? —contestó con la mirada velada.

Las dos mujeres se quedaron en silencio. Trudy deseaba estrechar su mano fuerte entre las suyas, parecía tan desdichada.

—Antes era diferente... Dragos —explicó al ver que Trudy la comprendía— me amaba. O eso parecía. Me sacó de la calle, y no sólo me dio dinero, joyas o vestidos de firma, sino un hogar.

»Cuando lo conocí, su esposa había muerto y estaba sólo con una niña pequeña, Tereza. —Trudy abrió los ojos; le interesaba todo lo que pudiese desvelar de la vida de Dragos. Saber que había una hija con la que presionar le dio una leve esperanza—. Pero, como siempre sucede con Dragos, se cansó. De mí, de nuestro amor, incluso de su hija...

—¿Tereza es la joven que se marchó?

—Sí; se marchó cuando supo a qué se dedicaba su padre.

—Antes de eso, ¿nunca lo sospechó?

—Apenas vivía en la casa y, cuando estaba, se extremaban la precauciones, pero al final lo descubrió; al principio trato de comprenderlo, pero se rindió. No estaba hecha para tener las manos manchadas de sangre.

—¿Sangre?

—Descubrió las peleas clandestinas y no le gustó lo que vio. La noche que asistió a una, un joven murió. Era un chico que consumía droga y ganaba dinero dejando que lo vapuleasen casi cada noche para poder pagarla; en esa ocasión presencié cómo agonizaba sobre el tatami. Nunca olvidaré su cara, su dolor, el horror que se le metió dentro... Esa noche discutieron y, al cabo de unos días, Tereza decidió irse, volar por su cuenta. Se marchó de madrugada, sin despedirse, y me dejó sola... con un Dragos furioso que me culpaba a mí.

Las lágrimas de Elisa adornaron sus mejillas y a Trudy se le encogió un poco el corazón; no quería pensar qué le habría hecho el Dragón para apagar esa ira.

—Lo siento.

—Gracias, pero es lo que elegí.

—Siempre hay una salida.

—A veces me gustaría ser como Tereza y poder dar la espalda a todo esto.

—¿Qué te lo impide?

—Supongo que...

—Sus vinos, señoras —dijo amablemente el camarero, que las sirvió dejando dos grandes copas de vino oscuro, acompañadas de una fuente de canapés.

—Gracias, puedes dejarnos solas.

El joven asintió y se marchó con la bandeja bajo el brazo. Trudy cogió la copa de vino y la acarició un instante, antes de llevarse un sorbo a la boca. Sin saber por qué, de nuevo, Ferrer aparecía en sus pensamientos.

—¿Y qué hay de tu vida? ¿Algo interesante?

—No mucho; daba vueltas de un lado a otro, hasta que llegué al Aura.

—Dime la verdad, ¿qué le has hecho a Cezar?

—Nada, sólo bailé para él.

—¿Bailaste?

—Sí, me pidió que lo hiciera.

—No puedo creer que sólo un baile lo haya hechizado.

—¿Hechizado? No diría tanto. —Sonrió.

—Lo conozco desde que era un crío con la cara llena de acné; sí —enfaticó al ver la cara de sorpresa de Trudy—, su cara estaba llena de bultos grasientos... no siempre ha sido tan atractivo como ahora... y nunca lo he visto mirar así a una mujer.

—Pues no lo sé, la verdad, no creo que tenga nada especial.

—Algo habrá visto en ti. —Sonrió.

Las palabras de Elisa le hicieron plantearse si acaso no habría adivinado lo que era en realidad;

debía tener más cuidado y empezar a comportarse más como la puta que se suponía que era y no como la agente que no dejaba nada sin analizar.

Se levantó con la copa de vino en la mano y se colocó en mitad de la pequeña pista para dejarse llevar por la suave música.

Elisa la miraba maravillada; era diferente, no sabía explicar qué o por qué, pero esa mujer no era como las demás. ¿Qué ocultaba tras su mirada seria y su rostro aniñado? No lo sabía, pero tendría tiempo de averiguarlo.

Capítulo 16

¡Mía!

Dragos no podía dejar de pensar en la joven de la que su hombre de confianza se había apropiado; estaba algo molesto porque no le gustaba que nadie tocara lo que él consideraba suyo, y esa mujer podría haberlo sido, aunque, para no faltar a la verdad y ser honestos, nunca antes Cezar le había pedido nada y sí le había dado mucho a cambio, así que no iba a discutir con su chico por una mujerzuela. Ya habría otras.

—Y dime, Cezar, ¿la puta es buena en la cama?

—No me la he tirado, todavía.

—¿No puedo creerlo! Y entonces, por qué...

—No sé, tiene algo.

—Vale, amigo. Te la dejas, pero ¿me contarás qué tal se porta?

—Claro, señor.

—Bueno, vamos a lo importante. ¿Has encontrado a Tereza?

—No, ha desaparecido del mapa.

—Hay que seguir buscándola. ¿Ni siquiera rumores?

—Sí, rumores sí, pero no he tenido la oportunidad de comprobar si son ciertos.

—Está bien, sigue la pista y, en cuanto sepas algo, infórmame.

—Por supuesto.

—¿Y lo otro? ¿Qué ha pasado?

—Le he cerrado la boca.

—Bien, un problema menos.

—También a otra.

—¿A otra?

—Sí, no pude contenerme; me interrumpieron y me dejaron a medias.

—¿Has sido cuidadoso, hijo?

—¿No lo soy siempre?

—Lo eres. Por eso sigues a mi lado después de tantos años. ¿Cómo se presentan las peleas? —dijo cambiando el tema de la conversación.

—Hay un nuevo luchador, es bueno. Aguanta bien los golpes y pega duro. Empezó desde abajo y ha ido subiendo muy rápido; ha ganado todos los combates hasta ahora.

—¡Fantástico! Vamos a ganar algo de dinero con él.

—¿Algo más?

—No por el momento. Ah, sí. ¿El último cargamento...?

—Va camino de Rusia. Vivito y coleando.

—Genial. ¿Hemos recibido el pago?

—Sí, la mitad; la otra parte, a la entrega.

—Perfecto, ahora sí. Vamos a disfrutar de la noche.

Cezar salió tras Dragos, quien, al abrir la puerta, se quedó quieto mirando un punto fijo. Al seguir su mirada vio lo que contemplaba. Trudy bailaba en la sala, con la copa de vino en la mano; dulce, se mecía como si la brisa la acompañara. No sabía qué tenía esa chica que lo enloquecía cuando se movía. Parecía que no era consciente de su atractivo; sólo verla, ya lo encendía y despertaba un fuego en su interior comparable sólo al momento en el que rebanaba el cuello de alguna mujer y la sangre brotaba, dejando que la vida se fuese con el rojizo río... o al que sentía cuando arrancaba la piel tersa de su rostro y después lo colocaba en su álbum de recuerdos, para tener algo de ella... Ese mismo fuego que sólo conseguía con la muerte, despertaba ella en su interior sin tener que acabar con su vida. Podría disfrutarla, disfrutar de una fémina por primera vez en su vida sin tener que abrir su bonito cuello para sentir ese placer sexual que le había vetado su madre, hacía ya tanto tiempo...

Empezó a acercarse a ella.

—Es mía —susurró al pasar junto a su jefe, y siguió caminando hasta colocar su cuerpo en la espalda de Trudy—. ¿Me has echado de menos?

—Claro. —Sonrió para disimular la sorpresa.

—Sigue bailando —pidió.

Trudy continuó con su suave baile, dejando que su prieto trasero golpeará la entrepierna del hombre que gruñía en voz baja con cada contacto con la misma celeridad con la que su miembro crecía.

Trudy no dejó de moverse; se contoneaba y se rozaba sin escrúpulos sobre el miembro, cada vez más endurecido, del hombre del que esperaba sacar toda la información que pudiese. Sin embargo, ahora que sabía que tal vez iba a tener que llevárselo a la cama, a pesar de que era muy atractivo, hizo que sintiera que desfallecía; no sabía si iba a ser capaz de pasar la noche con él. Trató de pensar en algo que la librase de estar a solas, algo que la ayudase a evitar que descubriera que en realidad no era una prostituta.

Su corazón cada vez latía más aprisa al sentir que se le acababa el tiempo y, entonces, unos gritos, tan fuertes que traspasaron las paredes y la puerta cerrada, llegaron hasta ellos, interrumpiéndolos.

La puerta se abrió de par en par y un hombre de Dragos, que la miró en ese momento intensamente, le dijo algo al oído que cambió el rostro del jefe.

—¿Qué sucede? —preguntó a Cezar cuando notó que se alejaba de ella.

—Una buena pelea. ¿Quieres verla?

—¿Puedo?

—Puedes hacer todo lo que quieras, eres mía y casi todo aquí es mío —contestó agarrándola de la mano y llevándola casi a rastras tras él.

—¿Casi todo?

—Con suerte, muy pronto, todo —dijo con una seguridad pasmosa.

Trudy empezó a barajar posibilidades. ¿Acaso tenía intención de destronar al Dragón? ¿Dragos iba a

retirarse y dejarlo a él al mando? ¡Tantas malditas preguntas sin respuesta!

—¿Te gustan las peleas? —preguntó Elisa, sacándola de su reflexión.

—No lo sé, nunca he visto una —mintió.

—Bien; siéntate a mi lado, ¿vale?

—Claro. —Sonrió mientras la llevaban hacia otra sala, en la que el hedor era casi insoportable.

Ferrer seguía desesperado; aguardaba paciente a que Trudy se comunicara, pero temía que la hubiesen descubierto y que su bonito cuerpo acabase dentro de un contenedor de basura.

No podía hacer nada, salvo esperar y, mientras tanto, torturarse por dejarla entrar en la cueva del Dragón. Los tenía bien puestos, había que admitirlo, pero, a pesar de todo, no era trabajo para ella, no lo era ni para ellos; no era el primero que entraba y del que no se sabía nada.

Benjamín había logrado infiltrarse hacía unas semanas y no tenían noticias de él. Nada. Y pensar en que le ocurriese lo mismo... le ponía el cuerpo patas arriba.

Se paseaba, desquiciado, por la oficina. Había acudido allí al saber que no iba a obtener ningún informe de ella y, sin poder conciliar el sueño, lo mejor que se le había ocurrido era ir a su despacho.

En realidad no sabía para qué, pero al menos, allí, la tensión parecía aliviarse un poco. Quedarse cerca de la mansión de Dragos mucho tiempo más no hubiese hecho sino despertar recelos, y no quería que tuviesen la más mínima sospecha de que alguno de los suyos estaba dentro.

—¿No has ido a casa? Tienes un aspecto horrible.

—¿Tú cómo estarías, Vallejo?

—No lo sé, no tengo ni idea y, para serte sincero, prefiero no saberlo. Nunca.

—Creo que me voy a volver loco.

—Ahora no puedes hacer nada, déjalo estar.

—Es más fácil cuando no es a uno al que le toca.

—Sí, lo es. Pero tienes que confiar en que está preparada para desempeñar su trabajo.

—De eso no me cabe la menor duda.

—Entonces, ¿qué temes? ¿Por su vida? ¿La misión? ¿O es algo más...?

—Algo más, ¿como qué?

—Como que la quieres para ti.

—¡Déjate de chorradas! Sabes que no soy de éstos.

—Yo tampoco lo era. —Sonrió y se marchó con su mirada gris clavada al frente.

Siempre lo había admirado; era un tipo serio, enigmático, silencioso... sin embargo, también era un hombre que, cuando sabía lo que quería, iba a por ello y nada le impedía conseguirlo.

—Buenos días, Ferrer. ¿No has dormido?

—Parece evidente; todos me preguntáis lo mismo —contestó malhumorado.

—Si no te comportas, voy a tener que llevarte al calabozo —lo amenazó, serio, su capitán.

—Blanco, estoy perdiendo la chaveta.

—Debes relajarte; si no estás preparado por si te necesita, no valdrá de nada.

—Tienes razón, lo sé. Pero es que... ¡maldita sea! Cada vez que cierro los putos ojos, me la imagino tumbada boca arriba y llena de sangre, y no lo soporto. ¡Me voy a volver loco!

—Trata de descansar. Lo va a conseguir, está entrenada para ello.

—No me gusta la idea, Blanco, de verdad.

—Sabe lo que se hace; ya trabajó en un caso similar y salió airosa.

—Sigo sin verlo.

—Voy a mandarte a la cama y es una orden.

—Está bien, voy a descansar —claudicó.

—Sí, será lo mejor; si no, voy a tener que darte de baja de la operación.

—No lo harías.

—Si veo que peligra la misión, lo haré.

Sin decir nada más, se marchó, consciente de que se jugaba poner en riesgo la operación. Lo último que deseaba era que lo relegaran del caso y no poder ayudarla en nada, así que fue hacia los vestuarios y se cambió. Necesitaba eliminar la tensión de su cuerpo y lo mejor era sudar.

Se vendó las manos y comenzó a hacer sombras antes de golpear el saco, algo que hizo con muchas ganas.

Capítulo 17

Sangre, dolor y dinero

Trudy no se dio cuenta de que ya casi amanecía. Había contemplado, impasible, cómo, uno tras otro, los hombres se subían al ring y la lucha comenzaba. Sangre, dolor y dinero la rodeaban; tuvo que apretar las manos más de una vez para no gritar eso de... «¡alto o disparo!», lo que de nuevo la llevó a pensar en Ferrer. No entendía cómo era posible que ese hombre raro se hubiese metido en sus pensamientos sin invitación. Sabía con certeza que estaría dándose golpes contra cualquier superficie: no le gustaba perder el control de nada de lo que hacía y, por alguna extraña razón, sentía que ella debía estar también bajo su control. Lo que él desconocía era, precisamente, que ella estaba allí porque dudaban de su lealtad hacia el cuerpo.

La verdad era que no había hallado pruebas de que estuviera implicado en nada sucio y todavía no había pasado el suficiente tiempo para que nadie hubiese rumoreado acerca de si trabajaban o no con alguien de la Guardia Civil.

Estuvo observando a un chico... alto, fuerte y entrenado. Los conocía, los podía oler... era posible que perteneciera a uno de los cuerpos de seguridad del Estado, pero no podía estar segura. Lo que no entendía era por qué dejaba que lo pegasen, pues estaba convencida de que podía acabar con su oponente con un golpe certero; sin embargo, parecía que disfrutaba permitiendo que lo vapuleasen sin más.

—¿Quién es? —se atrevió a preguntar a Elisa.

—Lo llaman Benji.

—¿Benji?

—Sí, como el portero de los dibujos...

—¿El de «Campeones: Oliver y Benji»?

—El mismo.

—¿Y eso?

—Dicen que es porque las para todas.

—Ya, puedo verlo. ¿Lleva mucho tiempo pelando aquí?

—No, pocas semanas, pero ha logrado despertar la atención de los hombres de mi marido y lo han ido ascendiendo.

—¿Ascendiendo?

—Primero pelean en la calle; si son buenos, van progresando. A la casa sólo llegan los que pueden dar juego algunas noches.

—¿Algunas noches?

—Ninguno dura mucho, querida Tres.

—Entiendo. —Pero ¿en realidad lo entendía? ¿Quería decir que acababan muertos o en un contenedor de basura, como le había advertido Ferrer?

—Las peleas no tienen reglas, así que suelen salir muy mal parados. Bueno, me voy a retirar a mi habitación, es muy tarde y estoy cansada. Hasta mañana, Tres.

—¿Me dejas sola?

—¿Sola? Tienes un ángel por ahí cuidando de ti.

Las palabras la golpearon. Debía ir a pasar la noche con Cezar; por algo la había comprado, para disfrutar de ella, pero ¿podría llegar a hacerlo llegado el momento? Ahora, de repente, notaba que le flaqueaban las piernas y no tenía fuerzas para nada.

El Ángel se dio la vuelta, como adivinando sus pensamientos, y se acercó para, de nuevo, mostrar que era suya.

—¿Cansada, Mía?

—Un poco, Cezar. Preferiría que me llamasen por mi nombre.

—Eso hago. Vamos a la cama.

Trudy asintió tragando saliva. Tenía que convencerse de que estaba preparada para ello; se había mentalizado, convencido de que haría lo que fuera y así pensaba actuar. Le podría haber tocado uno peor; al menos, el Ángel era muy atractivo. No siempre tenía por qué haber amor en una relación; éste podía dejarse a un lado y que se tratara sólo de sexo... Lo había hecho con Ferrer después de todo, ¿no?

Guiada por la poderosa y firme mano de Cezar, desanduvo el camino por el que había llegado hasta ese sótano donde se realizaban todo tipo de actividades ilegales en las que se había metido de cabeza. Si era sincera consigo misma, debía reconocer que incluso las había llegado a disfrutar.

¿Resultaba tan fácil cambiar de bando? ¿Sólo había que dejarse engatusar por la riqueza, el lujo, el poder? Probablemente, si ella no los odiase tanto por lo que hicieron, caería en las redes sin oponer mucha resistencia, como el resto de sus compañeros.

Benji, ese luchador en concreto, le había llamado la atención. ¿Por qué alguien que sabía luchar permitía que lo golpearan de esa forma tan inhumana? Parecía lógico pensar que era el mismo bombero del que no habían tenido noticias, al menos, podría decirles que seguía con vida.

Debería comentarlo con Ferrer, pero ¿cuándo? Ahora notaba que su plan tenía muchos cabos sueltos. ¿Cuándo iba a poder salir de esa gran mansión?, ¿la dejarían hacerlo? La verdad era que lo dudaba. Por tanto, no sabía cómo iba a salir del aprieto en el que ella sola se había metido sin poder comunicarse con él..

Llegaron a una gran puerta blanca, que Cezar abrió con su propia llave. Ante su vista apareció una colosal habitación, muy espaciosa y con todo lo necesario para no tener que salir de ella... una cama, enorme y a la vez simple, reinaba en el centro. El suelo estaba cubierto de alfombras de pelo largo y suave de tonos grises. Había un gran baño, en el lado derecho, cuya puerta, abierta, le permitió ver una inmensa bañera. También vio una pequeña barra, con un frigorífico en la parte izquierda, y, tras la cama, un amplio ventanal que mostraba la costa. El mar brillaba con los primeros rayos del sol. Era increíble la vista de la que podía disfrutar.

—¿Te gusta?

—Sí, es precioso.

—Tú.

—¿Yo?

—Tú eres preciosa.

—Gra-gra...cias —tartamudeó.

Las manos de Cezar se posaron en sus caderas, y la tela suave y fina del vestido le permitió sentir el calor y la fuerza que manaban de ellas.

Contuvo un jadeo cuando Cezar se acercó a buscarla; sabía que no tenía escapatoria, pero... ¿la quería, o deseaba que ocurriera?

No podía perder de vista que era parte de su trabajo, que debía ganarse su confianza, pues necesitaba que confiara en ella para descubrir qué era lo que sucedía.

Cerró los ojos, dejándose llevar a otro lado, uno en el que las manos del Ángel eran las de otro y sus besos tenían el sabor del café mezclado con el tabaco.

El beso fue intenso, brusco hasta el dolor. Pudo notar que la fuerza del mismo le hizo sangre en el labio superior, lo que provocó que el líquido rojizo se combinara con el sabor de su propia saliva.

La cogió sin delicadeza y la elevó en el aire, como si pesara apenas unos gramos. Ella enlazó las piernas en sus caderas y notó sus musculosas piernas encajadas entre las suyas.

Su miembro estaba endurecido, firme y dispuesto; incluso era capaz de sentirlo palpar, expectante por hacerse con ella, por penetrarla.

—Me vuelves loco —jadeó.

—Y tú a mí —mintió.

—Normalmente, no disfruto tanto con una mujer.

—Siento oír eso.

El Ángel sonrió; se guardaría su pequeño secreto para más adelante, pues no deseaba asustarla. Quería tenerla bajo control mientras le satisficiera y después, cuando se le pasara el efecto tan extraño que tenía sobre él, entonces, comenzaría a desvelar su verdadera personalidad. Quizá tenía el rostro de un ser celestial, pero su alma era la del mismísimo diablo.

Sonrió y la tiró sobre la cama; luego abrió el cajón de la mesita de noche y sacó unas esposas.

¿Iba a esposarla? ¡Iba a esposarla! No, no podía permitirlo, no podía dejar que la privase de la posibilidad de defenderse. Se incorporó un poco en la cama y, entonces, de repente, lo vio y su interior se heló; un sofá, colocado frente a la cama.

Quizá no le hubiese dado importancia si no hubiera sido por el hecho de que, sobre el mismo, descansaba una pequeña daga curvada. Las imágenes de las mujeres con el cuello rebanado boca arriba, en un sillón inclinado sobre el suelo, aparecieron en su mente con fuerza y se solaparon; en ese momento, sólo eran una.

Cerró los ojos y trató de moderar su respiración; estaba preparada para defenderse. ¿Podía ser él? ¿Por qué alguien con su apariencia y con todo lo que deseara a su alcance iba a ser el que se ensuciara las manos por Dragos? No, algo no encajaba; sin embargo, la hiel ahora subía y bajaba a su boca, llenándolo todo de su amargo sabor.

Tenía que pensar en algo que le permitiese alejarse, una excusa, algo... y, como una aparición divina, unos golpes urgentes sacudieron la puerta, interrumpiéndolos. Cezar acudió hasta la puerta de mal humor, con los pantalones mal abrochados y el torso desnudo.

Trudy sacudió la cabeza, sin poder creer la suerte que había tenido, e intentó trazar un plan para librarse de pasar la noche con él.

—Siento la interrupción, pero es algo urgente —susurró una voz masculina desde el pasillo.

—Como sea un tontería, van a rodar cabezas —lo increpó sin más, saliendo con la camisa en la mano.

Trudy recuperó la respiración y oyó cómo echaba la llave y la dejaba encerrada. Al menos, había ganado unos instantes. Ahora podía pensar cómo hacerlo. ¿Por qué coño había dejado el micro abandonado en la habitación donde la mujer de Dragos la ayudó a vestirse? Ahora se sentía tan indefensa, desnuda sin su arma ni una forma de comunicarse... Debía pensar en algo, y rápido.

Paseaba por la estancia, dándole vueltas al asunto y sin saber realmente de cuánto tiempo disponía para dar con una solución. Se asomó a la ventana y vio a Cezar salir acompañado de Dragos y de otros muchos hombres... y lo supo: bajaría por allí, por la pared. Estaba en la segunda planta, pero había varios puntos a los que agarrarse para salir. Mientras analizaba las posibilidades, una voz la llamó.

—Un asunto urgente —murmuró.

Miró, pero no vio a nadie... a nadie. Sólo le pareció percibir la voz de Elisa. Era su voz, ¿verdad?

—¿Elisa? —la llamó en voz baja.

—Sí, soy yo —musitó.

—¿Estás bien?

—Si te dijese que sí, mentiría.

—¿Qué coño ha pasado?

—Nada, una mala noche.

—Elisa... ¡Elisa!

Trudy no obtuvo respuesta y, en su frustración, golpeó varias veces el marco de la ventana. Estaba segura de que Dragos la había maltratado y eso la llenaba de ira. Si en ese instante lo tuviese delante... no sabía qué locura sería capaz de cometer.

Sin pensar más, se encaramó a la ventana y, antes de darse cuenta, se encontró sobre el mullido césped, corriendo hasta la salida. Tuvo suerte, pues, los guardias estaban metidos en la garita, entretenidos con algo que veían en la pantalla de uno de los móviles, y no tuvo ningún problema en huir a hurtadillas de la mansión.

El sol comenzaba a despertarse y rezó porque Ferrer estuviese en el lugar acordado. Era lo único en lo que podía pensar, en que estuviese allí.

Capítulo 18

No voy a dejarte volver

—¡Mierda! —gritó Ferrer al quemarse con el cigarrillo que se había consumido entre sus dedos, otra vez.

Todavía no había amanecido y ya estaba cansado. Llevaba en el puto coche toda la noche y no sabía qué más hacer... no podía comer, ni dormir. Se pasaba las horas a base de café y tabaco. No era capaz de respirar con tranquilidad desde que Trudy había entrado en la maldita guarida del Dragón. Había visto salir a los hombres de Dragos y le había parecido que incluso éste iba en uno de los coches, aunque con él nunca se podía estar seguro.

Una vez que dedujo que no iba a haber más flujo de vehículos por el momento, salió del suyo y se apoyó en el capó, con las manos en la cabeza. Se recriminaba haberle permitido entrar en la mansión sin el micro puesto y sin nada con qué defenderse.

Iba a perder el control en cualquier momento y se iba a presentar en la maldita casa y a sacarla de allí a rastras. Si tenía que hacerse pasar por su chulo, lo haría, y si tenía que comenzar una guerra abierta contra Dragos, también.

—Buenos días. Nos has dormido nada, ¿verdad?

Oyó la voz como en un sueño. Se había descuidado tanto que ella se había acercado hasta llegar a su lado y él no se había percatado. ¿Qué demonios le hacía esa maldita mujer testaruda?

—¿Trudy? —preguntó sin poder creer lo que veía.

—Hola. —Sonrió, acercándose.

Verlo así, tan frustrado, le ablando el corazón. Un poco.

—Buenos días, Gertrudis —contestó acercándose a ella y abriendo los brazos para acogerla.

Trudy no sabía si debía o no, pero lo necesitaba, necesitaba sentirse querida, acogida, y dejó que sus fuertes brazos y su leve olor a tabaco la envolvieran.

—¿Todo bien? Los he visto salir... ¿Te han hecho daño? Si te han tocado un solo pelo...

—Estoy bien. Bien, en serio. Pero todo es...

—¿Qué ha pasado?

—No tengo ni idea. Sólo sé que uno de los hombres ha venido a buscar a Cezar y le ha dicho que era urgente.

—¿Quién?

—El Ángel; su nombre es Cezar.

—¿Te ha tocado?

—¿Quién?

—Ese malnacido de Dragos.

—No, Cezar se ha quedado conmigo.

—¿Cómo? ¿Se ha enfrentado a Dragos?

—Parece... le ha dicho a todos que soy suya.

—¡Una mierda!

Y, de repente, la atrajo hacía sí y la besó de una forma diferente y extraña, tanto como lo que le hacía sentir; esperaba que, con ese beso, comprendiese el torbellino de sensaciones que anidaban en su interior y que ni siquiera él era capaz de definir. Trudy se dejó envolver en el beso por un instante, pero enseguida lo alejó. Necesitaba más tiempo y, ¡maldito fuese ese hombre!, le nublaba el juicio y la razón se le escapaba por los pies, y necesitaba seguir centrada si quería salir airosa de la situación en la que se encontraba.

—Y, Cezar... te ha... has tenido que... —No sabía qué pensar; contemplaba cómo se había alejado de él y temió que su interior se rompiera por la respuesta que en realidad no deseaba conocer y, a la vez, necesitaba escuchar.

—No, Ferrer, me he librado por esta vez, pero probablemente, y aunque no lo desee, tenga que pasar.

El teniente no pudo evitar sentir alivio, aunque éste era irreal, pues sólo había ganado algo de tiempo. Trudy se dio la vuelta y lo enfrentó. No podía seguir en esa situación; si se les iba de las manos, su vida podría correr todavía más peligro.

—Ferrer, si tengo que hacerlo, lo haré. No olvides que soy capaz de mantener una relación sólo de sexo —puntualizó con la esperanza de que lo comprendiera.

—Claro, es tu misión; al fin y al cabo, ahora eres una puta.

Las palabras dolieron en el pecho de Trudy más de lo que le habría gustado, pero era cierto, así que se obligó a obviarlas y continuar.

—¿Qué has averiguado? —preguntó para olvidarse de lo que de verdad importaba.

—No mucho. Tienen unas salas clandestinas en los bajos de la mansión, donde se llevan a cabo todo tipo de actividades ilegales, incluidas las peleas. Pero nada más. Todo es muy discreto, ni siquiera sale ruido al exterior. Dentro de la casa es como si no sucediera nada. Dragos tiene una hija, Tereza, pero ésta, al parecer, huyó al no querer saber nada de su padre y sus actividades. Elisa, su esposa, creo que quiere salir; podríamos intentar que fuese ella la que nos ayudara, parece tan...

—¿Desesperada?

—No, infeliz. Creo que Dragos la ha golpeado.

Al escuchar esas palabras, se tensó de nuevo; no le apetecía pensar en que ella fuese a resultar herida. Conocía bien los bajos fondos de la propia casa, pero nunca había llegado a saber tanto como ella en un par de días. Era más que suficiente.

—No voy a dejarte volver —afirmó—. Has descubierto mucho en dos días, podemos seguir tirando del hilo desde fuera.

—No.

—No, ¿qué?

—No voy a rendirme; voy a regresar y cumplir mi misión.

—Pero tarde o temprano tendrás que...

—Lo sé y no me gusta, pero lo soportaré.

—No entiendo por qué. ¿De verdad merece tanto la pena?

—¿El qué?

—Vengarlo.

—No es por Marcos, hace mucho que dejó de importarme, es por mí. Por todas a las que, como a mí, se les arrebató algo importante por el mero capricho de unos pocos.

—Tengo miedo, Trudy, y no suelo tenerlo.

—Voy a llevarme un micro, ¿vale? El mío se quedó en otra habitación y ahora no puedo acceder a ella. Lo esconderé y, cada vez que me sea posible, me comunicaré contigo; si no lo hago, no pierdas la calma... es que Cezar es muy controlador.

—Parece que te estás integrando muy bien y rápido.

—Trato de hacer todo lo que puedo.

—¿Puedes hacer un mapa del sitio, aunque sea aproximado?

—Claro.

Trudy cogió el lápiz y el papel que le tendía Ferrer y trazó de forma ágil y bastante precisa las zonas de la casa que conocía. Anotó datos como los metros que más o menos tenía cada estancia, los escalones que había hasta la bajada al sótano, los de la escalera principal, los que había hasta la planta superior...

—¿Has contado y memorizado el número de peldaños?

—Nunca se sabe cuándo te va a hacer falta conocer esos detalles.

—¿Cómo has salido?

—Por la ventana.

—¿Estás loca?

—Nadie me ha visto; además, todos o casi todos se han largado a ese asunto tan urgente del que no sé nada. Dame un micro; lo esconderé y trataré de comunicarme contigo cuando pueda.

—No, es que no lo veo, Trudy.

—No eres mi jefe, eres mi compañero; no tienes autoridad para impedirme hacer mi trabajo.

—Lo sé... ¿Crees que no me doy cuenta? Aun así... Ven aquí —ordenó.

Trudy se acercó sin oponer resistencia, no era el momento para hacerlo, y dejó que Ferrer la abrazara otra vez y besara su pelo enmarañado por la larga e intensa noche. Notó cómo su boca se apoyaba en su cabeza y la besaba con dulzura; sin poder evitarlo, pasó sus delgados brazos por la cintura masculina y se apretó contra él, hundiendo su cansado rostro en el pecho del hombre, que comenzó a latir desbocado, al ritmo del suyo.

—Si te pasara algo...

—Ferrer, sé cuidarme; no soy tu responsabilidad.

—Lo eres desde...

—¿Desde?

—Desde que decidí hacerte mía.

—Sólo fue sexo, ya te lo he dicho.

Con esas palabras, se alejó; se limpió una lágrima que resbalaba por su mejilla y corrió sin mirar atrás. No dejó de hacerlo hasta que se encontró a salvo de nuevo en su habitación, se quitó la ropa y escondió el micro entre el somier y el colchón; después, se metió en la bañera para relajarse y, en algún

momento de su llanto desconsolado, se durmió.

Cezar llegó cansado. Sus sospechas, tras los rumores que le habían llegado, se habían materializado y habían encontrado a Tereza... junto con el tal Benji. Había tenido que aguantar a Dragos enfurecido, despotricando sobre su mala suerte y sobre cómo su hija se había alejado de él debido a sus actividades ilícitas para acabar viviendo casi como una mendiga... y encima junto con uno de los enfermos que se dejaban golpear cada noche para conseguir algo de dinero para pagar la mierda a la que estuviesen enganchados.

Sabía qué tenía que hacer, el pobre chico no iba a vivir mucho más. Dragos lo había marcado con su fuego de dragón.

A veces le cansaban estas cosas, pero en realidad eran su remedio, la manera de no volverse loco y conservar la poca cordura que le restaba. Necesitaba estar dentro de la vorágine para encontrar la paz.

Al llegar y no verla en la cama, se preocupó, hasta que la descubrió dormida dentro de la bañera. La contempló en silencio. Era hermosa, y su cuerpo, perfecto, aunque no le gustó la pequeña cicatriz en su muslo, sobre la rodilla. Parecía de un arma blanca. ¿Quién habría intentado acabar con ella? ¿Su antiguo chulo?

No le gustaba tener que preguntarse quién o cómo se lo habrían hecho, pero acababa de decidir que ningún otro iba a ponerle una mano encima. Era una mujer fuerte que no temía plantar cara ni al mismísimo Dragos. Quizá era eso lo que tenía de especial, que no parecía la típica muñeca rota entre sus manos... no como las otras, que parecían gritar con su mirada que las liberase de la mierda en la que estaban hundidas... Ella aparentaba haber asumido cuál era el papel que le habían asignado y vivía acorde con él.

La sacó del agua, ya fría, y la envolvió con una toalla antes de meterla en la cama, donde la acarició con una dulzura que no sabía que tenía. Decidió dejarla descansar todo lo que pudiese, esa noche sería larga y la quería a su lado en todo momento, para siempre, aunque su «para siempre» fuese interrumpido o no tuviese un final feliz, pero, por una vez, le gustaba pensar que sería eterno.

Trudy notó las manos de Cezar rozarla con suavidad, aunque prefirió seguir fingiendo que dormía. Cuando estuvo segura de que su acompañante ya dormía profundamente, bajó la mano y tocó la zona donde seguía el micro; era una tontería, ¿dónde iba a estar, si no? Pero saber que podía comunicarse con Ferrer, que había alguien cuidando de ella, la relajó, y con ese pensamiento y la respiración suave de Cezar a su lado, cerró los ojos y se dejó envolver por el calor que el cuerpo masculino le transmitía.

Capítulo 19

Marcos

Ferrer llegó a las oficinas, donde se reunió con Blanco y le contó el encuentro que había mantenido con Trudy. Al menos, seguía viva y había averiguado algunas cosas.

—Te dije que confiaras en ella.

—Lo hago; en quien no confío es en Dragos ni en Cezar.

—Por fin le hemos puesto nombre; antes de ella, ni siquiera teníamos ese dato.

—Sí, es verdad. Ha averiguado mucho... también el nombre de la esposa y el de la hija.

—¿Ellas están metidas en el ajo?

—Según Trudy, no tienen nada que ver, viven bajo el yugo de Dragos.

—Crees que su mujer...

—Trudy cree que sí, que podría ayudarla, pero me asusta que esté mucho tiempo metida en ese lugar.

—Tienes que separar los sentimientos.

—¿Qué sentimientos, Roberto?

—Tan ciego no puedes estar, Nacho.

—En realidad no tengo claro qué siento por ella.

—Es evidente para el resto de nosotros y, por eso, es importante que separes lo que sientes de la operación.

—Resulta más fácil decirlo que hacerlo.

—No voy a decirte que apenas la conoces y que por ello no entiendo cómo es posible que sientas eso por ella, porque yo mismo caí rendido a los pies de Inés con sólo verla.

—Eres afortunado.

—Tú también lo eres, sólo que no te das cuenta.

—Lo seré el día que esta pesadilla acabe y Trudy salga de ahí.

—¿Serás capaz de perdonárselo?

—¿El qué?

—Lo que quiera que haga para sobrevivir ahí dentro.

Las palabras lo aclararon todo. ¿Estaría dispuesto a perdonarla si se entregaba a Cezar? Sabía que, si era la única posibilidad de sobrevivir, lo haría, pero ¿él lo asumiría de verdad?

—No lo sé, sólo espero que no tenga que llegar a eso. De todas formas, no tiene sentimientos hacia mí; no, al menos, como yo quisiera.

—Ciegos y testarudos... Está bien, infórmame cada vez que ella lo haga, y tú no estés todo el día

imaginando qué está haciendo... Busca a la hija de Dragos, o ve a poner multas, lo que sea, pero no quiero verte rondando por aquí como un alma en pena.

—Hay alguien a quien me gustaría hacer una visita. Creo que podría ser interesante.

—¿A quién?

—A Marcos.

—No va a hablar.

—Tal vez, conmigo, sí.

—No se te ocurra hacerlo, Ferrer. No tienes permiso para interrogarlo.

—Él no tiene por qué saberlo —murmuró mientras se alejaba del despacho, decidido a sonsacarle a ese bastardo lo que necesitaba para mantenerla a salvo.

El viaje hasta la prisión donde tenían encerrado a Marcos fue largo, pero lo ayudó a despejarse. Había dejado órdenes estrictas de que estuviesen pendientes por si Trudy se comunicaba y por si necesitaba ayuda. Debían estar preparados... si era preciso, incluso con carros de combate, para echar abajo las paredes de la maldita mansión.

Cuando llegó y se identificó, tuvo que deshacerse de su arma reglamentaria y de la pequeña navaja que escondía en una de sus botas antes de pasar.

Debería estar cansado, pero la adrenalina y el viaje en su moto le habían aclarado las ideas y había llegado a la conclusión de que necesitaba sacarla lo más pronto posible de allí y de que la única manera era acelerando las cosas.

Llevaron esposado a Marcos hasta una sala privada donde no había vigilancia. Ferrer había pedido que no la hubiese, no quería que quedara ninguna prueba de su visita. No era legal, pero nadie tenía por qué saberlo, y Marcos había sido un preso problemático, así que no le habían puesto demasiadas pegs, pues consideraban que se merecía un escarmiento.

Marcos lo miraba, analizándolo. Desde luego no había perdido las cualidades necesarias en su profesión; además, estaba en plena forma, y Ferrer imaginó que probablemente dedicaba su tiempo libre a ejercitarse y no perder la buena condición física.

—¿Quién eres? —escupió.

—Tu peor pesadilla... —contestó Ferrer.

Las horas se alargaron dentro de esa pequeña estancia. Al principio había sido difícil que estuviese dispuesto a colaborar, pero, después de un rato y de unos cuantos golpes, comenzó a hablar y a contarle a Nacho todo lo que precisaba saber... como que, efectivamente, trabajaba para Dragos; éste era el enlace al que llegaba toda la información del resto de jefes. La organización se extendía por toda España, diferentes ciudades, diferentes capos, pero el Dragón era al que debían rendirle cuentas todos los demás. Le explicó que tenía un registro de todas sus actividades guardadas en un portátil que ocultaba en su habitación y, a esa zona de la casa, Nacho estaba seguro de ello, sólo tenían acceso su esposa y el propio Dragos y, tal vez, Trudy. Si pudiese colarse en ese cuarto y disponer del tiempo suficiente para copiar todos esos datos y grabarlos en un *pendrive* y luego salir... Sí, eso tendría que hacer, conseguir esa información y abandonar cuanto antes esa casa, en la que nada bueno podía ocurrirle.

—Teniente —lo llamó Marcos cuando ya se disponía a salir—, ¿la ha visto?

—¿A quién? —disimuló, pues sabía perfectamente de quién hablaba.

—A Arias, mi excompañera.

—No, no la conozco —mintió, aunque lo que de verdad deseaba era gritarle que, por su culpa, estaba infiltrada en la banda, corriendo un riesgo innecesario, por él.

—¿Podría hacerle llegar un mensaje de todas formas?

—Claro, ¿cuál?

—Dígale que no me arrepiento de nada.

No era, en absoluto, el mensaje que esperaba Ferrer; un «lo siento», un «te echo de menos»... pero ¿esto?

Se dio la vuelta con todas sus fuerzas y levantó a Marcos por el cuello con ambas manos hasta ponerlo a su altura.

—¿Que no te arrepientes de nada? ¡Que no te arrepientes de nada! Pues deberías, ¡cabrón! Se ha metido allí dentro para vengarte. ¿No tiene gracia? Vengarte... y tú ni siquiera eres capaz de sentir arrepentimiento. Tal vez te creíste uno de los nuestros, pero siempre has sido uno de ellos. Me das asco

—escupió, a la vez que lo soltaba con la misma brusquedad que había usado para levantarlo.

Salió de la prisión y, más calmado, se subió a su moto y emprendió el camino de vuelta. Las curvas pasaban tan aprisa ante sus ojos como el tiempo, que se escapaba entre sus manos.

Trudy se despertó en una cama vacía y lo agradeció, suspirando aliviada. Una nota sobre la cama llamó su atención.

Estaré ocupado todo el día, tengo trabajo que hacer. Tienes una llave de la estancia sobre la mesilla de noche. No salgas de la mansión... y, de la habitación, sólo lo necesario. La casa está revuelta. No te metas en líos. Aléjate de Dragos; no olvides que eres mía.

—A sus órdenes, mi capitán —bromeó en voz alta.

Se levantó y se dispuso a vestirse, cuando se dio cuenta de que no tenía ropa. Abrió el armario de Cezar sólo por husmear y encontró, sobre la repisa, un álbum de cuero, viejo y pesado. Observó que era necesaria una llave para abrirlo. Tomó nota mental, debía ocultar cosas importantes.

Sin saber qué ponerse, decidió coger una camisa de Cezar y cubrirse con ella; después iría a la habitación de Elisa, le preguntaría por su estado y le pediría algo de ropa para ponerse.

Salió al pasillo y, tras asegurarse de que no había nadie, corrió de puntillas hasta el cuarto de Elisa; una vez allí, llamó suavemente con los nudillos y esperó.

Una Elisa ojerosa, pálida y triste abrió la puerta y la invitó a pasar.

—¿Cómo estás? —demandó con la voz entrecortada, al encontrarla en tal estado.

—Bien, es lo que me toca.

—No puedes pensar así... Elisa, ¿eres feliz?

—¿Y quién lo es en estos tiempos?

—Tienes razón —dijo para sorpresa propia—. Necesito ropa, ¿crees que sería posible que nos dejaran salir de compras?

—¿De compras?

—Sí, sólo un ratito.

—La verdad es que me encantaría pasar tiempo fuera de aquí. Está bien, voy a ponerme algo más apropiado que el pijama y a maquillarme.

Trudy lo entendió; iba a cubrir con maquillaje cualquier marca que Dragos le hubiese ocasionado. Luchaba con las ganas de abalanzarse sobre ella y abrazarla fuerte, cuando se dio la vuelta.

—Ese armario tiene toda la ropa que Tereza dejó aquí; coge algo, las dos debéis de tener la misma talla.

—Gracias. —Sonrió—. La verdad es que no me apetecía mucho ir de compras con la camisa de Cezar por vestimenta.

Elisa asintió y la dejó eligiendo algunas prendas; escogió unos vaqueros oscuros y una camiseta escotada con algunas brillantinas de color rosado. Era bonita y sencilla, todo en el armario lo era. ¿Acaso la hija de Dragos había dejado lo de menor valor, o realmente Tereza no había querido nada que el dinero manchado de su padre pudiese comprar?

—Estás muy guapa, te queda genial —la piropeó Elisa.

Trudy se giró y se la encontró. ¡Era una mujer tan atractiva! Tenía una belleza serena, como la de las mujeres que no le dan importancia a la misma porque saben que han sido bendecidas con ella por azar, que ha sido cosa de la genética... y, en realidad, no es mérito suyo. Llevaba un pantalón de vestir negro con bolsillos y una blusa de manga corta de color gris; el pelo, largo y suelto, le caía desenfadado por los hombros. No llevaba joyas, ni unos altos tacones, y eso llamó de nuevo la atención de Trudy. Observó su rostro; el maquillaje había quedado impecable, apenas se notaban los restos de lo que había soportado la pasada noche. Con tristeza, comprendió que estaba acostumbrada a ocultar ese tipo de marcas de las miradas de todos los de la casa.

—¿Vamos?

—Por mí, sí. ¿No tendremos problemas?

—No te preocupes, nos llevaremos a mis chicos.

—Bien.

Salieron de la habitación de Elisa y el grupo de hombres que la protegían en todo momento enseguida la rodearon. Trudy se preguntó dónde estaban la noche anterior... o que tal vez no consideraban que lo que Dragos le hacía merecía protección o que, quizá, tenía derecho a hacerlo porque era suya...

De momento iba a dejar de pensar en eso; sólo le apetecía salir y conseguir algo de ropa para pasar los días que le quedaban, que deseaba que fuesen pocos, aunque no podía estar segura de ello.

—Vamos a salir —anunció Elisa sin más.

—¿A dónde?

—De compras, por favor.

El hombre al que se dirigió, de quien Trudy supuso que era el responsable de todo el grupo, asintió y dio órdenes precisas a sus compañeros. Salieron sin el menor percance y, antes de darse cuenta o tener miedo, andaban de tienda en tienda por el centro de la ciudad.

Los hombres de Dragos se dispersaron para no llamar la atención, pero sin dejar de vigilarlas. Entraron en todas las tiendas que quisieron, rieron, charlaron y compraron ropa. ¡Montones de ropa! Trudy nunca se había divertido tanto, jamás. En realidad no recordaba haber hecho eso antes con una

amiga. Una amiga... ¿había tenido una alguna vez? Tal vez cuando era niña, aunque en ese momento no podía recordar a ninguna.

Tras la larga sesión de compras, se sentaron en un pequeño restaurante desde el que se divisaba el mar y se dispusieron a comer.

—Elisa, quizá me meta donde no me llaman, pero... ¿por qué no lo dejas?

—No puedo. Nadie deja a Dragos, él te deja a ti.

—Si quisieras huir...

—¿Qué? ¿Me ayudarías?

—Haría todo lo posible para hacerlo.

—Ya no tengo salvación.

—Nunca es tarde, recuérdalo.

La comida llegó y ambas almorzaron sin mediar palabra. De repente, toda la realidad pesó sobre ellas y, después del postre y el café, emprendieron en un silencio sepulcral el camino de vuelta.

Al llegar a la casa, ésta estaba revuelta. Elisa y Trudy se miraron a la cara sin saber qué era lo que podía suceder, hasta que aparecieron en el salón Dragos y Cezar, enfurecidos.

—¿Estáis locas? ¿Dónde coño os habéis metido?

—Hemos ido de compras.

—¿Por qué habéis salido solas?

—Cariño... —empezó a explicar Elisa, cuando la mano de Dragos se estampó contra su cara y la derribó al suelo.

—¿Qué cojones haces? —saltó Trudy, colocándose delante de ella para evitar que la siguiera golpeando.

—¡Quita de en medio, zorra!

—No.

—Cezar, o apartas a tu puta barata o la apartaré yo a mi manera.

—Tranquilo, señor, me la llevo.

El Ángel se acercó hasta Trudy, que se resistía a irse hasta que miró a Elisa y comprendió, por su mirada, que había empeorado las cosas. Se dejó arrastrar por Cezar escaleras arriba, sin fuerzas e impotente por lo que iba a suceder y contra lo que no podía hacer nada, salvo observar, impasible, lo desdichada que era esa mujer.

—¡Estás loca! —gritó él en cuanto hubo cerrado la puerta de su habitación—. ¿Sabes a qué te has arriesgado? ¿Acaso quieres morir? ¿Es que no te das cuenta de lo peligroso que es enfrentar a Dragos? Y tú... ¡lo has desafiado delante de todos!

—Lo siento...

—Ahora no sirve de nada, ya te ha marcado a fuego.

—Y eso, ¿qué significa?

—Que no te queda mucho —murmuró, acariciando la cicatriz de su cuello.

Un recuerdo que deseaba olvidar, aunque no podía, asaltó a Cezar, arrastrándolo con fuerza varios años atrás, cuando apenas era un chiquillo cuya madre abusaba y comerciaba con él; abusaba no sólo física, sino también psicológicamente. Lo usaba como moneda de cambio para pagar su dosis diaria. Una noche fría, se cruzó con Dragos; era entonces, en sus inicios, un traficante de poca monta, quien, al verlo,

sonrió.

—Así que tu madre te envía para que te use para pagar su deuda. ¿Qué quiere que haga con un chico como tú? No vales nada... ¿quién va a querer pagar algo para estar contigo? —Cezar se quedó pensativo, tratando de hallar una respuesta que satisficiera al hombre—. No, no contestes, yo te lo diré: nadie.

—Hijo de puta... —murmuró.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—¿Nada? Me ha parecido que me insultabas —gritó mientras se hacía con él.

Sus manos lo rodearon desde atrás, inmovilizándolo, a la vez que colocaba una navaja afilada en su cuello. Hundió la daga y un fino hilo de sangre comenzó a empapar sus ropas, sucias y desgastadas. No gritó, no dijo nada, tan sólo esperó, con un imprevisto alivio; que alguien pusiese fin a su triste existencia, en la que, como ese hombre le había dicho, no tenía nada... Era sólo el juguete que su madre usaba para satisfacerse cuando estaba tan drogada que lo confundía con el hombre que lo engendró y al que gritaba después, culpándolo de la aberración que habían cometido. Siempre era por lo mismo, porque le recordaba demasiado a su padre... así que, ¿qué más daba si ese tipo finalizaba con su mierda de vida? No era nada, no valía nada, como bien le había dicho...

—¿No intentas revolverte ni luchar por tu vida?

—No, señor; no tengo nada, por lo que la muerte me parece una gran salida para mí.

Las palabras tuvieron que calar hondo en ese hombre al que apenas conocía, porque Dragos detuvo el corte, lo soltó y volvió a mirarlo.

—Eres alto, fuerte, aunque te falta algo de masa corporal. Ahora mismo eres del montón, pero, tal vez, cuando la pubertad pase, serás un tipo incluso atractivo, así que vamos a hacer un trato.

—¿Cuál? ¿Qué puedes ofrecerme que sea mejor que la liberación a través de la muerte?

—Una nueva vida. Me marchó, lejos de Rumanía, me voy a España. Me han ofrecido gestionar varios negocios para un viejo amigo al que le van muy bien las cosas. Vendrás conmigo, serás mi mano derecha; me agradecerás todo lo que te dé, todo lo que te enseñe, y siempre podré confiar en ti, porque me deberás tu nueva vida, ¿aceptas?

Cezar lo sopesó un instante, pero ¿qué tenía que perder? Peor que la existencia que tenía no iba a ser y, si lo era, siempre estaba a tiempo de cabrear a ese hombre que le ofrecía una solución para que acabase el trabajo que había empezado.

Asintió sin pronunciar palabra y dejó que Dragos curase la herida que le había hecho; ése fue el principio de esa relación entre ellos, ese sentimiento extraño que lo inundaba y le hacía navegar entre el odio y lo más parecido al amor que había sentido jamás.

Cezar apretó la mandíbula, se acercó a esa mujer que lo enloquecía y lo calentaba como ninguna y la besó con fuerza, con pasión, con un hambre desesperada que le hablaba de todas las carencias que había sufrido ese hombre extraño que, a pesar de todo, velaba por ella.

Sus manos se enredaron en sus caderas y la levantó hasta soltarla en la cama. Se quitó la ropa con tal agilidad que Trudy no tuvo tiempo de pensar, tan sólo de sentir, de dejarse llevar por el torbellino de

emociones encontradas que le provocaba ese individuo.

Cezar le quitó la ropa con suavidad; podía tomarse todo el tiempo del mundo, con ella no era como con las otras, con ella... ¡sentía tanto! Y no esa necesidad de arrebatarle la vida para obtener placer, no; deseaba hacerla suya por siempre, una y otra vez. Era como si ella fuese la medicina que tanto tiempo había estado buscando.

—No digas nada, voy a hacerte mía por fin.

Trudy supo qué significaban esas palabras; ese momento tenía que llegar y, en ese instante, debía darle la razón a Ferrer, no estaba preparada. No era capaz, no iba a poder soportarlo, se iba a romper en cualquier instante, pero debía hacer que su tapadera resultase creíble, sabía a qué se podía enfrentar y ya no había vuelta atrás.

Cerró los ojos y se concentró en el recuerdo de Nacho; de pronto las manos de Cezar eran las del teniente, sus besos, sus caricias, sus embestidas... y se dejó llevar.

Sin darse cuenta, tenía a Cezar jadeando sobre ella, acelerando el ritmo que sus propias caderas marcaban, ansiosas por encontrar alivio.

Cuando el orgasmo le llegó, la pilló desprevenida y, cuando gemía su placer, Cezar la agarró del cuello y apretó con la misma intensidad que la penetraba.

Por un momento, temió por su vida. Estaba segura de que iba a estrangularla mientras se la follaba. Trató de hacerle ver que la dañaba metiendo sus manos entre las de él y su cuello, pero él sólo abrió los ojos para dedicarle una sonrisa macabra que le enseñó qué se escondía tras la belleza del Ángel.

Cuando sentía que iba a desfallecer, Cezar se corrió en su interior y aflojó el agarre hasta permitirle respirar de nuevo. Asustada, en cuanto tuvo la oportunidad, se alejó de él llorando. El hijo de puta casi la había asfixiado. Y, al ver su rostro extasiado sin parecer consciente de lo que había estado a punto de hacer, lo supo; estaba segura de que él era el asesino.

En ese instante no le cupo la menor duda y pudo apostar a que conocía lo que guardaba en el álbum de cuero que escondía en el armario.

Sin decir nada, se levantó y se encerró en el baño, donde se lavó y frotó hasta que la piel se le enrojeció. Lloró en silencio, pues no quería que Cezar pensara que la asustaba, porque no era lo que sucedía... Lo que pasaba era que tenía que reprimir las ganas de cogerlo y hartarlo a hostias.

—Mía, ¿estás bien?

—Vete.

—Abre o echo la puerta abajo.

Trudy abrió porque sabía que era capaz de hacerlo y no quería provocar un escándalo o algo peor...

—Mía, lo siento; no pretendía hacerte daño, ¿te he asustado?

—Casi me asfixias, bastardo.

—No... ¿no pensarás que te haría daño, verdad? Daño de verdad; así apaciguaremos a Dragos. Quiero que se dé cuenta de que te he metido en cintura y entonces, tal vez, decida no acabar contigo.

Dicho esto, salió del baño y de la habitación sin más, y Trudy corrió a cerrar la puerta con llave. Se metió en la cama y agarró el micro; lo sostuvo entre sus manos... sólo debía apretar el botón y oír la voz de Ferrer al otro lado, pero ¿para qué? Para nada, así que, en silencio, lloró hasta que se quedó sin fuerzas.

—¿Te has quedado dormida?

El primer impulso de Trudy fue ponerse a cubierto, pero Cezar agarró sus manos y la obligó a abrazarlo.

—Tienes que ponerte guapa, esta noche hay pelea.

—No me apetece —dijo sollozando.

—Vamos, lo pasaremos genial. Voy a avisar a Elisa para que arregle lo de tu cuello.

Al cabo de un rato, Elisa apareció en su habitación con un maletín en la mano y varios vestidos.

—¿Cómo estás?

—Parece que como tú.

—Bueno, Dragos no se ha portado demasiado mal esta vez; me ha dejado la cara sin tocar.

—¿Sin tocar? —masculló, recordando el golpe que le había propinado en el rostro.

—Sí, bueno... Eso ha sido una caricia más fuerte de la cuenta. Los hemos preocupado; no debimos salir sin avisar...

—¿De verdad, Elisa, te crees esa mentira?

—No me queda otro remedio.

—Sí, escapar y empezar de cero.

—Deja que te maquille. Ven, se ve muy feo eso en el cuello. Vamos a poner color y tapar esas marcas.

Trudy no podía creer que esa mujer se lo tomase de esa manera, aunque, claro, era lo habitual, porque ella lo sufría casi a diario, pero eso no era vida. Era mucho peor que haber estado con Marcos... Elisa hizo su trabajo en silencio y después le dio un vestido negro largo y con una abertura en la pierna izquierda que lograba que, cada vez que caminaba, su muslo quedase a la vista. Para acabar de disimular las señales del cuello, le colocó un gran collar que lograba atraer la atención sobre él, evitando el resto del cuerpo.

—Estás preciosa.

—Gracias, aunque no tenías que haberte tomado esas molestias.

—Claro que sí; vas a conseguir que todos te miren.

—No voy a bajar.

—Tres, escúchame: haz caso, por favor, no lo empeores... Si no bajas, no sólo enfurecerás a Dragos de nuevo, sino a Cezar, y luego lo pagarán conmigo también.

—Está bien, Elisa; iré por ti —la calmó, al ver el horror de la mujer en su mirada.

Bajaron cuando estuvieron listas e, igual que la noche anterior, tras descender la escalera, el grupo de hombres las rodearon, formando una muralla humana, y las escoltaron hasta el salón de juegos.

Una vez en la sala, que prácticamente era para ellas, se relajó; parecía que esa noche no iban a prestarles demasiada atención y eso le gustó. Con suerte la dejaría dormir tranquila.

Tomaban una copa de vino, que milagrosamente había aparecido en sus manos, cuando los dos hombres que mandaban allí entraron en la estancia en la que estaban. A Trudy se le encogió el estómago al ver aparecer a Cezar; sin embargo, la cara de Elisa se iluminó como si el sol hubiese entrado en la sala. Tuvo que apretar los dientes y los puños, porque no era capaz de comprender nada.

—¿Vamos?

—Claro.

—¿Nos acompañas, Tres?

—Claro que viene, Dragos, es mía.

—Por supuesto; no podría olvidarlo, hijo.

Sin poder decir nada más, se levantó y se colocó junto a la única persona que podía herirla y a la vez protegerla. ¿En qué lío se había metido?

Caminaban juntos por la escalera que descendía al sótano de las peleas cuando la vio o le pareció verla. ¿Era ella? No podía estar segura por completo, pero juraría que era Cristina. ¿Qué demonios hacía allí dentro? Tenía que contárselo a Ferrer; tal vez estaba equivocada, pero, en caso contrario, tenía que saber qué era lo que se traía entre manos.

Bajaron hasta colocarse en la zona donde las peleas se veían mejor sin necesidad de que les salpicase la sangre o el sudor. Durante la larga noche, estuvo viendo cómo el tal Benji aguantaba pelea tras pelea. Era horrible observar impotente cómo lo golpeaban una y otra vez, aunque debía reconocer que tenía un aguante increíble.

El amanecer la sorprendió y Cezar la acompañó a la habitación.

—Tengo trabajo.

—¿Ahora?

—Sí; no salgas hasta que vuelva, ¿vale?

—Está bien.

—Hazme caso esta vez. Parece que Dragos casi te ha perdonado.

—No te preocupes, no saldré.

—Hasta mañana, preciosa.

—Hasta mañana.

Capítulo 20

Tereza

- ¿Estás loco, Ferrer? ¿Sabes en qué lío nos has podido meter?
- No he dicho que estuviese en misión oficial.
- De todas formas, te puedes enfrentar a cargos, perder tu empleo...
- ¿Qué quieres que haga, Roberto? ¿Me olvido de ella sin más, la dejo allí y me quedo de brazos cruzados?
- Hay otros caminos, Ferrer.
- ¿Como cuáles? Estoy desesperado...
- Dale tiempo, deja que trate de encontrar algo. Sé paciente.
- Soy todo lo paciente que puedo, pero ya lleva allí varios días y sólo se ha comunicado una puñetera vez.

Cezar llegó exhausto. Había sido muy difícil convencer a Dragos de dejar en paz el cuerpo del pobre chico. Habían dado con Tereza, trabajando en un bar de apuestas deportivas, y, tras seguirla, la había visto con él... pero ya había dejado de ser un problema. El camión de basura lo enterraría entre millones de escombros y, cuando dieran con él, ni siquiera sería posible reconocerlo.

No podía estar seguro, pero la forense le había dicho que era alguien infiltrado por la pasma y, si era así, Dragos se iba a enfadar mucho, porque había llegado a estar demasiado cerca de todo.

Miró a Tres, dormida; le daba paz verla y ahora la necesitaba. Su alma siempre acababa atormentada después de actuar.

- Buenos días, Mía —susurró, despertándola.
- Buenos días —dijo aturdida.
- ¿Has dormido bien?
- Algo; te eché de menos —mintió.
- Y yo a ti.
- ¿Una mala noche?
- No sabes cuánto.
- Cuéntamelo.
- No puedo. Es un secreto
- ¿Y a quién iba a contárselo? —Sonrió, alzando los hombros.

—Está bien. El chico de las peleas, Benji, ¿lo recuerdas?

—Sí, ¿el que recibía tantos golpes?

—Ése, pues resulta que tenía algo que ver con la pasma.

—¿Qué me dices?

—Sí, y además se había involucrado con Tereza.

—¿La hija de Dragos?

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Elisa... Me contó que Dragos tiene una hija llamada Tereza y que se ha ido, enfadada con su padre. Una reacción de adolescente.

—Sí, algo así. No pares —murmuró mientras Trudy seguía masajeando sus hombros, en un acto desesperado de alargar la conversación.

—No, no pararé. ¿Y qué ha pasado con él?

—Lo hemos eliminado de la ecuación. Con suerte estará muerto antes de que el camión de la basura pase a recoger los desperdicios... —susurró.

Trudy lo miró y descubrió que se había quedado dormido con la ropa puesta. Esperó hasta que la respiración de Cezar se hizo profunda y entonces, con sumo cuidado, cogió el micro y salió de la estancia.

Se dirigió hacia los jardines y buscó un lugar apartado donde comunicarse con los suyos.

—Aquí Arias. ¡Ferrer, maldita sea, no tengo mucho tiempo! Dime que estás al otro lado.

—Arias, soy Velasco. Ferrer me ha dado información valiosa para ti. Dragos tiene un portátil en su habitación en el que lo guarda todo. ¿Sería posible que consiguieras esa información y la grabases en un *pendrive*?

—No lo sé, Velasco, pero lo tendré en cuenta. Gracias, al menos ahora sé dónde buscar. Tengo noticias. Es Benji.

—¿Benji? ¿Qué pasa con él?

—Lo han descubierto. Lo han dejado malherido en un contenedor de basura hace unas horas. Tenéis que dar con él.

—Informaré en el acto. Tú, ¿cómo estás?

—Estoy, Velasco.

—¿Te han hecho daño?

—Velasco, me pareció ver a la forense en casa de Dragos. —Cambió de tema, sabía que, si empezaba, no iba a dejar de llorar...

—¿A Cristina?

—Sí; no puedo asegurarlo, pero tenedlo en cuenta, ¿vale? Tengo que irme, me han encerrado en la habitación, como castigo, así que no tengo fácil comunicarme. Velasco, dile a Ferrer que estoy bien, ¿vale?

—Arias... ¿Arias?

Trudy cortó la comunicación, no deseaba despertar sospechas y debía estar en la estancia antes de que Cezar se despertase. Corrió tratando de que el menor número de personas posible la vieran y subió al cuarto. Había tenido suerte, seguía dormido. Se coló en el baño y buscó un lugar para esconder el micro. Vio la trampilla de la calefacción y la retiró sin hacer ruido hasta que hubo un hueco lo suficientemente

grande como para que entrase. Una vez dentro, la volvió a cerrar y se miró al espejo. No parecía ella. Observó las marcas en su cuello, que aún perduraban, y le entraron unas terribles ganas de llorar. Retuvo las lágrimas, no sin esfuerzo, y se volvió a meter en la cama; necesitaba estar descansada, aunque resultaba difícil conciliar el sueño cuando se dormía con el enemigo.

Ferrer se había encerrado en su despacho, con las persianas bajadas; necesitaba aislarse del mundo. Por más que trataba de convencerse de que iba a estar bien allí dentro y de que era lo correcto, no lograba darse a sí mismo argumentos que se sostuvieran.

La puerta sonó con fuerza y le dieron ganas de mandar al que estuviese tras ella a la mierda, pero se contuvo.

—¡Ferrer! ¡Abre, joder! Soy Velasco.

—Largo.

—Es Arias.

—¿Qué le pasa? —dijo mientras, de un salto, abría la puerta.

—Se ha puesto en contacto.

—¿Está bien? Dime que está bien...

—Sí, eso parece. Le he comentado lo del portátil y ha dicho que miraría qué podía hacer. Otra cosa...

—¿Qué pasa?

—Es Benji. Lo han descubierto; al parecer lo han dejado al borde de la muerte en un contenedor de basura.

—¡Maldito cabrón sin escrúpulos!

—A ella la han castigado y la tienen encerrada en una habitación; no sabe cuándo va a poder volver a ponerse en contacto con nosotros.

—Se lo advertí... ¡Le dije que eran un panda de hijos de puta!

—Mantén la cabeza fría; es la mejor forma de ayudarla.

—¿Lo sabe Blanco?

—No, ahora iba a informarlo.

—Yo lo haré; pon en aviso a los chicos y que busquen en todos los putos contenedores de basura. Tenemos que encontrarlo, Velasco.

El suboficial se marchó y lo dejó solo, dándole vueltas y más vueltas a la cabeza. No saber qué ocurría dentro de la gran casa lo estaba matando, era incapaz de pensar en otra cosa... Sólo podía visionar escenas de ella con el rostro sin piel, con su cuerpo desnudo boca arriba y su cuello degollado...

Caminaba nervioso de un lado a otro, con el cigarrillo en la boca sin encender.

Nacho entró como alma que llevara el diablo en el despacho de su jefe y le contó todo lo que Velasco le había dicho.

—¿Estás bien?

—¡No! ¡Maldita sea, no! Está dentro.

—Parece que te preocupa de verdad. ¿Corre peligro?

—Blanco, está dentro de una casa llena de hombres sin escrúpulos; los conozco bien, Roberto. —Su voz se tornó suave, como si se confesara—: Estuve a punto de caer, lo sé, por eso me alejé del caso.

Ellos te tientan, te convencen de que su mundo es el mejor. Te hacen bailar en el filo de la navaja sin dejar que te cortes, saborear el riesgo; se aprovechan de tus debilidades, de tus rencores, de tu miedo, de tu culpabilidad...

—Me alegra que lo hayas dicho, Ferrer. Ahora no me cabe duda de que no eres el topo.

—¿Pensaste que lo era?

—Barajamos esa posibilidad.

—Tenemos que sacarla, Blanco.

—¿Todavía hay luchas clandestinas? ¿Sigues peleando?

—Nunca lo he dejado, me ayuda a estar en forma.

—Ahí tienes la respuesta que buscas.

—Pero... ¿no sospechará Dragos?

—Tú lo conoces, ¿qué crees que puede pensar?

—Que me hace falta de nuevo la pasta.

—¿Por qué lo dejaste?

—Porque... me impliqué demasiado y temí perderme.

—¿Estás preparado para volver?

—No lo sé; necesito pensarlo.

—No tenemos mucho tiempo, decide: o ayudas a los demás a encontrar a Benji y rezas para que siga con vida y pueda ayudarnos con la investigación para sacarla de allí... o traes de vuelta a Khaos.

Capítulo 21

Sólo un juguete

Todos seguían buscando a Benji, que seguramente tendría información importante si es que daban con él antes de que fuese demasiado tarde; en realidad, lo más lógico era pensar que estaba muerto, pero Ferrer tenía la pequeña esperanza de que siguiera con vida.

Tenía claro cómo actuar, no le sucedería como con Elena. A ella la perdió sin poder hacer nada; con Trudy no iba a ocurrirle lo mismo. No podía concentrarse en pillar a esa panda de cabrones si sólo pensaba en su bienestar; fuera lo que fuese lo que pasara entre ellos, estaba claro que él necesitaba saber que estaba bien. Tenía que... tenía que volver a ser Khaos. Blanco tenía razón, era la mejor opción en esos momentos.

Había decidido dejarlo cuando creyó que estaba demasiado implicado en el juego. Pero ahora debía volver por ella, para protegerla, aunque su secreto se desvelase... Ella sabía su verdadera identidad, pero los demás no sospechaban quién era en realidad. Había estado jugando en el filo de lo ilegal, pero nunca se había cortado. Ahora, quizá, era el momento.

No lo pensó más; se colocó la chaqueta de cuero negra que siempre llevaba y salió de su despacho en busca de su moto. Esa noche hablaría con Dragos, esa noche pelearía por ella.

—¿A dónde va? —le preguntó Velasco a Blanco, al verlo salir como una exhalación.

—A por ella. Informad de que tenemos dos agentes infiltrados, de incógnito.

Trudy se despertó por el continuo pero suave aporreo en la puerta y, confusa, abrió para descubrir a una doncella con una bandeja llena de comida.

—Cezar me ha pedido que le traiga la comida a su habitación; ha dicho que estaría muy cansada después de la larga noche.

—Sí, gracias; la verdad es que estoy hambrienta.

—También ha dejado esto —dijo entregándole una bolsa.

—¿Qué es?

—No lo sé, señora; sólo me ha dicho que quiere que lo lleve esta noche.

—Gracias...

—... doncella está bien.

—Gracias, doncella —contestó.

La joven se fue y ella, de nuevo, cerró la puerta con llave. ¿Qué sería lo de la bolsa? Se moría de

intriga, pero más todavía de hambre, así que abrió la tapa colocada sobre la bandeja y atacó toda la comida que habían preparado... pasta, carne, algo de pescado y unos postres en unos recipientes, que parecían tarta de chocolate y tarta de manzana.

Sonrió pensando en cuánto habría disfrutado de la comida con Ferrer; era curioso, porque apenas pensaba en Marcos. Marcos... ¿de dónde habría sacado esa información Ferrer? ¿De Marcos? ¡¡No habría sido capaz!! Y, si era así, ¿Marcos le habría contado la verdad o una mentira?

Frustrada y a la vez cabreada, no dejó de pasear de un lado a otro de la estancia, jurando y perjurando que iba a matar a Ferrer en cuanto tuviese la oportunidad.

Dragos estaba furioso; su hija había tenido la desfachatez de presentarse en su casa, después de dos años sin saber nada de ella, para pedirle ayuda. Pretendía que retirase de las peleas al maldito Benji... ese al que sus hombres habían dejado muerto en un contenedor unas horas atrás. Le cabreaba que se hubiese fijado en un pordiosero enganchado a cualquier cosa menos a la vida. Se anudaba la corbata cuando alguien llamó a su puerta.

—Tú quédate en silencio.

Elisa asintió, con el rostro bañado en lágrimas; no había podido dejar de llorar. La había golpeado como nunca antes, con una furia que sólo utilizaba con sus enemigos... o con los que lo engañaban y... ¿ahora?

Estaba muy asustada, no dejaba de sangrar y se temía lo peor. Tantas esperanzas puestas que se esfumaban... La puerta se cerró y Dragos la dejó sola. Triste y cansada de la vida que llevaba, se asomó a la ventana. Se sentó en el poyete y miró la tarde, que comenzaba a llegar, por lo que el sol perdía fuerza, restando brillo a todo, igual que le sucedía a ella.

Trudy se asomó a su ventana y dejó que el aire fresco entrase en la habitación; no podía salir, pero al menos podía ver y respirar el aire.

—Ya se va el sol y lo deja todo apagado.

—¿Elisa?

—Sí, soy yo... o lo que queda de mí —dijo asomándose a la ventana.

Al verla, se llevó una mano a la boca, horrorizada. ¿La había vuelto a pegar? ¡La había pegado de nuevo! Su rostro estaba inflamado y amoratado. El labio, partido, todavía sangraba.

—Pero ¿qué coño...?

—Es el precio que hay que pagar.

—¡Una mierda! —exclamó sin poder evitarlo.

—No grites. ¿Puedes venir?

—Me ha encerrado.

—Lo imaginaba.

—Espera, voy a intentar...

Antes de que Elisa pudiese decir algo, Trudy estaba a mitad de camino de su habitación. Salió por la ventana y se apoyó en cualquier sitio que le ofreció un agarre hasta estar encaramada en la ventana de Elisa.

—¿Qué haces? ¡Podías haberte matado!

—No importa, estás herida.

—Tú no eres una prostituta.

—Oh, sí que lo soy. Y también una huérfana que ha vivido encerrada en demasiadas casas de acogida

—«Buen argumento y creíble, Trudy»—. ¿Estás bien?

—No lo sé, me encuentro mareada.

—¡¿Estás sangrando?!

—Sí, creo que esta vez me ha partido el labio.

—No, tus piernas —dijo temblando.

—¡Oh, no! —gritó de repente, llevándose las manos al vientre.

—¿Estabas...?

—¡¡Oh, Dios!! —volvió a gritar, llorando.

—Tenemos que llevarte a un hospital.

—No, no es necesario, llamaré a mi médico.

—Pero...

—No, no puedo salir de aquí.

—Elisa, sí, podemos salir... Si me ayudas, podemos salir ambas.

—No puedo.

—Acaba de quitarte la oportunidad de tener tu propia familia, ¿crees que se merece tanta lealtad?

Las lágrimas de Elisa y su cabeza gacha le dijeron más de lo que necesitaba; había visto muchas mujeres en esa situación, sin escapatoria, creyendo que no había salida para ellas.

—Elisa, puedo sacarte si me lo pides, puedo ayudarte a conseguir otra vida diferente, mejor.

—No eres una puta; las conozco. Una vulgar fulana hubiese ido a por Dragos, a por el Dragón que es capaz de darles todo lo que desean; estás aquí por otra cosa.

—No sé de qué hablas; tan sólo soy una mujer como tú que ha pasado por mucho y creo que debemos ayudarnos.

—¿Ves? Cualquier otra ramera habría aprovechado para colarse esta noche en la cama de mi marido.

—Avisa al médico, sigues sangrando.

—Sí, voy a llamarlo.

—Regreso a mi habitación, no quiero que Cezar...

—No regresarán hasta muy tarde. Tienen negocios urgentes. Parece que descubrieron que uno de los luchadores era un infiltrado por la policía.

—¿Un infiltrado?

—Sí, de la Guardia Civil o de algún otro cuerpo...

—¿De verdad?

—Sí, de verdad, Tres. Anoche lo borraron del mapa; ahora van a asegurarse de que ha salido bien y de que no hay pistas que los guíen hasta aquí. Ellos no se la juegan y pelean duro. Dragos no quiere perder nada de lo que ha conseguido.

—Pobre chico.

—Sí, cuídate. Ten cuidado.

—No tengo nada que ver en eso. Sólo soy un juguete, nada más.

—Pareces mucho más que eso.

—El médico.

—Sí, ahora lo llamo.

En cuanto Trudy se hubo asegurado de que Elisa hablaba con el doctor, abrió la ventana y se dispuso a hacer el mismo camino, pero de regreso, hasta su habitación; en realidad le vendrían bien unas horas más de descanso y un largo baño.

Cuando sacaba las piernas por la ventana, Elisa la llamó.

—Tres, van a tardar y, en cuanto llegue el médico, se va a armar un buen revuelo. Si alguien falta, nadie se dará cuenta.

—No voy a escapar y dejarte atrás.

—Yo ya no tengo opción, pero, para ti, no es tarde. Huye.

—¿Vendrías conmigo?

—No, mi sitio está junto a Dragos.

Trudy cabeceó, triste, y regresó con cuidado a su cuarto. Calculó el tiempo de llegada del doctor y se le ocurrió que tenía otra oportunidad para escapar unos minutos y ver a Nacho. Cuando el facultativo se presentó, se formó el revuelo que Elisa había previsto y aprovechó para salir de la casa sin ser advertida. Corrió todo lo aprisa que pudo y, al llegar al sitio de encuentro, se llevó las manos a la cabeza, no estaba. Las lágrimas se acumularon en sus ojos y comenzó a llorar de vuelta a la gran casa de la que no debería haber salido.

¿La había dejado en la estacada? ¿O estaban buscando a Benji?

—¿Qué quieres, Khaos?

Nacho miraba atentamente a Dragos. Parecía molesto por algo; podía ver, incluso desde esa distancia, sus puños enrojecidos; había golpeado a alguien. ¿A Benji, o habría otra víctima?

—Volver.

—¿Por qué iba a darte otra oportunidad?

—Porque doy dinero.

—Sí, en eso tienes razón; los combates no son lo mismo sin ti. ¿Por qué te fuiste?

—Perseguí a una mujer.

—Ah, siempre son las culpables.

—Sí, me cegué, pero ya no es un problema. Estoy a tope.

Dragos lo miraba y Ferrer debía interpretar el papel de su vida si quería que le abriese de nuevo las puertas de su casa, de esa de la que había desaparecido sin previo aviso.

—Vamos, Dragos, necesito pasta. Me ha dejado tirado y sin blanca...

—Está bien, siempre me has sido leal. Lucharás en la siguiente pelea.

—Gracias —dijo aliviado. Estaba dentro.

—No me las des, dame pasta.

—Si gano, quiero un buen premio.

—Entonces tendrás que tener buenos rivales.

—Estoy en forma.

—Yo también.

Tras la escueta charla con Dragos, Nacho se largó sin más. Lo conocía lo suficiente como para saber cuándo retirarse. En la mansión había notado un pequeño revuelo y tuvo que aguantar las ganas de salir corriendo por toda la casa en busca de Trudy; tendría que confiar en que seguía, al menos, viva.

Esa noche fue aburrida. Cezar no regresó hasta entrada la madrugada y ella siguió fingiendo que estaba dormida, a pesar de que estaba despierta.

La mañana la sorprendió, de nuevo, sola. Ese hombre apenas dormía, ni comía, ni nada... En todo ese tiempo, sólo había mantenido una relación con él y la verdad era que lo agradecía, aún se notaban las marcas en su cuello.

Después del desayuno y tras la sorpresa de ver que la puerta no estaba cerrada con llave, no sabía si porque Cezar lo había olvidado o bien le había levantado el castigo, fue a la habitación de Elisa para saber qué tal estaba y qué le había dicho el médico.

—Elisa, soy yo —la llamó a través de la puerta.

Cuando se abrió, se encontró con una mujer triste, con ojeras y pálida. Pero ¿cómo no estarlo?

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó antes de que ella dijese nada.

—Mal. Estaba embarazada y lo he perdido. He perdido mi última oportunidad de ser madre.

—No digas eso. Seguro que cuando pase un tiempo...

—No, ya no va a haber más intentos. Estoy agotada. Emocionalmente. No puedo más.

—Lo siento tanto —murmuró, y era verdad; sentía ver a una mujer hermosa e inteligente sufrir tanto por un hombre que no se lo merecía.

—¿Y tu ropa para esta noche?

—La camarera que me ha traído la comida me ha dado una bolsa con la ropa que debo ponerme esta noche —aclaró

—A mí no me importaría que estuvieses desnuda todo el día bajo esa camiseta que llevas a modo de pijama. —La voz de Dragos interrumpió la conversación.

Trudy giró la cara instintivamente hacia Elisa y la vio, triste, agachar la mirada y aislarse de lo que ella suponía iba a suceder a continuación.

—Será mejor que vaya a cambiarme a mi habitación. Cezar me ha pedido que no saliera.

—¿Te gusta, Tres?

—¿El qué?

—Cezar.

—Sí, es un hombre atractivo y me trata bien —mintió, llevándose una mano al cuello.

—Es curioso, no dejo de preguntarme —dijo mientras se acercaba a ella despacio— qué tendrás para haberlo embrujado.

—¿Embrujado? —exclamó sorprendida.

A su espalda pudo notar el calor de Dragos, cómo emanaba desde su pecho y envolvía su menudo cuerpo. Trató de darse la vuelta, pero Dragos, con sus manos firmes colocadas en la puerta del armario, se lo impidió. La tenía acorralada y notó cómo acercaba su rostro a su cuerpo y empezaba a oler su cuello y a regalarle roces con los labios.

Tembló, y no de deseo, sino de impotencia; su mujer acababa de perder a su bebé y, delante de ella,

intentaba seducirla.

—Lo siento, tengo que irme. Siento las molestias.

—No vas a irte a ningún lado, no, al menos, hasta que acabe contigo.

Trudy, sin pensarlo, se dio la vuelta y le aguantó la mirada a Dragos, quien, sorprendido, bajo un instante la guardia.

—Creo que no es el momento adecuado, Dragos —ordenó con voz firme Elisa.

—Ya veo qué es... es tu fuerza, no tienes miedo...

—¿A qué podría tenerlo?

—¿A morir?

—¿Quién teme la muerte cuando ya está muerto en vida?

—Tienes razón, pero podemos disfrutar mientras, ¿no?

—Dragos —se oyó de repente la voz de su esposa, seria, mirándolo con dolor en los ojos—, creo que no es el momento adecuado.

—Te has vuelto una aguafiestas.

—Puede ser, pero quiero estar tranquila en mi habitación llorando mi pérdida sin que mi marido esté intentando follarse a la mujer de su mejor amigo delante de mis narices.

—Me voy —dijo Trudy sin más—; luego paso a ver cómo estás.

Nadie dijo nada más, y Trudy, aliviada, se apoyó en la pared de su dormitorio y echó la llave para sentirse del todo segura. Después de comprobar que no había nadie, cogió el micro de donde lo había escondido y habló, esperando que alguien la escuchase.

—Soy la teniente Arias, ¿Ferrer estás ahí?

—Sí, estoy aquí, Trudy.

—Ferrer... —repitió reconfortada. No tenía ni idea de cuánto necesitaba escuchar su voz hasta que la había oído. Cerró los ojos para saborear ese instante; lo extrañaba y su estómago se movió al compás de su voz.

—¿Estás bien, preciosa?

—Sí, sí... Dragos le ha dado otra paliza a su mujer y ésta ha perdido el hijo que esperaba; creo que ahora podré tirar de ella para conseguir la información.

—Está bien, no te preocupes de nada que no sea de mantenerte a salvo. Tengo que dejarte.

—Vale, adiós.

Trudy metió de nuevo el micro en su escondite y cerró los ojos. ¿Sería posible encontrar la manera de poner a ese cabrón entre rejas y salir de ese infierno en el que se había metido por voluntad propia? Tenía que corroborar que el portátil estaba en su dormitorio, aunque no se le ocurría un lugar más seguro que ése. Tenía que convencer, fuera como fuese, a Elisa de que la ayudara.

Capítulo 22

Un regalo irresistible

Dragos se paseaba furioso por la casa, nada salía como pretendía. Estaba rodeado de ineptos incapaces de dar un solo paso por iniciativa propia. Ni siquiera su querido Cezar era capaz de cumplir una orden sencilla, que consistía en quitar de en medio a su querida esposa, esa sucia puta que lo había amenazado con irse de la lengua si no le permitía dejar toda esa mierda. ¡Como si ella pudiese elegir qué hacer con su vida! No era tan difícil de comprender... Él era el dueño de todos ellos y podía hacer y deshacer, decidir quién vivía y quién merecía morir... Era el dios de los que lo rodeaban y algún día sería el único al que deberían rendir cuentas en ese pequeño pueblo.

Para colmo, había tenido que aguantar a su hija exigiéndole que liberara a Benji, a ese desgraciado que había resultado ser, según su contacto en el cuerpo, un bombero infiltrado por la poli.. Al final sólo podían acabar de dos formas: o se unían a él o terminaban en un sucio contenedor. Le había jurado y perjurado a su hija que lo buscaría y lo liberaría de la deuda y de las peleas, y ahora tenía que decirle que se había esfumado y que no sabía dónde estaba. Mentira, por supuesto... Él mismo lo había puesto ahí, en el puto contenedor de basura, en el sitio en el que se merecía estar por tratar de engañarlo.

Tereza se había molestado y a él le había molestado a su vez que, después de fingir que había hecho todo lo posible por encontrarlo, ella no hubiese sido capaz ni siquiera de darle las gracias. Ahora, seguramente, se volvería a largar a otro lugar y la búsqueda comenzaría otra vez... ¡Le aburría tanto todo aquello! Aunque no le quedaba más remedio, pues era la única familia de sangre que le quedaba.

—¿Querías verme, jefe?

—Sí, Cezar; te he mandado llamar porque quiero hablar contigo de algo importante.

—¿Qué sucede, señor?

—Ella.

—¿Ella?

—Sí, ella.

—¿Tres?

—Ajá. La quiero.

—Es mía. Dejaste que me la quedara.

—Por eso voy a ser justo y va a ser el premio de la gran pelea. El vencedor se la llevará como trofeo.

—No puedes hablar en serio, Dragos.

—Sí, me gusta, tiene algo que...

—Pero... nunca te he pedido nada...

—No te hacía falta, te lo he dado todo. Te he criado como a un hijo. ¿Acaso no es suficiente pago por tus servicios?

—Sí, señor. Tienes razón —masculló a regañadientes. No estaba de acuerdo, pero no era el momento de iniciar una discusión.

—Entonces, vístela de forma adecuada, que parezca un regalo irresistible.

—Está bien, señor... ¿al menos podré competir?

—Por supuesto. Ya puedes irte y... Cezar... —lo llamó cuando salía.

—¿Sí?

—Suerte.

—Gracias —contestó antes de salir, realmente enfadado.

¡No podía creerlo! ¡Era suya, maldita sea! ¡Se la había dado! Y ahora se la quería arrebatar, cuando apenas había disfrutado de ella. Necesitaba aplacar la furia que sentía y en un primer momento quiso ir a por ella y follársela sin compasión, hasta dejarla inservible para el siguiente, pero después creyó que era mejor ir al Aura. Sí, iría al Aura y elegiría a la más patética que encontrase y, cuando la comprara, se la llevaría a su cuarto de juegos y se desquitaría.

Trudy necesitaba saber cómo estaba Elisa, así que se dirigió a su habitación en cuanto vio a los hombres dejar la casa; primero había sido Cezar, que parecía malhumorado, y después Dragos. No le importaba a dónde iban, sólo que ninguno de los dos estaba en la mansión.

—Elisa —susurró después de llamar a la puerta—, soy yo, Tres.

—Pasa, está abierto —dijo en voz baja.

Al entrar, Trudy se sintió mal. Elisa parecía más triste y pequeña que nunca, como si de repente se hubiese encogido y hubiera vuelto a ser la niña de antaño.

—¿Cómo estás?

—No muy bien, pero se me pasará; siempre sucede.

—Elisa —murmuró agarrando sus manos entre las suyas—, no tienes por qué aguantar esto. ¿Te has mirado al espejo? Te ha dejado...

—Lo sé, pero... ¿a dónde puedo ir? No tengo a nadie más...

—¡A cualquier parte! Lejos de él...

—No soy tan valiente.

—Vale... y si te dijese que tenemos una oportunidad de salir de aquí, las dos, y librarnos de ellos para siempre.

—No te creería.

—Pero... ¿y si eso fuese posible?

—¿Cómo?

—Sólo necesito algo y se lo daría a una persona; luego él nos protegería.

—No sé...

Trudy vio la duda. Ella deseaba irse, liberarse, y a la vez sentía miedo; los cambios siempre daban miedo. Deseaba que se fuera; con unos minutos tendría de sobra, al menos para localizar el portátil,

aunque no tenía ningún *pendrive* para grabar la información.

—Esta noche —comenzó a explicar— va a haber una gran pelea, una diferente.

—¿Ah, sí?

—¿No te han dicho nada?

—No. No he visto a Cezar en todo el día.

—Van a pelear por ti.

—¿Por mí?

—Sí, Dragos te quiere; desea que ocupes mi sitio.

—Yo no lo quiero.

—Lo sé, pero da igual lo que tú desees.

—Elisa, ayúdame; líbrate de él.

—Sí, lo haré. ¿Qué necesitas?

—Su ordenador y un *pendrive*.

—Está todo en el primer cajón de su escritorio.

—Tiene clave.

—No, no la necesita. ¿Quién iba a atreverse?

—Yo. —Trudy sonrió.

—Eres una de ellos, ¿verdad?

—No, aunque voy a ponerte a salvo. Sal de la habitación, dame unos minutos. Nadie sabrá nada, ni siquiera tú.

—Voy a bajar a la cocina, cinco minutos; al volver no quiero verte aquí.

—Tendré tiempo de sobra.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, Trudy corrió al escritorio y, como le había dicho Elisa, todo estaba en el primer cajón. Cogió uno de los *pendrive* que había y encendió el portátil; de nuevo Elisa había dicho la verdad, Dragos era tan soberbio que no tenía claves de seguridad ni ninguna otra medida, incluso las carpetas estaban clasificadas con toda claridad. Grabó en el *pen* lo que le pareció de importancia y se marchó a toda prisa, dejándolo todo en su sitio.

Ahora quedaba la parte más complicada. Corrió a su dormitorio y avisó por el micro de que tenía la información. Vallejo estaba al otro lado y le pidió que saliera de la mansión con el *pendrive*, que del resto se encargarían ellos.

En el momento en el que se decidía a salir, llamaron a la puerta.

—¿Doncella? —preguntó sorprendida.

—Señora, el señor Cezar quiere que se ponga el vestido que le entregué esta mañana; dice que ha de estar lista en una hora.

—Gracias —murmuró asombrada.

Acababan de chafarle todos los planes; acababa de esfumarse su oportunidad de salir de la casa, y eso la molestaba. Frustrada, se duchó y se puso el vestido; era precioso: negro y largo hasta el suelo, con una abertura para facilitarle el paso que dejaba ver algo de sus muslos. Los tirantes, de pedrería plateada, se cruzaban en la espalda dejándola expuesta; era espectacular.

Triste porque había perdido, quizá, su única opción de salvar a Elisa y a ella misma, se dirigió a la habitación de su amiga para que la ayudase con el pelo.

—¡Estás impresionante! —exclamó al verla.

—La verdad es que el vestido es muy bonito.

—Se van a matar por ti; serás un premio por el que todos querrán pujar.

—Sí, qué bien...

—¿Qué pasa? No conseguiste...

—Sí, pero ahora no puedo llevarlo hasta la persona que puede ayudarnos.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo salir de la casa.

—Ya veo... Vale, ven que te arregle; te voy a recoger el pelo para que se vea la espalda tan bonita que tienes y luego te maquillaré.

—Elisa, gracias.

—De nada; eres lo más parecido a una amiga que he tenido nunca.

—También tú para mí.

—Escucha... yo se lo llevaré; sólo dime dónde.

—No quiero que te arriesgues.

—Tranquila, tengo a alguien en quien confío. Pero tiene que quedar libre también de toda esta mierda.

—No te preocupes, quedará.

Cuando hubo terminado, se dirigieron abajo y Trudy perdió de vista a Elisa unos minutos. Cezar la esperaba y, al verla, le sonrió complacido. La teniente no pudo evitar devolverle la sonrisa; estaba muy atractivo vestido con el traje oscuro y la camisa azul que resaltaba más sus ojos.

—Estás preciosa.

—Gracias por el vestido.

—Recuerda que eres mía.

—Sí, lo sé —contestó sonriendo.

Cezar la acompañó hasta el salón, donde una gran mesa estaba dispuesta para los comensales. Todavía no había llegado nadie, eran los primeros, y Trudy no podía dejar de mirar la puerta, nerviosa; había confiado su única oportunidad de salir con vida de allí a Elisa y al extraño que podía ayudarlas, pero no podía olvidar quiénes eran y temía que ese *pen* nunca llegara hasta Vallejo o, peor, quizá enviaban a alguien para acabar con él; debería haberlo tenido en cuenta antes... en ese instante la suerte ya estaba echada.

—Estás tan... apetecible —susurró Cezar mientras besaba su cuello despacio.

—Gra-gra... cias —tartamudeó.

No quería, pero era inevitable sentir lo que sentía. Cezar, si dejaba a un lado el hecho de que probablemente era un desquiciado asesino de prostitutas, era muy apuesto y no podía evitar sentir lo que le hacía sentir.

La boca de él se deslizó y besó su clavícula, su barbilla, su mejilla... hasta que se apoderó de su boca con brusquedad, como todo lo que hacía el Ángel. Trudy se ahogó en su jadeo y Cezar abrió sus piernas para colarse dentro y estar más cerca de ella. Podía notar el miembro masculino empujar contra ella entre jadeos y gemidos guturales. Trudy sabía que Cezar sentía una debilidad especial por ella, aunque desconocía el motivo.

Sus manos comenzaron a recorrerla sin reparos y la auparon hasta sentarla en el borde de la mesa;

algunas copas cayeron contra otras, creando, por un momento, música.

—Te deseo tanto...

—Y no eres el único —lo interrumpió la voz de Dragos—, pero, hasta que no esté claro a quién pertenece, mejor déjala en paz.

Cezar la bajó y la sentó a su lado. De repente el salón se llenó de invitados, que iban sentándose a una mesa ya no tan vacía. Cezar no dejó ni por un instante sola a Trudy, que podía ver que estaba furioso por la forma en la que apretaba la mandíbula.

Elisa buscó a su hombre de confianza; siempre la había ayudado en todo. Desde que llegó a esa casa, era la persona que se encargaba de su seguridad y sabía cuáles eran sus sentimientos hacia ella. Quizá, ahora, era el momento de vivir de otra manera, una que no incluyese a Dragos en ella.

—Vóris, te estaba buscando —susurró cuando lo localizó entre las mesas de juego—. Necesito hablar contigo.

—Ven, acompáñame —dijo mientras la guiaba como si nada a su despacho, la sala donde se hallaban todas las cámaras de vigilancia de los sótanos. La casa estaba libre de ellas, pero, los bajos de la misma, no—. ¿Qué pasa? ¿Ha vuelto a pegarte ese animal? —rugió nada más cerrar la puerta.

—Sí, he perdido a nuestro hijo.

—No, no...

—Lo siento. Lo siento tanto...

—No es culpa tuya, es de esa alimaña... Debí haberte sacado de aquí hace ya tanto tiempo... No tuve que dejarte seguir aquí, no creo que lo ames como dices...

—No, no es amor, es temor. Tienes razón y, ahora, tengo la oportunidad de irme y llevarte conmigo, ponernos a salvo.

—¿En serio, Elisa? ¿Son ciertas tus palabras? Sabes que haría cualquier cosa por ti, siempre ha sido así; lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Por eso acudo a ti, a por ayuda. ¿Lo harás?

—Haré cualquier cosa que me pidas.

—Será peligroso.

—Cualquier cosa.

—Está bien. Tienes que salir de la casa y buscar un coche por los alrededores. Allí habrá un hombre, su nombre es Vallejo; dale esto.

—Lo haré.

—¿Estás seguro?

—Tanto como de lo que siento por ti —murmuró y, sin más, la atrajo y la besó con el amor que le profesaba desde hacía tanto tiempo.

Elisa dejó que ese hombre que siempre la había ayudado la poseyera y su beso fue tan diferente que se rindió al deseo que despertó en ella. Sus brazos se anudaron a su cuello y dejó que el beso se alargara.

Cuando éste terminó, se alejó. Debía ir a representar su papel hasta que esa joven cumpliera con su palabra y los pusiera a salvo y lejos de la bestia con la que había compartido tantos años.

Elisa llegó a la mesa disculpándose por su tardanza y Dragos no le hizo ni caso. Trudy pudo ver la

tristeza en su mirada y pensó que, con suerte, iba a poner remedio a eso en breve; en cuanto los chicos tuviesen las pruebas necesarias y la orden del juez, todos iban a dar con sus malditos huesos en la puta cárcel.

Miró a Elisa, ésta asintió con un gesto disimulado de cabeza y Trudy respiró aliviada; al parecer, sí que había cumplido con su parte del trato.

—¿Eres Vallejo?

Alberto se sorprendió al ver a un hombre extraño preguntando tan directamente por él; esperaba a Trudy y, al verlo, se temió lo peor. Estaba claro que era uno de los matones de Dragos, así que echó mano a su *hierro*, sólo por si acaso, y asintió.

—Sí, ¿quién eres?

—Calma, amigo.

—No soy tu amigo.

—Cuando te dé lo que tengo para ti, lo seremos. —Sonrió.

—¿Qué tienes?

—Es un regalo de Elisa, la mujer de Dragos.

—¿Trudy está bien?

—De momento.

—¿De momento? ¿Qué coño significa eso?

—Esta noche pelean a muerte, el premio es ella.

Vallejo pensó enseguida en Ferrer; se iba a meter en una pelea a muerte por ella... ¿Lo sabría o sería otra sucia estrategia de Dragos? Habían encontrado al pobre Benji más muerto que vivo y, ahora, ¿esto?

—¿Tengo que creerte? ¿Cómo sé que no es una trampa?

—No puedes, pero no tienes otra opción, ¿cierto?

Vallejo lo miró con detenimiento; no podía saber cuánta verdad o mentira había en sus palabras, pero parecía, a pesar de ser uno de los matones de Dragos, que era sincero.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué nos ayudas?

—Es asunto mío. Sólo te diré que mi odio por Dragos es comparable al vuestro.

—Entiendo. Gracias.

Sin más palabras, se marchó. Necesitaba darse prisa y entregar la información a Blanco para que todo se activase y, de una maldita vez, desarticular la banda.

Capítulo 23

Por amor

Vallejo llegó sin aliento al cuartel. En días como ése, agradecía ser guardia civil; si no, hubiese acabado en la cárcel a causa de la gran cantidad de infracciones de tráfico que acababa de cometer para llegar lo más deprisa posible. Al llegar al despacho de Blanco, sin aliento por la larga carrera, sólo pudo darle el *pen* y, hasta que no se hubo recuperado, no pudo decir nada, aunque Roberto imaginaba lo que era y enseguida llamó al experto informático, que se puso con ello.

—¿Y Trudy?

—Sigue dentro.

—¿La has dejado volver?

—No me lo ha dado ella; vino un hombre de parte de la mujer de Dragos.

—Pero ¿qué coño...?

—Eso mismo pensé yo, pero, al parecer, la mujer de Dragos la está ayudando.

—¿Y por qué no ha salido?

—No ha podido; según me ha dicho el tipo, Trudy se ha convertido en el premio gordo de la pelea de esta noche.

—Mierda, Ferrer...

—Habrá que darse prisa; tenemos que llegar antes de que sea demasiado tarde.

—Sí. Llama al juez y dile que tenga lista una orden para firmarla en cuanto tengamos lo suficiente.

—Sí, ahora mismo. Blanco, ¿qué se sabe de Benji?

—Sigue, dentro de la gravedad, estable.

—Vamos a acabar con esos cabrones de una vez por todas.

—No te quepa la menor duda.

—Es un hijo de puta confiado. ¿Cómo es posible que guarde un registro tan detallado? ¡Hasta fotos y nombres reales de sus víctimas!

—La verdad es que es toda una sorpresa; estamos cotejando los nombres con el banco de datos de desaparecidos y ya hemos hallado una coincidencia.

—¿Quién?

—Se trata de Soledad.

—¿Soledad es la joven que tantos años lleva buscando el teniente José Cobos?

—Esa misma.

—Ponte en contacto de inmediato con el cuartel al que pertenece y háblale de toda la información que tenemos, que se persone aquí cuanto antes.

—Blanco, crees que después de tanto tiempo...

—No lo sé, pero al menos acabará con su búsqueda de una vez; sea cual sea el final, necesita descansar.

—Está bien. Voy a llamar y ponerlo al día. Hay más, Blanco.

—¿Más?

—La doctora Sémper está en el ajo.

—Te diría que me sorprende, pero Trudy ya nos lo advirtió.

—¿La pongo bajo arresto?

—No, espera a que estén de vuelta. Creo que a Arias le gustará encargarse de ese asunto personalmente. —Sonrió—. ¿Está todo el equipo táctico preparado?

—Sí, señor.

—Vamos a crear el Khaos.

—Dragos no pensó bien eso de meterse con Ferrer. —Rio.

—No, no lo pensó lo suficiente. No sabe todo lo que se puede hacer por amor.

Esa noche el ambiente era diferente, incluso parecía que el hedor era menor. La gente se amontonaba como ninguna velada anterior ante la expectación. Se murmuraba que había regresado, después de mucho tiempo, el mejor luchador de todos y las apuestas estaban por las nubes.

Elisa se sentó cerca de ella, pero no al lado; estaban separadas por algunos de los hombres de Dragos. Parecía más tranquila y le agradó verla sonreír después de lo que había sucedido. De repente las luces perdieron intensidad y el árbitro apareció sobre el ring, acallando los murmullos de los presentes. Sobre una plataforma elevada, Dragos miraba sonriente al público y a ella no la perdía de vista. La quería para él.

—¡Buenas noches! ¡Bienvenidos a la batalla final! Esta noche, en el rincón rojo, con noventa kilos de peso y un metro noventa y dos de puro músculo... ¡Khaossss, nuestro campeón invicto!

Los aplausos lo ensordecieron todo. La gente estaba eufórica, frenética; gritaba, silbaba y jaleaba al luchador.

Trudy lo miró y no apartó la vista, incrédula, hasta que los ojos de Ferrer se cruzaron con los suyos; un instante de reconocimiento, de preocupación mutua. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no levantarse y meterse dentro del ring a darle una bofetada a ese cabeza de chorlito.

—La pelea de esta noche va a ser espectacular —gritó Elisa para hacerse oír por encima del griterío—. Khaos es fantástico peleando.

—¿Es asiduo?

—Ha estado desaparecido, asuntos de faldas, pero es el campeón invicto. No ha besado la lona ni una sola vez.

La sorpresa, al escuchar que era un asiduo a las peleas, la dejó clavada en el sitio. No podía creer lo que oía. ¿Así se había metido dentro de la organización? ¿Peleando sin reglas? Desde luego tenía que ser

su tapadera, porque todos celebraron el gran regreso de Khaos, de ahí el nombre de la operación.

Fuera como fuese, la estaba poniendo en peligro. Ahora que todo estaba a punto de terminar, esperaba que de un momento a otro el equipo al completo llegase y los pusiera a todos bajo arresto. Cerró los ojos y sólo los abrió cuando el árbitro presentó al oponente.

—En el rincón azul, con ochenta y ocho kilos de peso y un metro noventa de estatura... ¡El Santoooooooooooo!

Trudy se agarró fuerte al asiento, no podía creerlo, iban a pelear... Trató de aparentar normalidad y simular que se estaba divirtiendo como el resto de los espectadores. Si dejaba de lado que tenía unas ganas locas de matarlo, tenía que admitir que verlo en el ring era un espectáculo; rápido y ágil, golpeaba con maestría. Su oponente no tuvo nada que hacer contra él. Era una máquina perfectamente engrasada. Era el caos que acababa con todo. Desde luego su nombre era acertado. El combate estaba decidido antes incluso de empezar. Khaos no tuvo piedad y tumbó a la bestia en dos asaltos, sin apenas sudar.

Todos los espectadores se levantaron gritando el nombre de Khaos, y él, en mitad del ring, se vanaglorió en su esplendor, disfrutando de su victoria.

Debía reconocer que era atractivo hasta lo imposible y que su corazón se aceleraba sólo con verlo.

—No te hagas ilusiones, no va a ganarte —masculló Cezar a su lado, molesto.

—No quiero que me gane, sólo es que me ha impresionado su forma de pelear.

—Es bueno, pero yo más.

—¿Es que tú también vas a pelear?

—Voy a ganar, Dragos no me ha dejado alternativa.

—Pero... ¿por qué?

—Porque el premio eres tú y yo te necesito.

—Cezar...

—Eres la única que me hace sentir humano y olvidarme del monstruo que soy.

Antes de que pudiera replicar nada, éste se había marchado. Sabía que era un monstruo, pero ¿querría serlo o, si hubiese tenido otra infancia, habría sido un hombre a quien poder amar?

—El ganador del primer combate de la noche es Khaaaaaaaaaaaaaaos —vociferó el que hacía las funciones de árbitro.

Como estaba sola, Trudy aprovechó el gentío y la euforia para levantarse e ir en busca de Khaos o, lo que era lo mismo, Ferrer.

—¿Me buscabas? —preguntó éste al toparse con ella.

—¿Estás loco? Ven, quítate de ahí; busquemos otro sitio donde hablar.

Se ocultaron en uno de los pasillos que daba a diferentes áreas dentro de ese sótano apestoso; ése en concreto parecía dar a alguna salida a una calle mal iluminada.

Trudy quería gritarle, patearlo y besarlo, todo a la vez. Verlo con el sudor aún en su cuerpo por el esfuerzo de la pelea, con el torso que había besado y acariciado desnudo, frente a ella, mirándola como si fuera la primera vez que la veía, la dejó sin poder pronunciar todas las palabras que deseaba chillarle.

Ferrer no pudo aguantar más y la abrazó con fuerza; después de sentirla y comprobar que realmente estaba bien, agarró su barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos. Las lágrimas de Trudy le dijeron que algo había pasado, aunque no iba a preguntar; iba a tratar de cumplir esa promesa de no hablar de nada de lo que había ocurrido allí dentro.

Sin más, la besó con todo el deseo y el hambre acumulados de las noches en su espera, de las horas que había estado pendiente de su llamada, de los minutos eternos en los que la había echado de menos...

Cuando el beso terminó, Trudy le golpeó el pecho.

—¿Estás chiflado? ¿Qué coño haces aquí? ¡Lo vas a estropear todo!

—No podía dejarte sola.

—Así que Khaos.

—Sí.

—Eres uno de ellos.

—No, pero estuve a punto de caer, por eso me largué. No soy el topo.

—Lo sé, creo que es Cristina.

—¿Qué?

—Sí; la vi o creí verla, Blanco ya lo sabe. ¿No había nada en el *pen*?

—¿Qué *pen*?

—¡Mierda! ¿Es que no sabes nada? ¿Qué has estado haciendo?

—Convenciendo a Dragos de que quería volver, rogando que me dejase pelear para entrar y, al menos, asegurarme de que estabas bien.

—Tienen un *pen* con toda la información necesaria para desarticularlos; espero que no tarden mucho.

—Yo también. Esto tiene mala pinta.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Lárgate, eres el premio.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí?

—No voy a dejar a Elisa sola.

—Tengo que pelear contra el Ángel; después, si gano, contra Dragos.

—Estás jodidamente loco.

—Sí, por ti, Arias. No voy a dejar que te pase nada ahora que...

—Ahora que ¿qué...?

—Ahora que te he encontrado.

Trudy se quedó sin aliento y sin palabras y, aunque quiso gritar que también sentía algo parecido, no tuvo la oportunidad de hacerlo, pues ya se marchaba a pelear por ella.

Volvió a sentarse, pero esta vez se colocó al lado de Elisa, quien le apretó la pierna, para darle ánimos, malinterpretado su estado de nerviosismo.

—Cezar sabe pelear, si es eso lo que te preocupa.

—No me cabe la menor duda —dijo entre dientes.

De nuevo las luces se apagaron y el árbitro anunció a los oponentes.

—Volvemos a la luchaaaaaaaaa. En el rincón rojo, todavía invicto... ¡Khaossssssssss! En el rincón azul, llegado desde el mismísimo cielo, con noventa y un kilos de peso y metro noventa y uno... ¡el Ángeeeeeeel!

Trudy contuvo el aliento a la vez que las luces perdieron intensidad. Los dos se quitaron las túnicas y las dejaron en sus respectivos rincones, y la lucha comenzó.

Los golpes se sucedían tan rápido que Trudy tenía, a veces, problemas para saber quién era el que

pegaba y quién el que recibía.

Cezar sabía pelear; más que eso, disfrutaba con la pelea. Golpeó a su oponente en la pierna con tanta fuerza que ésta pareció partirse. Trudy se encogió en el sitio; sabía que un golpe bien dado en una extremidad inferior podía dejar una lesión de por vida. Ferrer se quedó en el suelo un instante, con la pierna que Cezar le había golpeado sobre el ring y la otra flexionada.

—¿Pensabas que iba a ser tuya? —murmuró Cezar acercándose a él y hablándole al oído—. Estás en un error, Khaos; sigues invicto porque nunca has peleado conmigo. Ella es mía... la marqué; fíjate en su bonito cuello... lo apreté hasta que me corrí, casi la asfixio. Tal vez la próxima vez no pueda detenerme a tiempo...

Ferrer apretó los dientes, tanto que temió que se soldaran entre sí, y miró con fijeza a Cezar. Sin hablar, éste supo que había tentado demasiado su suerte, pues la mirada de Khaos desprendía una seguridad que no había visto antes, un fuego desatado en el fondo de sus iris marrones.

Trudy estaba a punto de dar el alto a todo el mundo y rezar porque sus compañeros llegaran a tiempo; no le gustaba el cariz que tomaba el asunto, pero, entonces, Khaos la miró con intensidad, sonrió y negó con la cabeza, como adivinando sus pensamientos, y se levantó, se puso en guardia y comenzó a propinar al Ángel una serie de golpes que éste no fue capaz de esquivar, hasta que Cezar quedó en el suelo y Nacho, sobre él, sujetándolo con fuerza. El árbitro subió al ring y empezó la cuenta atrás. Todos en el pabellón se unieron a la cuenta y un centenar de voces contaron al unísono.

—Siete... seis... cinco...

—Vamos, vamos —murmuró Trudy.

—Creo que va a perder, Tres —gritó Elisa por encima de las demás voces.

Trudy la miró sin saber qué decir; parecía que había vuelto a malinterpretar lo que en realidad sentía. No le daba ánimos a Cezar, sino a Nacho, pero, claro, eso ella no lo sabía.

Cuando Trudy oyó que llegaban al cero y el árbitro dio por ganador a Ferrer, soltó todo el aire que había acumulado sin percatarse.

Miró a Nacho y, en ese momento, lo vio, a Khaos; no era el teniente Ignacio Ferrer, era Khaos, y la miraba con posesión... Y lo supo, lo amaba, estaba segura de que, ese caos que creaba en ella, era puro amor. Un nudo por la emoción al comprender que podía volver a amar le hizo soltar una lágrima que resbaló por su mejilla.

—¡Dragossssssss! —gritó Khaos enardecido—. ¡Vamos, Dragón! ¡Te espero impaciente! ¡Quiero mi premio! —exclamó señalándola y logrando que las miradas se dirigieran a ella.

Cezar se levantó en silencio del ring, abandonándolo con la mirada perdida en algún punto que Trudy no fue capaz de focalizar y, en ese instante, sin poder evitarlo, miró a Khaos y le devolvió la sonrisa.

Capítulo 24

Puro Khaos

Dragos no se hizo esperar; estaba deseoso de pelear. Había observado las luchas y sabía exactamente dónde atacar, en los lugares que los demás habían dejado tocados. La pierna era el primer sitio que pensaba castigar con toda la furia que sentía en ese momento. La puta de la doctora le había confesado que Khaos era, en realidad, un teniente de la Guardia Civil, y él nunca lo había sospechado; eso lo había enfurecido, y no iba a desaprovechar ese sentimiento, iba a usarlo para liquidarlo en el ring. No tendría piedad; acabaría con él sobre la lona delante de todos y, cuando fuese a darle el golpe final, le diría que lo sabía y que la puta por la que peleaban también iba a morir. Como las otras, se la dejaría al Ángel en cuanto se la hubiese follado hasta reventarla y, después, dejaría que su mano derecha acabara el trabajo. Como siempre, si dejaban alguna huella, Cristina se encargaría de borrarla para ellos.

El árbitro volvió a tomar las riendas del combate y comenzó las presentaciones. El público gritaba eufórico; deseaba una buena pelea y se la iban a dar.

—En el rincón rojo, de nuevo, el campeón invicto que vuelve para sembrar el Khaossssssss — informó haciendo una pausa para que los espectadores vociferaran y animaran a su luchador—. En el rincón azul, con noventa y cinco kilos de peso y metro ochenta y cinco de músculo, el nuevo oponente... ¡el Dragónnnnnnnnnnn!

Dragos se quitó la fina túnica azul que cubría su cuerpo; era de la misma complejión que Ferrer. Iba a ser un rival duro; a pesar de su madurez, se mantenía en plena forma.

La gente aplaudió y silbó mientras las apuestas subían como la espuma y animaban a uno u otro. Ferrer se quitó por tercera vez esa noche la túnica, tranquilo, disfrutando el momento. Trudy sabía que él esperaba esa pelea desde hacía mucho y, aunque el deseo era fuerte, no ignoraba que su forma física no estaba a pleno rendimiento, llevaba dos peleas anteriores y Dragos, ninguna.

No pudo evitar fijarse en el cuerpo de Dragos. Su espalda presentaba un tatuaje que la ocupaba por completo. Un dragón fiero que escupía un fuego tan oscuro como las escamas que lo recubrían.

Dragos se giró sobre el tatami, dando pequeños saltitos y mirando al público. Se vanagloriaba de antemano por una victoria que daba por segura. Ferrer, sin embargo, se acercó a las cuerdas y la buscó con la mirada; no podía evitar sentirse orgulloso de esa chiquilla que había logrado hacer que el caos de su interior se calmase y se transformase en otro sentimiento diferente, en amor. Ahora todo su caos era eso: puro amor. Al verla, le sonrió. Estaba preciosa con el vestido negro y plateado, el pelo recogido en la nuca... destacaba sobre todas las demás; al menos, para él.

—Voy a ganarte, preciosa, despídete porque esta noche te llevaré a casa — gritó logrando que el

gentío enloqueciera por el atrevimiento.

Trudy estaba al borde de un ataque. Sabía que Ferrer había resultado vencedor todas las veces anteriores, pero estaba tocado. Había visto que una pierna, la derecha, estaba lesionada y había recibido varios golpes en el tórax y en la cabeza que, sin duda, le habían dejado secuelas... y ahora llegaba Dragos. Éste era listo; se había quedado el último, para recibir a un Khaos malherido y a bajo rendimiento, para asegurarse la victoria.

Alrededor de Trudy, unos hombres, seguramente enviados por Dragos o tal vez por Cezar, la rodearon. Ferrer sopesaba todas las posibilidades, incluso la de que saliera tan mal parado que no pudiese defenderla, por eso rezaba porque su capitán y los chicos llegasen de un momento a otro.

El árbitro pidió a los oponentes que chocaran los guantes para dar comienzo al combate. Los hombres se miraron a los ojos mientras golpeaban los puños en señal de un respeto que ninguno sentía por el otro.

—No voy a ponértelo fácil, Dragos.

—Eso espero, te tengo ganas.

—¿Y eso? ¿Te gusta, no es así? ¿Estás celoso? ¿Se te ha resistido?

—Celoso, ¿de ti? No digas gilipolleces. Es mía. Ya ha sido mía. —Rio entre dientes para molestar a Ferrer—. ¡Ah! Veo por tu cara que no te lo esperabas.

—¿El qué?

—Que ya me la hubiese follado.

—¡Mientes! —gritó furioso a la vez que lanzaba un rechazazo que Dragos logró esquivar.

—No miento. Es buena en la cama; aunque la ganaras, algo que no va a suceder, ya lleva su coño lleno de mi leche —lo increpó para molestarlo. Estaba cabreado; lo había engañado y le jodía no haberse dado cuenta... y la puta de Cristina lo había sabido y se lo había ocultado hasta ese momento. Pero había pagado. No se le olvidaría la follada que le había regalado en mucho mucho tiempo.

—¡Eres un maldito hijo de puta!

Ferrer estaba furioso y eso, en vez de nublarle la razón y perjudicarlo, lo volvió más atento. Se concentró en Dragos; su cuerpo se convirtió en una diana a la que lanzaba veloces golpes en diferentes puntos, pero todos eran para lesionarlo.

Nacho daba golpes certeros y parecía que la victoria estaba de su lado. Trudy trató de disimular para no herir a Elisa y se sorprendió cuando, al mirarla, la vio impasible. Parecía incluso que disfrutaba un poco del sufrimiento de su marido.

Ferrer continuaba atizándolo; la rodilla, el abdomen, los riñones, el pecho... Toda una serie de golpes que dio con certeza y que lograron que Dragos se resintiera, aunque no cayó al suelo. Sonreía como si disfrutara del dolor y, entonces, se acercó a Ferrer y le dio un golpe entre las costillas. Trudy se removió, nerviosa. ¿Había visto el destello de un brillo plateado?

No podía estar segura, pero le había dado esa sensación... y sus sospechas se confirmaron cuando vio que Ferrer sangraba.

—Ahora te vas a desangrar sin poder hacer nada. ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no lo sé todo?

Ferrer, por un instante, se quedó helado. Había notado la hoja entrar entre las costillas y temió que le hubiese perforado un pulmón, pero podía respirar sin dificultad, aunque con dolor. La hoja no era muy larga y Dragos había apuntado mal, pero sin duda lo había apuñalado. Era un maldito hijo de perra que no sólo quería ganar, sino quitarlo a él de en medio. ¿Y qué era eso de que lo sabía todo?

—No sé de qué hablas, pero, ¿has tenido que apuñálarame para ganar?

—Ah... ¿no sabes de qué hablo? —Sonrió mientras sostenía la cabeza de Ferrer contra la suya—. Sé que eres un maldito guardia civil, lo que me hace pensar que tal vez ella también lo sea. ¡Cómo voy a disfrutar follándomela hasta reventarla!, y, después, le encargaré al Ángel que acabe el trabajo, está deseándolo.

En ese instante, al saber que su tapadera había sido descubierta, la rabia lo inundó. Se olvidó del dolor y del miedo y su mirada se impregnó de un rojo furia que clamaba sangre.

Los golpes lanzados eran furiosos y no tomaba ni aire; uno tras otro, daban en Dragos y le hacían cada vez más daño. De pronto, el gran criminal dueño de todos estaba postrado en el suelo y Ferrer, sobre él, seguía golpeando su rostro sin importarle si la sangre era suya o de él.

Sumido en ese caos que lo embargaba y le hacía olvidarse de todo, no se dio cuenta de que el Ángel amordazaba a Trudy y se la llevaba a rastras. El muy cabrón la había cogido por sorpresa y la empujaba por los oscuros pasillos del sótano hacía no sabía dónde.

—Si dices algo, te la meto hasta el fondo y dejo que te desangres aquí —la amenazó Cezar—. No creas, perra, ni por un segundo, que vas a ser de otro —repetía durante todo el camino, nervioso, como una letanía.

Unas manos agarraron a Ferrer con fuerza. Cuando se vio imposibilitado, miró hacia la persona que osaba detenerlo y se encontró con la mirada del árbitro, asustado.

—Ya muchacho, te has hecho con la victoria —lo calmó, mientras lo alejaba del maltrecho Dragos y levantaba su mano al aire, señal de victoria. Al volver a la realidad, se levantó, dejando a un Dragos inconsciente en el suelo, y buscó a Trudy entre el público, que lo aclamaba por su victoria.

La buscaba con la mirada mientras lo declaraban vencedor de la pelea, pero ella era lo único que le importaba. Dragos estaba en el suelo, fuera de combate; a pesar de que aquél se mantenía en forma y que él había llegado a la última pelea exhausto, había conseguido vencerlo usando su soberbia en su contra.

Esperaba que Trudy tuviese razón y, de un momento a otro, aparecieran los suyos para poner orden.

—¡Quiero mi premio! —exigió, y se marchó del ring, desesperado al no encontrarla—. ¿Dónde está? —bramaba sin cesar.

—Se la ha llevado Cezar —lo informó Elisa.

—¿Qué?

—Se la ha llevado antes de que acabara la pelea —volvió a repetir.

—¿A dónde?

—No lo sé, pero sospecho que a su cuarto de juegos. Es un mal perdedor.

Khaos asintió; no había estado nunca dentro, pero sabía dónde estaba. Había oído rumores cuando había estado más implicado dentro de la banda. Se dirigió hacia allí envuelto en el mismo caos que llevaba por nombre.

Las piernas no le respondían; parecía que el aliento lo había abandonado por completo. No la encontraba y no podía evitar sentirse mal, asustado. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, sentía el pavor que uno sólo puede percibir al saber que va a perder algo preciado.

Uno de los esbirros del Ángel apareció en su radar. Se paseaba, nervioso, de un lado a otro, y Ferrer no estaba para andarse con tacto. Así que, sin pensar y dejando que sus instintos hablasen por él, lo agarró con fuerza por el cuello.

—¿Dónde está?

—Dónde está, ¿quién? —preguntó sin resuello el hombre.

—Ella. ¿La tiene Cezar?

—No pienso decir nada, cabrón.

—Es mía, la he ganado y quiero mi premio.

—Nunca te lo diré... Lo sabemos, sabemos que eres uno de ellos.

Sonrió de forma malévola y, de pronto, Ferrer miraba su rostro con complacencia... Su sonrisa de triunfo y valor se había convertido en una mueca mientras apretaba sus pelotas entre sus fuertes dedos, dejándolo sin aliento y traspuesto.

—Si me lo dices, te suelto antes de hacértelas puré.

—Están... abajo. En la sala de Cezar.

Nunca había estado en ese lugar, pero sabía dónde encontrarlo. Arrojó al mojigato con fuerza contra el suelo y lo dejó tratando de atrapar bocanadas de aire mientras sus pelotas se llenaban de sangre de nuevo.

Ferrer acudió a toda prisa a la sala. Era un cuartucho que se situaba tras el hueco de la escalera que llevaba al salón de juegos. Se rumoreaba que, quien entraba en ella, nunca salía, y el pensamiento resonaba como un fuerte eco en su cabeza mientras se imaginaba el cuerpo de Trudy desangrándose.

Tenía que llegar a tiempo. «Por favor, Señor, no permitas que esta vez la pierda», repetía inconscientemente mientras los recuerdos de Elena, desobedeciendo la orden y dando la vuelta para salvar a aquel niño, volvían, sacudiéndolo con fuerza. Oyó de nuevo el atronador ruido de la bomba y recordó cómo su cuerpo quedó destrozado junto al del crío, reducido a escombros; se vio de nuevo gritando y tratando de ir a por lo que quedaba de ella...

Tuvo que obligarse a volver a la realidad y a pensar qué hacer para salvarla. Su primer impulso fue dar patadas y empujones a la puerta hasta derrumbarla, pero no deseaba acelerar lo que fuera que el cabrón tramara ahí dentro con ella, así que se armó de paciencia y empezó a reflexionar acerca de cómo abrirla. Al posar las manos en ella, se dio cuenta de que estaba mal cerrada. No tuvo que hacer nada y eso le olió aún peor. ¿Se había olvidado por las prisas? ¿Era una trampa? ¿Se había largado de allí dejando a Trudy sin vida para que la encontrase?

Resopló con fuerza. Debía hallar la calma; si no, sería incapaz de concentrarse y, en ese instante, no quería pensar, quería dejarse llevar por el instinto de supervivencia. Pasó despacio, observándolo todo. No se oían gritos, ni golpes, algo bueno.

Siguió caminando y cada vez le pareció más y más difícil saber qué sucedía. No había nadie que le impidiese la entrada. Su vello se erizó de inmediato. Algo le gritaba que todo estaba mal, muy mal, y tuvo que aferrarse a la poca fuerza de voluntad que le restaba para no salir corriendo en su busca.

Observó el cuchitril... una mesa destartada con un ordenador encendido. Sabía que no debía perder el tiempo, pero necesitaba asegurarse.

Se sentó en el sillón agujereado y comenzó a indagar en el portátil. El Ángel era tan sumamente seguro de sí mismo que ni siquiera tenía una clave en el ordenador.

Cogió todas las carpetas que podían serle de ayuda y las reenvió por correo a la central. Estaban rodeados por sus chicos, nadie escaparía; eso lo ayudó a sentirse más tranquilo. Husmeó por los cajones del escritorio y halló un arma. Estaba cargada, ¡bien! Ahora tenía algo con qué defenderse.

Se levantó y siguió buscándola. La pequeña habitación resultó ser mucho más grande de lo que pensaba, era estrecha pero larga. Llegó hasta otra puerta y vio a un par de hombres dormitando en una especie de sala que le recordó la sala de espera de un dentista.

Se acercó despacio y los dejó fuera de combate antes de que pudieran dar la voz de alarma. La puerta que guardaban estaba cerrada, pero uno de los tipos tenía un juego de llaves colgado de su cinturón y se hizo con él armándose de paciencia para dar con la llave de la puerta de seguridad. Nada podía oírse, era gruesa... perfecta para acallar las atrocidades que el Ángel de los infiernos cometía. Iba a darle su merecido; lo mataría. Si le había tocado un solo pelo, iba a morir.

Abrió con cuidado; se sorprendió de no oír nada. La verdad era que esperaba que sonara una alarma o algo similar. Siguió caminando y, casi al final de la sala, vio otra puerta entreabierta. De allí salían murmullos amortiguados de ella; no sabía en qué estado estaba, pues no podía oírla con claridad, pero se dijo que al menos seguía con vida. Se coló con cuidado y la vio. En ese instante una sensación inexplicable lo invadió, una mezcla de alivio y terror; alivio porque aún estaba con vida, y terror porque el maldito cabrón la tenía amordazada y atada a una silla, semidesnuda y herida.

Su rostro presentaba un fuerte golpe; la piel se notaba roja y la mejilla estaba inflamada. Lo mataría. Acababa de decidir que el Ángel iba a reunirse con su creador en los infiernos esa misma noche.

Cezar se paseaba delante de ella, mirándola, asustándola, haciendo de cazador que husmea a su presa. Trudy le sostenía la mirada, aunque no pudo dejar de advertir que algunas lágrimas resbalaban por su rostro.

—¿Qué pensará ese... Khaos? Así se hace llamar, ¿no? ¿Qué pensará al no ver su premio? ¿Tendrá las pelotas de venir a buscarte? No lo creo, siempre ha sido un cobarde. No va a cambiar por una mujerzuela, por muy cachondo que puedas ponerlo... ¿Qué pasa?, ¿quieres hablar? Oh, pobrecita... ¿no puedes? Espera, quiero saber qué dices, zorra. —Se acercó hasta ella y le apartó con brusquedad la mordaza.

—Cabrón.

—Bueno, me gusta más que me llames Ángel, pero cabrón tampoco me es desconocido ni desagradable. Puede que lo sea.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo mismo que de las otras.

—¿Las otras?

Trudy no pudo evitar que la imagen de las mujeres degolladas inundara sus ojos. Era él, ahora estaba segura. Era ese malnacido macabro, aunque no debería sorprenderse, tenía sus sospechas.

—Las otras incautas como tú... algunas han muerto por orden de Dragos, otras ha sido sólo por diversión. Me excita mirarlas a los ojos mientras su vida se escapa por ellos, me pone a cien. ¿Lo notas? —preguntó colocando su miembro erecto frente a ella—. Esta erección es por ti, por la expectación, por el deseo que siento sólo con pensar que voy a terminar con tu vida y... ¿sabes qué?

—¿Qué? —preguntó con una entereza fuera de lo normal.

—Que voy a disfrútalo mucho. Al principio no sabía de qué te conocía, ¿sabes? Al verte, algo en ti me resultó familiar. Llegué a pensar que podrías ser una de las putas que me había tirado alguna vez, una de esas que disfrutaban del sexo duro... a las que golpeaba hasta casi dejarlas sin vida y después me las follaba entre quejidos...

—¡Eres un maldito hijo de puta...!

—Gracias, muñeca. Sí, al principio pensé que eras una de éstas, pero, luego, te recordé...

—¿Me recordaste? —preguntó, intrigada.

Ferrer escuchaba la conversación, en silencio, para tratar de averiguar todo lo que pudiese para empapelar a ese cabrón para siempre, pero la rabia se acumulaba en sus manos apretadas en puños tan fuertes que, por un instante, pensó que sus dedos iban a atravesar sus propias palmas.

—Sí, te recordé. Recordé una foto en la que salías sonriente. Con él.

—¿Él...?

En ese instante los sorprendidos eran ambos; ¿de quién coño hablaba?

—Hola, princesa —resonó una voz en la oscuridad.

Los ojos de Trudy se abrieron de par en par, asustados. Ferrer trató de ver entre las sombras que ocultaban esa voz ruda e imperiosa que le resultaba familiar, pero no podía ver bien y tampoco fue capaz de reconocerla. Además, estaba en clara desventaja: dos contra uno. Tendría que esperar a que llegaran los refuerzos, pero ¿serían capaces de encontrar esa sala?

—¿Tú?

—Sí, yo. ¿No te alegras de verme, princesa?

Trudy no pudo decir nada. De repente ese hombre se había colocado en cuclillas frente a ella y la miraba sonriendo. Apoyó sus manos en las rodillas temblorosas de la mujer, y percibió la sonrisa que pudo detectar incluso sin verla.

«¿Quién coño es?»

Ferrer no podía dejar de divagar sobre su identidad y, sin esperarlo, el tipo se levantó, agarró la barbilla de Trudy y la besó.

—¡Ahh! Me estáis poniendo más cachondo todavía... Déjala, Marcos, ahora es mía; ése fue el trato.

—Sí, tienes razón. Lo siento, es la costumbre; algunas cosas son difíciles de olvidar.

—¿Trato?

—Sí, princesa. Me prometió que podría hacer contigo lo que deseara si lo sacaba de la cárcel, fue una charla muy interesante.

—Nunca voy a ser tuya, y no soy de él. No sé por qué te ha prometido algo que no va a poder cumplir.

—Ya lo estoy haciendo. Dale recuerdos a tu nuevo compañero... Ferrer; se llama así, ¿verdad? Todavía me duelen las costillas, pega bien —dijo mientras se marchaba por alguna puerta que Ferrer no pudo ver. El silencio dejó que el suave cerrar de la puerta lo inundara todo y éste esperó un poco más; necesitaba que, de nuevo, se sumergiera en su mundo. Cuanto más ausente estuviera el Ángel, más probabilidades tendría Khaos de acabar con él.

Debía reconocer que estaba debilitado después de los puñetazos de Dragos y su traperera puñalada; pese a su edad, el Dragón se mantenía en forma y golpeaba duro; todavía le dolían las costillas y una pierna no la tenía en buenas condiciones.

Trudy tenía la mirada perdida. Ferrer le había hecho una visita a Marcos en la cárcel y le había dado duro; ahora, de nuevo, le tocaría pagar las consecuencias a ella. ¿Es que nunca iba a deshacerse de él? ¿Y Ferrer? ¿Llegaría a tiempo? ¿La estaría buscando?

—Mira, preciosa, ¿ves esto? —preguntó.

—¿Qué es?

—Es un álbum, de recuerdos. ¿Sabes qué contiene?

—No me interesa, pero me temo que, aun así, me lo vas a decir... —murmuró reconociendo el álbum, el que guardaba sobre el armario.

—Chica lista. Tal vez eso sea lo que me pone de ti, que eres diferente de las otras; más decidida, fuerte, distinta... Contiene recuerdos, de todas ellas. —Empezó a pasar las páginas, dejando un muestrario de fotografías de mujeres felices, después agonizantes y, en todos ellos, trozos de algo que Trudy enseguida pudo deducir, la piel de sus rostros—. Me gusta recordarlas cuando eran felices... y después las veo asustadas, conscientes de que su fin está cerca, y eso me excita y, mientras me masturbo, acaricio sus suaves pieles...

—Estás enfermo.

—Lo sé, no puedo evitarlo. Aunque, ¿sabes?, hay algo en ti que no me agrada.

—Me alegro.

—No veo el miedo en tus ojos... y deberías estar asustada.

—No siento miedo; no tengo nada que perder, así que no temo la muerte.

—Es una pena. ¡Me gustaría tanto ver cómo te doblegas ante el miedo!

Dicho esto, la besó, y ése fue el momento en el que Ferrer decidió salir. Antes de que el Ángel se diese cuenta, Ferrer lo tenía sujeto por el cuello; su fuerte agarre lo pilló por sorpresa y, a pesar de que deseaba soltarse, era incapaz de dejar su álbum de fotos.

—¿Estás bien, chiquilla?

—Sí, Nacho —contestó Trudy, aliviada.

Ferrer no era consciente de lo que se alegraba de verlo. Era la única persona a quien quería ver; en ese instante y mañana... y... ¿qué demonios le pasaba? Que estaba loca por él y se había dado cuenta de que las excusas no servían para camuflar lo que sentía por él.

—¿Podrás desatarte...?

—Lo veo difícil. —Sonrió.

—No creo que una chica como tú no tenga recursos.

—Los tengo, créeme, pero no llego —dijo ignorando los gemidos del Ángel y mirando hacia su muslo.

Nacho siguió su mirada y vio la navaja que ocultaba allí.

—Chica lista.

—Lo sé.

El Ángel dejó de moverse, desmayado, y Ferrer lo dejó caer al suelo.

—¿Está muerto?

—No, sólo inconsciente. No te preocupes, el cabrón será juzgado.

—Ahora mismo no tengo mucha fe... ¿Has visto que Marcos ha logrado salir?

—Lo he visto; ahora iré a por él.

—Mejor déjame ése a mí.

Ferrer la desató cortando las ataduras con la navaja y no pudo contenerse por más tiempo, así que agarró su cuello con las manos y alzó su rostro hasta el suyo para besarla. Se moría por besarla, por tenerla entre sus brazos, por hacerla suya de nuevo. Esta vez había llegado a tiempo, había logrado

salvarla.

Un dolor agudo subió por su espina dorsal y llegó hasta su garganta, y gritó desesperado; su espalda ardía. Confuso y mirando los ojos de Trudy, cayó al suelo.

Frente a ella, el Ángel sonreía con el puñal con el que había atravesado la carne de Ferrer.

—Ahora te toca a ti, perra.

—No te lo voy a poner fácil esta vez —dijo asintiendo.

Los golpes se sucedieron. Trudy no pensaba en nada, sólo en esquivar la navaja y los puñetazos y patadas que Cezar lanzaba con una fuerza prodigiosa

La lucha siguió; lo alcanzó en el estómago, pero él le devolvió un trompazo en el rostro y después una patada en la pierna que la hizo caer de rodillas; no estaba en su mejor momento. Cayó cerca de Ferrer y Cezar apretó su cuello con las manos.

—Así quiero recordarte, arrodillada, con tu boca junto a mi polla, perdiendo la vida...

Trudy boqueó, trataba de deshacerse del agarre, pero no podía, le faltaba el aire y ya comenzaba a sentir cómo su mente se nublaba; entonces, un ruido ensordecedor ahogó sus oídos y se desvaneció.

Ferrer comprobó que tenía pulso y la dejó un instante, tenía que ir a por Marcos... pero no deseaba dejarla sola. Estaba en ese momento en el que dos fuerzas poderosas tiraban de él en direcciones opuestas y, en ese instante, entró Blanco; su salvación.

—Ya ha terminado, Ferrer, estamos aquí. —Nacho no pudo decir nada durante unos segundos, tan sólo miraba, incrédulo, a sus compañeros, que tenían la sala rodeada y empezaban con las detenciones.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien? Dime que no la hemos perdido...

—Está viva... no te preocupes.

—¿Y tú? Estás sangrando.

—El cabrón me ha apuñalado, y Dragos también.

—¿Le has disparado?

—No quería matarlo, pero no me ha dejado otra opción.

—Bien hecho. ¿A dónde vas? Todo ha terminado. Los tenemos.

—No a todos, voy a por Marcos.

—¿Está aquí? Debí haberlo imaginado cuando hace unas horas me comunicaron que había logrado fugarse de la cárcel, pero déjalo, estás herido. Mandaré a Vallejo y Velasco tras él. No llegará lejos, te lo prometo.

—No, lo quiero para mí.

—Se lo cederán a Khaos, pero deja que ellos también se diviertan un poco, te has llevado tú toda la fiesta.

—Está bien.

Las sirenas lo inundaron todo con su ruido estridente y con las luces cegadoras y parpadeantes. La casa se llenó de agentes, que no pararon de recabar pruebas, tomar huellas e incautar toda clase de objetos, dinero y drogas.

Trudy se sentía algo mejor, aunque la cabeza le dolía horrores y se preguntaba qué demonios había pasado.

—¿Estás mejor? —preguntó Ferrer a su lado.

—Sí, ¿qué ha ocurrido? ¿Tú estás bien?

—Mejor que nunca. —Sonrió.

La ambulancia parecía muy pequeña para alojarlos a ambos y Trudy reía junto a la boca de Nacho; sabía a sangre. Parecía que ese hombre había nacido para estar junto a ella y, por primera vez, sintió que los agujeros y los huecos estaban de nuevo llenos.

Capítulo 25

Cobos

Trudy había deseado que llegara ese momento durante las últimas horas; ese instante había llegado, y la expectación se reflejaba en sus manos, sudorosas.

—Buenos días, doctora —dijo sonriendo.

—Vaya, ¡qué sorpresa, Arias!, no esperaba...

—¿Encontrarme con vida?

—¿Qué quieres decir?

—Sé que eres tú, puta. Siempre lo has sido y ahora me voy a dar el gustazo de ponerte entre rejas; vas a ser la Barbie Presa. Estoy segura de que las rayas te van a sentar genial.

—¿De qué hablas? —gritó asustada.

—Tiene derecho a permanecer en silencio, todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra ante un tribunal...

—Busco al capitán Blanco.

—¿Eres Cobos?

—Sí; lo siento, no me he presentado, teniente José Cobos.

—Sargento Alberto Vallejo, hemos hablado por teléfono. Ven, aquél es su despacho, te acompaño.

—Gracias, tío; no sabéis lo que ha supuesto para mí esta información...

—¿Es algo personal?

—Sí, era... es mi amiga. Una buena amiga.

—Parece que todos tenemos cosas personales contra ellos.

—Han hecho mucho daño.

—Capitán Blanco, el teniente Cobos.

—Me alegra que hayas podido venir tan pronto.

—Dime qué tenemos.

—Al parecer la vendieron a Rusia, a una casa de prostitución que regenta un tal Vladimir. Creemos que es la cabeza de todo esto a nivel internacional.

—Sí, así es; Vladimir es quien lo organiza todo, y todos, sin excepción, tienen que rendirle cuentas. Voy a hacer un viaje a Rusia y a conocerlo.

—Ten cuidado, son gentuza muy peligrosa a la que no le importa la vida de los demás.

—Lo sé. Temía que Soledad hubiese ido a parar a Rusia. Siempre estuve seguro de que fue un pago por una deuda. Estará...

—No puedo asegurarlo, pero, según las anotaciones de las cuentas, aún no han recibido la totalidad del pago por ella.

—¿Eso significa...?

—Parece que la compró un tal Alexey; no hay más datos, sólo que pagó un millón y debe otro... así que es probable que esté viva.

—¿Un millón de euros? ¿Cuándo se supone que tiene que realizar el siguiente pago?

—Sí, un millón de euros; son unos bastardos con pasta. Según esto, dentro de tres semanas.

—Gracias. No sabéis lo que significa esto para mí... —trató de explicar, compungido. Después de tantos años de búsqueda, ahora, por fin, obtenía una pista fiable que podría llevarlo hasta ella, viva.

Asintió y se llevó el expediente de Soledad para emprender su plan de actuación, que básicamente consistía en ir a Rusia y sacarla de allí sin importarle nada más, ni siquiera si tenía que hacerlo solo y sin ayuda de nadie. Por fin, podía ir en busca de Sol, su Sol.

Epílogo

Un año después

El sol entraba a raudales por las cristaleras, pero le daba igual; estaba en los brazos de Nacho y eso era todo lo que importaba de verdad.

Piel contra piel... eso era todo lo que le interesaba en esos momentos. Había llegado a rellenar todos los huecos vacíos, rebosando incluso por ellos la felicidad que sentía al lado de Ferrer. Había resultado todo un descubrimiento; lo amaba de una manera casi irracional. Él sacaba lo mejor y lo peor de ella, y eso la desquiciaba y la llenaba de vida.

Sentirlo moverse dentro de ella, sin prisa, disfrutando de cada embestida, era lo más parecido a tocar el cielo o bajar al infierno que nunca estaría.

Era su Khaos y su paz. Su puerto, su hogar...

Enlazados, llegaron a un orgasmo que los abrasó a ambos, dejándolos exhaustos. El teniente seguía dentro de ella, tratando de no aplastarla con su peso, pero resistiéndose a alejarse; ahí, en su interior, era donde quería morir.

Le había costado abrirse y contarle lo de Elena... cómo la perdió en la misión que lideraba, cómo se culpó y se culpaba de una pérdida que en realidad no hubiese podido evitar... cómo no pudo seguir desempeñando su trabajo y tuvo que huir...

Y temía perderla a ella; Trudy lo sabía y le permitía que, de vez en cuando, sus inseguridades aparecieran y temblase de impotencia. Cada vez que había una misión, era un infierno para ellos, pero, poco a poco, se iban haciendo a esas situaciones.

—Buenos días —murmuró Trudy.

—Sí, muy buenos días. No me he dado cuenta de la hora que era. Anoche llegaste tarde.

—Sí, el trabajo de *stripper* es así. —Sonrió.

—Quiero que sólo bailes para mí, nunca más para otro.

—Espero que no haya otro Cezar ni otro Dragos.

—Yo también, todavía me duelen algunos huesos.

—¿Sí? Es que eres un blandengue. —Rio.

—Ahora, desde que te tengo, soy más fuerte.

—Creo que podría ganarte en una pelea; de hecho, te gané hace mucho, ¿lo recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? Estaba deseando sentirte encima de mí. Desde que te esposé, fuiste mía... y de nadie más.

Agradecimientos

En primer lugar quiero dar las gracias a mi familia, por el apoyo incondicional que me dan; a mi editora, Esther Escoriza, por ser un apoyo constante y sólido al que agarrarme cuando el caos me sacude, y a mis niñas del desayuno, Yasnaia, Naitora y Míriam, por tantos momentos únicos.

También a mis compañeras Dama Beltrán y Paola C. Álvarez, por estar siempre ahí aun cuando no lo necesito; a Judith Romero, Marissa Cazpri y Felicidad Ramos, por ser parte de mi vida, y, por último, pero no menos importante, a mis compañeras García de Saura, Lola P. Nieva, Iris T. Hernández, Ana Forner, Loles López, Norma Estrella y Cristina Prada... gracias por dejarme compartir este sueño junto a vosotras.

Biografía



Alissa Brontë nació en Granada en 1978. Desde su adolescencia ha destacado como autora de literatura romántica, juvenil y fantástica, y ha sido galardonada durante tres años consecutivos en diversos certámenes literarios.

Bajo el seudónimo de María Válnez ha obtenido un notable éxito con sus libros autopublicados, *Devórame* y *Precisamente tú*, por lo que está considerada como una de las promesas de la literatura romántica con más futuro. En la actualidad reside en Sevilla con su marido y sus tres hijos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: www.alissabronte.webs.com

Notas

[*] *American Woman*, Virgin Records, interpretada por Lenny Kravitz. (N. de la e.)

Puro Khaos
Alissa Brontë

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Alissa Brontë, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

ISBN: 978-84-08-16724-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

